



Beato Josemaría Escrivá

CRECER PARA ADENTRO

Textos tomados de la predicación del Fundador del Opus Dei

Madrid 1937

Publicación interna de la Prelatura del Opus Dei

Roma, 1997

ÍNDICE

Presentación

La gloria de Dios (6-IV-1937)

Amor sobrenatural (7-IV-1937)

La Comunión de los Santos

La tribulación de la guerra

Confianza en Dios (10-IV-1937)

Zaqueo (12- IV-1937)

Atolondramiento (11-V-1937)

La santa intransigencia (12-V-1937)

El verdadero Amor (13-V-1937)

Confusionismo (15-V-1937)

La obediencia en la Obra (16-V-1937)

Rezar todos unidos (19-V-1937, Miércoles de las Témperas de Pentecostés)

Surge et ambula! (21-V-1937, Viernes de las Témperas de Pentecostés)

Amor eucarístico (27-V-1937)

Misericordia (30-V-1937, Domingo II después de Pentecostés)

E pluribus unum (4-VI-1937)

Virtud de la obediencia (8-VI-1937)

Cosas pequeñas (19-VI-1937)

Militia est vita.... (21-VI-1937)

Obediencia en la vida ordinaria (22-VI-1937)

Sencillez, naturalidad (23-VI-1937)

Nacidos de Dios (24-VI-1937)

Orar sin interrupción (24-VI-1937)

Deberes (27- VI -1937)

Amor a la Madre de Dios (27-VI-1937)

Cierta e incierta es la muerte (28-VI-1937)

Oportet semper orare (28-VI-1937)

Amor a Cristo en su Pasión (28-VI-1937)

Congregavit nos in unum Christi amor (28-VI-1937)

Afán de almas(28-VI-1937)

Unión y obediencia (29-VI-1937)

La Iglesia, barca de Pedro (30-VI-1937)

En casa de Lázaro (1-VII-1937)

Instrumentos de Jesucristo (4-VII-1937)

Fiel en lo poco (6-VII-1937)

El Niño perdido y hallado en el Templo (8-VII-1937)

Las bodas de Caná (11-VII-1937)

Curación de un leproso (12-VII-1937)

Jesucristo dormido en la barca (19-VII-1937)

El trigo y la cizaña (20-VII-1937)

El grano de mostaza (25-VII-1937)

Non est abbreviata manus Domini (26-VII-1937)

Sillares (27- VII -1937)

Nuestra Madre la Virgen (15-VIII-1937)

Fiat, adimpleatur... (24-VIII-1937)

Ideas madres(26-VIII-1937)

El que no se haga como un niño no entrará en el Reino de los Cielos (27-VIII-1937)

***Non serviam!* (28-VIII-1937)**

Perseverar (29-VIII-1937)

La vocación (30-VIII-1937)

PRESENTACIÓN

Imagino vuestra inmensa alegría cuando recibáis, y cuando meditéis, estos apuntes tomados de la predicación de nuestro Padre en el Consulado de Honduras, durante los meses de abril a agosto de 1937, hace ahora sesenta años. Se trata de un deseo que ya don Álvaro expresó en varias ocasiones, pero no tuvo ocasión de verlo realizado. Su lectura y meditación nos ayudará mucho a todos a meternos, más y más, por caminos de oración, de la mano de tan estupendo guía en el trato con Dios como es nuestro Padre.

Durante la guerra civil española, los cristianos que quedaron en la zona controlada por los enemigos de la Iglesia experimentaron una cruel persecución religiosa; basta recordar que en el primer año del conflicto fueron asesinados 6.500 eclesiásticos, en odio a la fe; y muchos seglares padecieron el mismo fin por el solo hecho de ser católicos. En esas circunstancias, nuestro Padre siguió desarrollando a escondidas - no cabía otra forma - una amplia labor pastoral, en la medida que las circunstancias se lo permitían, arriesgando su vida cuando era necesario para el bien de las almas. Después de una verdadera odisea, encontró refugio en una sede diplomática madrileña: el Consulado de Honduras, que -como otros lugares semejantes- ejerció durante aquellos meses el derecho de asilo con innumerables personas.

La sede del Consulado ocupaba dos plantas de un edificio situado en el número 51 duplicado del Paseo de la Castellana. Nuestro Padre, con cuatro hijos suyos y su hermano Santiago, vivió allí desde mediados de marzo hasta el 30 de agosto de 1937. Se alojaron en la planta baja, a la que se accedía directamente desde el vestíbulo. En total llegaron a vivir en aquella casa casi un centenar de personas.

Las condiciones materiales eran muy duras. Hombres, mujeres y niños se veían obligados a convivir en pocos metros cuadrados de superficie. No había camas; usaban colchones que se extendían por la noche sobre el pavimento. Como disponían de un solo cuarto de baño, a primera hora de la mañana se seguía un estricto turno para el aseo. Las dos únicas comidas que les facilitaban - al mediodía y a la noche - eran paupérrimas, debido a las dificultades de abastecimiento y, en muchas ocasiones, se hallaban por debajo del nivel de subsistencia. Nuestro Padre perdió treinta kilos en aquellos meses; hasta el punto de que, cuando la Abuela pudo ir a verle, no le reconoció; sólo después se dio cuenta de que era su hijo, por la voz.

Los refugiados, por lo general, no se encontraban con ánimos para ocupar útilmente las largas horas que discurrían lentas, jornada tras jornada, sin una tarea concreta que las llenara. Escribe uno de los que allí vivieron: «Algunos pasaban el tiempo rumiando en silencio su desaliento y su desdicha; otros se desahogaban comentando con amargura las desventuras presentes y pasadas; otros lamentaban sin descanso sus desgracias familiares, su carrera o su negocio perdidos, o su futuro incierto o amenazado. A estos sentimientos se mezclaba el miedo despertado por los sufrimientos y persecuciones pasadas, miedo que hacía considerar el mundo exterior a nuestro asilo como un ambiente inhabitable» (1).

(1) Testimonio de Eduardo Alastrué (AGP, RHFT-4695).

*Con este ambiente general, contrastaba el clima que nuestro Fundador creó en torno a sí, desde el primer momento. Para tener bien ocupado el día, estableció un horario, en el que había lugar para la Santa Misa, para las Normas de piedad, para el estudio, para el aprendizaje de idiomas, para la convivencia familiar..., persuadido de que estaban preparando un futuro fecundo al apostolado del Opus Dei. Lo refleja bien un punto de Camino, que alude a aquellas circunstancias: **No se veían las plantas cubiertas por la nieve. -y comentó, gozoso, el labriego dueño del campo: “ahora crecen para adentro”.***

-Pensé en ti: en tu forzosa inactividad...

-Dime: ¿creces también para adentro? (2).

(2) Camino, n. 294.

*Durante las primeras semanas, les asignaron para dormir un puesto en el comedor de la casa, con otras personas. En esa situación, movido por el deseo de dar alimento espiritual a sus hijos, nuestro Padre optó por dirigirles la meditación algunas veces en el vestíbulo, a horas tempranas, mientras los demás huéspedes aún descansaban. Hablaba, lógicamente, en voz muy baja, para no molestar a nadie. Incluso así, algunos debieron de quejarse, y el cónsul le rogó que dejara de predicar. Hay constancia de este hecho en su epistolario: **¡Vaya! ya no le permiten, a mi hermano, su tertulia mañanera. Tienen miedo de molestar a los vecinos: sin embargo, yo os aseguro, con frase alambicada, que gritaba hondo, pero no gritaba alto. Paciencia** (3). Lo mismo sucedió con la Santa Misa, que al principio celebraba también en el vestíbulo.*

3. De nuestro Padre, *Carta a sus hijos de Valencia*, 14-IV-1937 (AGP, RHF, EF-370414-1). Ante la posibilidad de que la correspondencia fuera censurada, para evitar ser reconocido, hablaba de sí mismo como "mi hermano" o también "el abuelo".

Un mes después, las autoridades consulares les facilitaron una pequeña habitación, exclusivamente para uso de ellos, que-aunque de dimensiones muy reducidas: nueve o diez metros cuadrados- les brindaba un mínimo de independencia. El cambio sucedió en la primera mitad del mes de mayo, coincidiendo con unos días en los que el Beato Josemaría estuvo enfermo. En carta del día 13, comunica la novedad a Isidoro Zorzano ya otros hijos suyos que estaban en Madrid: Nos han cambiado de habitación. Ahora (...) parece nuestro cuarto una galguera (4).

4. *Carta a sus hijos de Madrid*, 13-V-1937 (AGP, RHF, EF-370513-1). Alude a que durante la noche, para dormir, extendían cuatro colchonetas en el pavimento, que quedaba totalmente ocupado.

Desde ese momento, volvió a predicar habitualmente a sus hijos (a veces por la mañana, a veces por la noche, sobre todo en las vísperas de las grandes fiestas litúrgicas), para ayudarles a mantener un trato habitual con Dios. También pudo celebrar con más frecuencia la Santa Misa; aunque en ocasiones más señaladas -domingos, fiestas- la celebración tenía lugar en el vestíbulo de la casa, para que pudieran asistir también otras personas. Las formas y el vino necesario se lo hacía llegar Isidoro Zorzano, que lo conseguía en Madrid de modos muy diversos.

En este libro se recogen los apuntes manuscritos de algunas de aquellas meditaciones dirigidas por nuestro Padre en el Consulado de Honduras. Don

Álvaro, testigo presencial, recordaba que en un primer momento no tomaban notas, aunque pronto cayeron en la cuenta de que la predicación del Padre haría mucho bien a los demás fieles de la Obra. Con su permiso, comenzaron a tomar apuntes, para hacerlos llegar a los que se encontraban en otros lugares, gracias a los servicios de Isidoro, que - con su documentación de ciudadano argentino - podía moverse con cierta facilidad, no exenta de riesgo, de una parte a otra de la ciudad.

*Con trazos breves pero nítidos, nuestro Padre dibuja en una carta el marco de aquella predicación suya en el Consulado de Honduras. Con el lenguaje figurado, que utilizaba en la correspondencia de aquellos meses debido a la censura postal, escribe: **Me entretuve con los niños, charla que charla, y es lástima no poderos enviar las notitas que Eduardo toma. Aunque presumo que don Ángel C. habrá dicho todo lo que hay que decir a cada uno. La escena, que suele repetirse, es divertida: los peques y el abuelo, en pijama, sentados en sus colchones de evacuados, muy serios, muy... graves -ésta es la palabra-, hasta que, terminado el tema formal, tío Santi -que se cree niño y quizá lo es- comienza a hacer su gimnasia, con peligros graves para la integridad del vecino (...)*** (5).

5. De nuestro Padre, *Carta a sus hijos de Valencia*, 1-VII-1937 (AGP, RHF, EF-370701-2). Los "peques" son los cinco que le escuchaban; "el abuelo" es nuestro mismo Fundador; "tío Santi" es Santiago Escrivá, el hermano de nuestro Padre, que entonces tenía dieciocho años; "don Ángel C." es el Ángel Custodio.

*Uno de los que estaban con nuestro Fundador, Eduardo Alastrué, era hombre de buena memoria. En cuanto el Padre terminaba de hablar, recomponía por escrito lo que había oído, procurando ajustarse lo mejor posible a las palabras y al estilo. Aunque no puedan considerarse literales, estos apuntes gozan de gran valor, pues constituyen un testimonio de primera mano sobre la predicación del Beato Josemaría en aquellos difíciles momentos. Lo comenta nuestro mismo Padre en una carta de julio de 1937: **Ahí van otros apuntes de charlas que doy a estos críos. Aunque, muchas veces, no recogen bien lo que les he dicho (otras, sí), procuro que sigan haciendo notas, porque siempre os pueden hacer algún provecho*** (6).

6. De nuestro Padre, *Carta a Isidoro Zorzano*, 1-VII-1937 (AGP, RHF, EF-370701-4).

Nuestro Padre vio siempre la mano de Dios en todas las circunstancias, tanto en las prósperas como en las adversas. Se había identificado tanto con el Señor, que se hallaba totalmente persuadido de que todo concurre al bien de

los que aman a Dios (7): **omnia inbonum!** Y desde el primer momento se aprestó a sacar el máximo provecho espiritual a aquellas difíciles circunstancias, en las que debió desenvolverse durante casi seis meses, procurando con todas sus fuerzas la unión con la Voluntad de Dios y fomentando esa misma actitud en los que le rodeaban.

7. Cfr. Rm 8, 28.

La lectura y meditación de estos apuntes nos permitirá calar un poco en el alma de nuestro santo Fundador, y aprender de su trato con Dios: ciertamente hay alusiones a la concreta situación histórica en que se encontraban, pero en ningún momento - ni aquí ni en la correspondencia de la época - se muestra desanimado o pesimista. Sin desconocer la gravedad de lo que estaba sucediendo, ni el riesgo que sus vidas corrían, toda su preocupación fue confirmar a sus hijos en la fe, fomentar en ellos la esperanza, encenderles en amor de Dios y en afán de almas. Su predicación se halla embebida de tal confianza en nuestro Padre-Dios, que la fuente no puede ser más que la fortaleza que el Señor le prestaba. En medio de aquella hecatombe, que humanamente hablando parecía incluso amenazar la existencia misma del Opus Dei, el Beato Josemaría suscitó en los pocos que entonces le habían seguido la certeza de que la Obra saldría reforzada de aquella emergencia. Su visión sobrenatural le impulsaba a describir - ¡en medio de aquellos sucesos verdaderamente dramáticos! - el desarrollo futuro del Opus Dei, seguro de que - como el árbol de la parábola evangélica (8) - habría de extender sus ramas por todo el mundo, hasta el final de los siglos, en servicio de la Iglesia y de las almas. Todo se haría posible -les aseguraba - si se mantenían fieles a su vocación cristiana, esforzándose en crecer para adentro, intensificando la vida sobrenatural.

8. Cfr. Mt 13, 31-32.

Llama la atención la claridad con que -ya en aquellos momentos - expresa la misión del Opus Dei en la Iglesia. Tenía plenamente hechas vida en su alma las ideas madres del espíritu de la Obra, como las denomina en diversas ocasiones. Conceptos como la divinidad de la Obra, la llamada universal a la santidad, el trabajo profesional en cuanto medio de santificación personal y de apostolado, la plena secularidad de los fieles del Opus Dei, su tarea laical en medio de las estructuras de la sociedad civil -ser del mundo sin ser mundanos -, y otros muchos puntos clave del espíritu del Opus Dei, aparecen en estos textos con expresiones verbales muy parecidas a las que emplearía en años posteriores, y hasta el final de sus días. Verdaderamente, como afirmó muchas veces, la luz sobrenatural que el Señor encendió en su

alma el 2 de octubre de 1928 creció sin cesar en intensidad y extensión a lo largo de los años, pero todo lo fundamental estaba ya contenido allí.

Pido a la Virgen Santísima que la lectura de estos apuntes, tomados de la predicación de nuestro Padre, nos sirva de estímulo en nuestro crecimiento interior como cristianos y, de modo particular, de acicate para superar todas las dificultades que podamos encontrar en la labor apostólica, con la ayuda de Dios, como fue norma de conducta del Beato Josemaría, nuestro queridísimo Fundador.

vuestro Padre

+ Javier

Roma, 2 de octubre de 1997, fiesta de los Santos Ángeles Custodios, aniversario de la fundación del Opus Dei.

LA GLORIA DE DIOS

(6-IV-1937)

1) Como el fin del hombre es alabar a Dios en esta vida y gozarle eternamente en la otra, la muerte no es sino el *detalle* que nos permite cumplir con perfección el fin último que nos ha sido propuesto. Si así consideramos las cosas, ¿por qué vamos a apegarnos a la vida? ¿Por qué tener miedo a la muerte?

Mirad, muere un hombre cualquiera y, de ordinario, qué prisa tienen todos - incluso los padres, los hermanos, la novia, aunque no querrían separarse en que se lleven pronto el cadáver; a veces no faltan las impacencias, si los que han de venir a recogerlo se retrasan. Hemos de vivir desprendidos de todo lo

que no es permanente. Para lograrlo, hay que buscar la mortificación, sobre todo en las cosas pequeñas, y continuamente. ¡Qué gran equivocación la de quienes aseguran estar dispuestos a hacer un sacrificio grandioso, un acto heroico, y no saben vencerse en un detalle pequeño! Se dejarían crucificar gustosos en la Puerta del Sol, ante una muchedumbre de personas y, sin embargo, no son capaces de sufrir el menor alfilerazo, la contradicción más minúscula.

Fijaos: hasta en el orden natural, en la vida física, es preciso realizar un pequeño acto, y otro, y otro..., para conseguir resultados duraderos. Por ejemplo, no se concibe a un atleta que, queriendo vencer en un campeonato, no se entrene diariamente. Pues mucho más entrenamiento necesitan los que desean ganar el campeonato supremo.

Es preciso convencerse de que es necesario saberse fastidiar gustosamente para alcanzar la corona imperecedera. Me parece oír, Señor, que me dices de nuevo, como a tus discípulos: *Sí quis vult post me venire...* (1). No cabe otro camino que tomar la Cruz y seguirte. ¡Pero qué lástima!: llevamos veinte siglos de Cristianismo y muchos cristianos no comprenden el sentido del dolor, se rebelan ante todo lo que sea sufrir, pretenden un crucifijo sin Cruz. El resultado es que sufren más e inútilmente, porque no te agradan, Señor, y no sacan provecho sobrenatural alguno. Hemos de percatarnos bien de que, si estamos decididos a dar gloria a Dios en todas las cosas, la muerte es solamente un *pequeño detalle*. Vamos, pues, a aceptada plenamente: cuando Dios quiera, donde Dios quiera, como el Señor quiera enviarla.

2) *Ut omnes unum sint...* (2). Que seamos todos una sola cosa. Lo pide Jesús a su Padre en la Última Cena. Ya antes había dicho: *omne regnum divisum contra se desolabitur, et omnis civitas vel domus divisa contra se non stabit* (3): todo reino dividido contra sí mismo será desolado, no permanecerá. Se precisa, por tanto, unidad de inteligencia, unidad de voluntad y unidad de corazón. Aquí tenéis materia de meditación suficiente para llenar la media hora.

(1). Mt 16, 24

(2). *Jn* 17, 21.

(3). *Mt* 12, 25.

Pienso en las oraciones, en los ofrecimientos que habrán salido de más de una cárcel, de más de una trinchera, de más de un hospital, en la pasada fiesta de mi Padre y Señor San José. ¡Cuánto debemos pedir para que todas esas oblaciones, siendo agradables a Dios Nuestro Señor, sean mantenidas con su ayuda! Tenemos obligación de rezar por todos esos hermanos nuestros y de mortificarnos, de fastidiarnos (oración de la carne, oración de los sentidos) por ellos, para que todos seamos uno en el corazón y en la inteligencia y en la voluntad. Uno en Cristo, conservando la propia personalidad.

3) ¿Y todo esto, para qué? Para dar a Dios toda la gloria. Están muy bien esos deseos tuyos de llegar, esas ambiciones de sobresalir, de destacar en tu trabajo; pero hay que rectificar la intención, encaminando esos afanes exclusivamente a la gloria de Dios. Convinceos de que todo lo terreno se acaba: después de muertos, quizá al poco tiempo, mucha gente se olvidará de nosotros. ¿Para qué vamos a buscar una gloria tan efímera? Preocupémonos sólo de ser un padre de familia cristiano, un médico cristiano, un arquitecto cristiano, un trabajador cristiano. Si en cada nación hubiera un grupo de padres de familia santos, de médicos santos, de arquitectos santos, de obreros santos, estarían resueltos todos los problemas.

Para terminar, un coloquio con Nuestra Señora, renovando los propósitos concretos que hayamos hecho para el día de hoy.

AMOR SOBRENATURAL

(7-IV-1937)

1) Cuando un miembro del cuerpo humano resulta herido, los ojos, las manos, la inteligencia acuden a remediar el daño. En este organismo sobrenatural de la Obra, se tiene que cumplir la misma ley. Cuando vuestros hermanos, mis hijos, sufren, ¿cómo permaneceremos nosotros impasibles? Si alguno se encuentra en un peligro próximo, aunque no sea inminente, ¿cómo vamos a quedarnos tranquilos? Yo padezco por aquellos miembros de la Obra, hijos míos, que están ausentes -en la trinchera, en la cárcel-, y comprendo perfectísimamente las palabras de San Pablo: "¿Quién de vosotros está triste y yo no estoy triste? ¿Quién de vosotros está enfermo y yo no estoy enfermo?" (4). Así sentía el Apóstol de las gentes la unión de caridad con sus hermanos. ¡Oración de los primeros cristianos, hasta en el gesto, con las manos alzadas al cielo! ¿Cómo no vaya pedir yo por los que están lejos, enfermos o en peligro? Señor, derrama abundantemente tus gracias sobre sus corazones y sus inteligencias y sus voluntades, unge con tu piedad cada uno de sus sentidos.

4. Cfr. 2 Cor 11, 29.

Con los medios sobrenaturales, hemos de poner en juego la obra de nuestras manos y de nuestros ojos: los medios humanos que Tú exiges que no se descuiden. Concretamente, en el caso de Ricardo, después de haber hecho todo lo posible, nos sentimos tranquilos, con esta paz que te debemos a Ti. Ahora pedimos que pueda realizar su proyecto sin que se siga daño para nadie. Que Juan -pedimos, en disyuntiva, su venida a la embajada... y vino- pueda pasar a la zona del país donde no se persigue a los cristianos, sin percance para su alma ni para su cuerpo. Y Chiqui... ¡con cuánta paz nos cuentan que lleva sus sufrimientos! Tendrá sus cruces interiores pero también, como todos, sus consuelos; esos consuelos que Tú sabes dar. Pido por él y también por todos los que se encuentren en un trance difícil, sin conocerlo nosotros (5).

5. A Ricardo Fernández Vallespín, director de la Residencia DYA, le sorprendió el comienzo de la guerra civil en Valencia, donde realizaba gestiones para abrir una nueva Residencia universitaria. Para él se había reservado un puesto en el Consulado de Honduras; pero se le presentó la ocasión de pasar al otro lado del frente en una zona poco guarnecida, y así lo hizo poco después.

Juan Jiménez Vargas, entonces recién licenciado en Medicina, ayudó mucho al Beato Josemaría en los primeros días de la guerra, cuando se veía precisado a huir de un sitio a otro. Consiguió que le admitieran (como si fuera un enfermo) en una clínica dirigida por el Dr. Suils, donde estuvo seguro algún tiempo. Luego tuvo que dejar ese refugio y -tras una serie de

peripecias llenas de peligro- pudo reunirse con el Fundador del Opus Dei en el Consulado de Honduras, donde aprovechó el puesto que Ricardo no había llegado a ocupar. Entró en ese refugio diplomático la tarde de este mismo día, 7 de abril.

"Chiqui" era el apelativo familiar de José María Hernández Garnica. Al empezar la guerra civil fue encarcelado en Madrid por los milicianos, estuvo a punto de ser fusilado, y pasó luego muchos meses en prisión, en Valencia. El Beato Josemaría se hallaba muy preocupado por él, porque además estuvo enfermo en la cárcel.

Hijos míos, cuando el vendaval de la tentación remueve todo lo sucio que hay en el fondo de nuestra alma, cuando las tres concupiscencias de que habla San Juan (6) se ponen en pie como tres víboras, pretendiendo que nuestra voluntad y nuestra inteligencia y nuestra carne se rebelen, es para mí una ayuda maravillosa el recuerdo de las oraciones y sacrificios, que por mí ofrecen diariamente todos mis hijos. También las oraciones y sacrificios, que nosotros hagamos por nuestros hermanos, serán para ellos una coraza poderosísima contra la que se estrellarán los ataques del demonio. Cuando el enemigo nos tienta, brindándonos un goce pasajero -el orgullo, la vanidad, las apetencias de la carne, hemos de responderle: ¡eso que me ofreces es un engaño! *Ad maiora natus sum!*, he nacido para cosas más grandes.

6. Cfr. 1 Jn 2, 16.

2) Este amor sobrenatural a nuestros hermanos ha de estar por encima, muy por encima, de aquella otra caridad que debemos usar con los miembros de nuestra familia según la sangre. Por encima, pero sin disminuirla; al contrario. ¿Cómo no vamos a pedir para ellos, para todos, el fin de la guerra, la derrota pronta y definitiva de quienes se oponen a Dios? No por orgullo, ni por motivos humanos, sino por Ti, Señor, y por tu Iglesia: que cesen los horribles sacrilegios, los atentados nefandos que se cometen.

Mientras tanto, yo, ¿qué desagravio te estoy ofreciendo? Porque *obras son amores y no buenas razones*. ¿Dónde están mis sacrificios y mis mortificaciones? ¡Si apenas me mortifico en algo! Me parece oír las excusas de nuestra debilidad: ¿y cómo vaya vivir la mortificación, con esta falta de libertad? Sin embargo, yo os digo que hace más el que quiere que el que puede. Si busco con amor, ¿no voy a encontrar ocasiones de fastidiarme en pequeñas cosas, sin que nadie lo note? Concretamente, para hoy, vamos a buscar una pequeña mortificación, y a ofrecerla por esos hermanos nuestros que se hallan

en un peligro mayor, y por los que también se encuentren en peligro sin que lo sepamos nosotros.

3) Como tercer punto de la meditación, vamos a considerar nuestro deber de defender la vocación de nuestros hermanos con uñas y dientes; con todos los medios lícitos de que dispongamos: especialmente con esta bendita oración y con estos sacrificios. Hoy, más que nunca, hemos de repetir: ¡Bendito sea el dolor, amado sea el dolor, santificado sea el dolor, glorificado sea el dolor! Repito que no cabe limitamos a pedir a Dios que les guarde hasta del menor pensamiento fuera del camino de la Obra, sino que hemos de ayudarles a perseverar, como podamos, protegiéndoles también para que rectifiquen, si han dado un mal paso.

Con la santa transigencia, con el cariño fraterno, ha de ir siempre unida la santa intransigencia en todo lo que se refiera a la vocación cristiana. Y con la santa intransigencia, la santa coacción y la santa desvergüenza (7). Jesús, si te amamos con toda nuestra alma, ¿cómo no hemos de usar en tu servicio - ¡santamente!- la falta de respetos humanos que tienen para sus cosas los que se aman en la tierra?

Terminamos haciendo un coloquio con la Virgen, en el que recordamos la primera parte de la oración.

(7.) Cfr. *Camino*, n. 387.

Muchas veces el Beato Josemaría explicó que la *santa coacción* no tiene nada que ver con no respetar la libertad de los demás: sobre este punto, fue muy explícito muchas veces. Por ejemplo, en una de sus *Cartas* afirma que la expresión *compelle intrare* (oblígales a entrar), de que habla el Señor en una parábola del Evangelio (Lc 14, 23), «es una invitación, una ayuda a decidirse, nunca -ni de lejos- una coacción»; «no es como un empujón material, sino la abundancia de luz, de doctrina; el estímulo espiritual de vuestra oración y de vuestro trabajo, que es testimonio auténtico de la doctrina; el cúmulo de sacrificios, que sabéis ofrecer; la sonrisa, que os viene a la boca, porque sois hijos de Dios (...). Añadid, a todo esto, vuestro garbo y vuestra simpatía humana, y tendremos el contenido del *compelle intrare*» (*Carta*, 24-X-1942, n. 9).

LA COMUNIÓN DE LOS SANTOS (*)

(8-IV-1937)

(*) Estas palabras fueron pronunciadas por el Beato Josemaría después de la Santa Misa, que en un primer momento celebraba en el vestíbulo del Consulado. Cfr. lo que se explica en la **Presentación** de este volumen.

1) Unidos íntimamente con Jesús Sacramentado, a quien acabamos de recibir, vamos a recordar en nuestra oración a los hermanos nuestros que todavía libran las peleas de esta vida, a los que acabaron ya el combate y se purifican ahora en el Purgatorio, y a los que gozan ya de Dios en el Cielo: la Iglesia militante, la Iglesia purgante y la Iglesia triunfante. El propósito será tener siempre muy presente la consoladora doctrina de la Comunión de los Santos.

Todas nuestras oraciones y nuestras obras hechas en estado de gracia consiguen dos efectos: el satisfactorio y el meritorio. Podemos pagar la deuda de nuestros pecados y merecer la gracia divina. Es doctrina teológica que estos dos tesoros podemos también aplicarlos a otras almas que los necesiten, precisamente por hallarnos unidos a todo el Cuerpo Místico de Cristo. Esos efectos de nuestras oraciones y buenas obras recaen principalmente sobre quienes están unidos a nosotros *ex radice caritatis*, por la raíz de una misma vocación cristiana y una misma caridad.

Por ejemplo, los méritos de cada obra buena que realice yo os benefician a cada uno de vosotros, que sois mis hijos; los méritos vuestros vienen a favorecer, a ayudar a todos vuestros hermanos y a mí. Por la Comunión de los Santos, nunca podemos sentirnos solos, pues constantemente nos llegan alientos espirituales de las cárceles, de las trincheras, de donde quiera se encuentre alguno de vuestros hermanos. La consideración de esta realidad nos impulsa a un detenido examen de nuestra conducta en este lugar, que es como

una prisión para nosotros. Porque aquí, en esta aparente inactividad, contamos con la posibilidad de trabajar mucho por dentro, y acompañar a cada uno de vuestros hermanos en peligro, y velar por ellos. Y al contrario: cada vez que dejamos de hacer una mortificación, cada vez que recortamos el tiempo de la oración, les causamos un perjuicio, no les ayudamos a sobrellevar sus penas, a rechazar sus tentaciones. Tenedlo siempre muy presente. Que esta consideración os sirva de estímulo en vuestra vida interior. No olvidéis que, aunque los cristianos seamos muchos, formamos un solo cuerpo en Cristo, en unión con las ánimas benditas del Purgatorio y las de la Iglesia triunfante.

2) Así como hay hermanos nuestros que sufren en la tierra, quizá haya alguno en el Purgatorio. No gusta a las gentes, en general, oír hablar de Purgatorio y de Infierno; sólo quieren que se les hable del Cielo. No son como aquellos primeros hermanos nuestros en la fe, que cultivaban una virtud recia y no sentían miedo de nada. Se parecen más bien a estas imágenes modernas de colorines, dulzonas. Si nos oyesen hablar, dirían que estamos locos, ¡locos! Pero son ellos los que cometen la gran locura de pretender pasar de esta vida a la eterna, de la tierra al Cielo, sin sufrir lo más mínimo, sin poner los medios sobrenaturales, entre los que se cuenta la mortificación, la unión con la Cruz de Cristo.

Hay quienes sufren en el Purgatorio. Nosotros, con nuestras oraciones y nuestras buenas obras, estamos en condiciones de aliviarlos en sus dolores y de llevarlos a la verdadera Vida, con mayúscula, y al Amor verdadero, con mayúscula también.

Cuando transcurran los años, contaremos que durante la revolución y la guerra civil fuimos acogidos en este refugio diplomático. Y a pesar de los pesares -y es mucho el pesar y son muchos los pesares que estamos sufriendo-, recordaremos con gratitud al jefe de esta misión, que nos ha salvado la vida terrena. Si esto es así aquí abajo, imaginaos cómo agradecerán las ánimas benditas del Purgatorio que les ayudemos a llegar pronto a la Vida, con mayúscula. ¡Con qué alegría nos pagarán desde el Cielo nuestros sufragios, intercediendo por nosotros, presentando a Dios nuestras buenas obras, realzándolas y acrecentando nuestros méritos!

3) Esta consideración nos anima a pensar en la Iglesia triunfante. Recuerdo con gran consuelo una conversación que mantuve con un gran santo; lo asesinaron en julio del año pasado, cuando se hallaba sazonado, preparado para ir al encuentro del Amor, pues había escrito todo el libro de su vida, desde el principio hasta el fin, con letras de oro (8).

(8). Se refiere a D. Pedro Poveda, fundador de la Institución Teresiana, buen amigo suyo a pesar de la diferencia de edad que existía entre los dos. Se encontraron, por última vez, pocos días antes del estallido de la guerra civil. Asesinado en Madrid, por odio a la religión, el 28 de julio de 1936, ha sido beatificado por el Santo Padre Juan Pablo II, el 10 de octubre de 1993.

Ya sabes, Señor, que yo tampoco tengo más Amor que el tuyo, que no deseo atarme a los amores de la tierra, que se derriten como cera puesta al sol. Hablábamos de la posibilidad de sufrir martirio. Le dije que no me asusta la muerte: que la aceptaría gustoso cuándo, dónde y cómo quisiera el Señor mandármela, pero que sentiría abandonaros. Y continué afirmando, mientras él asentía, que los afectos santos de la tierra se conservan en el Cielo: allí podremos pedir por las personas a las que quisimos aquí abajo.

¿Veis que no estamos solos? Como los primeros fieles en la quietud de las catacumbas romanas, podemos clamar: *Dominus illuminatio mea et salus mea, quem timebo?* (9); el Señor es mi luz y mi salvación, ¿a quién temeré? Sólo así podemos explicarnos las hazañas, verdaderamente recias, que llevaron acabo aquellos primeros cristianos. Con una confianza segura en la ayuda de Dios, sin hacer cosas raras, entraron en todas partes: en el foro, en los palacios, hasta en la casa del emperador. Con razón pudo escribir Tertuliano: "Somos de ayer y lo llenamos todo; solamente os hemos dejado vuestros templos" (10), los lugares donde un cristiano no debe vivir, porque sería ofensa de Dios. Estaban tan unidos por medio de las buenas obras, que ya exclamaban con sus vidas: *congregavit nos in unum Christi amor* (11), el Amor de Cristo nos ha hecho ser una sola cosa.

(9). *Sal* 26,1.

(10). Cfr. Tertuliano, *Apologético* 37.

(11). Himno litúrgico *Ubi caritas*.

Si los Santos del Cielo se preocupan de nosotros, ¡con cuánta más razón se ocupará nuestra Madre Inmaculada! ¡Qué confianza nos tiene que dar su intercesión! Siempre producen efecto nuestras oraciones, pero a veces se palpa de una manera especial, como en estos días. ¡Cómo nos hemos llenado de paz al enterarnos de algo, que es consecuencia de lo que habíamos pedido! Esto sucederá siempre que hagamos verdadera oración: una oración atenta, piadosa, llena de fe. Hay personas que rezan sin darse cuenta de lo que dicen, que recitan el Rosario y quizá comulgan todos los días, pero lo repiten rutinariamente, con poca piedad. No se dan cuenta de que los sacramentos no son un fin en sí mismos: son medios para unirse más y más a Dios. No sólo de pan vive el hombre, sino que es necesaria también la palabra, la oración, cuajada con las debidas condiciones.

Por eso, para vivir la Comunión de los Santos según el verdadero espíritu cristiano, es imprescindible que no dejéis la oración mental, que os esforcéis por tratar a Dios en todos los momentos y ocupaciones de la jornada, sin hacer cosas raras. ¿Es la hora de hacer deporte? Muy bien, practica el deporte. ¿Estás en la universidad? Bien, estudia y aprovecha el tiempo. Pero, siempre y en todo lugar, oración, oración.

Un coloquio con San José, Maestro de la vida interior. Renovad los propósitos que hayáis formulado para toda vuestra vida y, sobre todo, para el día de hoy. Repetidle la oración que le dirige la Iglesia: *Fecit te Deus quasi Patrem Regis, et dominum universae domus eius: ora pro nobis!* (12).

(12). Cfr. Breviario Romano de San Pío V, Responsorio breve de la III lectura del I Nocturno de la fiesta de San José.

LA TRIBULACIÓN DE LA GUERRA

(9-IV-1937)

1) La gente del mundo tiene un concepto falso de lo bueno y de lo malo. Es bueno lo que satisface al cuerpo, lo que halaga el amor propio, lo que contenta a la carne; y malo lo que trae contradicción, humillación, pena para nuestro egoísmo. Pero los que consideran estos conceptos a la luz de la visión sobrenatural no pueden pensar así. Miradas las cosas desde este punto de vista, nos parecerá a menudo bueno lo malo, y malo lo bueno. Lo *malo* nos llenará de santa alegría, y lo *bueno* nos dejará no tristes, pero sí pensativos y meditabundos.

Los que nos sabemos cristianos, hijos de Dios, hemos de llevar una vida no simplemente natural, sino sobrenatural; no podemos reaccionar ante el dolor como unas bestias. Sin embargo, ¡cuánto participamos todavía de esos falsos conceptos de lo bueno y de lo malo! ¡Qué restos hay en nosotros de la visión humana que alimentábamos antes de tratar más de cerca a Dios! La meditación de hoy es ocasión para hacer examen y renovar los propósitos generales. Vamos a ceñirnos a un caso concreto: ¿cómo reaccionamos cuando nos sentimos intranquilos? Si uno se encuentra enfermo, acude al médico y le dice: estoy enfermo, tengo estos síntomas... El médico averigua las causas y ofrece los remedios oportunos. Pues nosotros, en la vida espiritual hemos de actuar del mismo modo: examinar los motivos de nuestras intranquilidades con luz sobrenatural, y el Señor nos ayudará a ponerlas cosas en su sitio justo y nos devolverá la paz.

Desengañémonos: lo que nos parece *malo* no lo es; nos sucede que no sabemos aprovechar los tesoros que la tribulación trae consigo, escondidos. Empeñémonos en ver la gloria y la dicha ocultas en el dolor. Si nos comportamos así, en todas nuestras acciones reinará la felicidad: esa felicidad en la Cruz, que es la que yo os deseo a todos. Dolor y amor: ése es nuestro camino. Al amor sólo se va por el dolor; y el que no padece, no conocerá nunca el verdadero amor de Jesucristo.

2) Fijemos nuestra mirada en la realidad actual de España. ¿Qué debemos pensar? Y, enseguida, una voz se alza dentro de nosotros, que nos grita: la guerra... es mala, porque mueren muchas personas. Morirán sólo los que

permita la divina Providencia. Unos, por la causa de Dios, son mártires que ganan la felicidad eterna con el sacrificio de su vida y procuran incontables frutos para todos con la semilla de su sangre; otros, ¡pobres!, caerán sin gloria; pero te pedimos para ellos, Jesús, toda tu piedad. Piedad para ellos, Señor, porque Tú has dicho: *no he venido a llamar a los justos, sino a los pecadores* (13).

(13). Mt 9, 13.

No pretende el Beato Josemaría condenar en bloque a quienes militaban en uno de los bandos. Sabemos, por muchas y diversas fuentes, que durante la contienda -y durante toda su vida- se abstuvo de tomar partido en las cosas temporales, para dedicarse exclusivamente a su labor espiritual. Pero no es posible olvidar la realidad de la cruenta persecución promovida contra la Iglesia y los católicos, que tantos mártires causó, como la Iglesia reconoce con las numerosas beatificaciones que actualmente está llevando a cabo.

Junto con esto, ¡cuántos españoles –estoy seguro de ello- estarán ofreciendo sus sufrimientos a Dios! Todos contribuirán a que sea verdaderamente fecundo y bendito este momento de la historia de nuestra patria. ¡Sí! De la revolución y de la guerra puede -debe- salir el bien: son camino del que se sirve la permisión divina, y guardan para los cristianos tesoros abundantísimos de santificación. ¡Qué pena, que muchos no los sepan aprovechar, y coloquen a la patria por encima de todo! ¿España? Sí; pero, antes que España, Dios y la Iglesia.

Para cada uno, ¿qué daños vamos a temer de esta guerra? ¿Morir? ¿Y qué vale una vida? ¿Qué son treinta, cuarenta, noventa años, para este amor sin fin en el que después nos gozaremos? Me viene a los labios la expresión castiza de una labriega de Castilla, que no hace muchos años habló tan maravillosamente de Ti. *Por los siglos sin fin...* (14). Son palabras de miel, con sabor de cielo. ¿Qué importa la vida, treinta, cuarenta, noventa años? ¡Yo te amo, Jesucristo, a Ti, por los siglos sin fin!

(14). Se refiere a Francisca Javier de del Valle, autora de un libro titulado "Decenario al Espíritu Santo"; el Beato Josemaría conoció y apreció este libro.

¿No se seguirán otros daños para la misma Iglesia de Cristo, de este horroroso vendaval? Yo mismo lloraba y suplicaba al Señor, al conocer hace tiempo los horrores de la revolución de México: incendios de catedrales, crucifixión de sacerdotes -aunque a ellos los envidio, por la bicoca de su muerte gloriosa-... Pero ¿qué significa la destrucción de catedrales? A pena muy de veras que se pierdan, aunque -sin dejar de lamentar esa barbarie- debemos considerar que lo verdaderamente esencial es salvar almas. Y pensando en esta Obra que Tú has bendecido, ¿cuáles serán las consecuencias de todo esto? Parece que esperaste, Señor, a que el grano muriese en el surco; y cuando empezaba a echar raicillas y a apuntar en la superficie un esbozo de tallo, permitiste que se desencadenase este vendaval. Pero vendrá la paz, y la Obra se desarrollará perfectamente después de esta prueba; sus ramas serán abundantes y darán olorosas flores y frutos cuajados en sazón, dispuestos a ser manjar para la boca de Dios (15).

(15). Cfr. *Camino*, n. 311.

3) La tribulación lleva a algunos a la desesperación. Por eso, el examen de la justa reacción que hemos de tener será el tercer punto de nuestra meditación.

Escribía San Pablo a los Romanos: *gloriamur in tribulationibus, scientes quod tribulatio patientiam operatur, patientia autem probationem, probatio vero spem; spes autem non confundit* (16). Sí, la tribulación engendra la esperanza, y la esperanza no será confundida. Nosotros vivimos, Señor, una esperanza que no me atrevo a expresar con palabras. ¿No es cierto, Señor -te lo digo en esta intimidad a que tu Amor me llama-, que no resultará fallida? ¿Por qué, pues, pensando en las tribulaciones de todos y en la tribulación general que oprime a España, acuden las lágrimas a mis ojos y gimo delante de Ti? La respuesta llega enseguida. Me parece oír que me contestas: "Porque aunque te mueras de viejo, eres un niño, y también los niños lloran en los brazos de sus padres. Se tiene seguro el pan, pero es inevitable sentir el sufrimiento. Esto viene de la flaqueza de tu condición y no me ofende".

(16). *Rm* 5, 3-5.

No, nuestra esperanza no será confundida. ¿Qué valen, contra esta esperanza segura, las penas pasajeras, los dolores de un instante? ¿Qué es todo eso, frente a una gloria que no tendrá fin?

Madre nuestra, a ti nos dirigimos pidiendo que robustezcas esa esperanza. Te suplicamos que, para ser dignos de este don, nos concedas la virtud de la pureza. ¿Qué fortaleza descubriríamos en las tribulaciones si no fuésemos dueños de nosotros mismos, si fuésemos esclavos de la carne? No nos socorrería la gracia en la tribulación, no tendríamos paciencia para sobrellevarla, tampoco después de ser vencidos en pequeñas cosas. Consíguenos, Madre nuestra, limpieza de alma y de cuerpo para merecer la esperanza en el dolor y para obtener, del sufrimiento, frutos sobrenaturales.

CONFIANZA EN DIOS

(10-IV-1937)

1) Cerrados los ojos de la cara, vamos a representarnos -con los ojos del alma- a Jesús, al que acabamos de recibir en la Eucaristía, a quien tenemos sacramentalmente en nuestro pecho. Le vemos rodeado por los Doce, contemplando con misericordia la ciudad de Jerusalén.

Ayer nos quedamos con una esperanza fuerte en la misericordia de Dios, pero ahora parece que una voz nos dice: ¿qué derecho tienes tú a abrigar esa esperanza? Cada uno ha de examinar detenidamente lo que es delante de Dios. Menos que un vaso de agua ante la inmensidad de todos los mares reunidos; menos que la mortecina luz de una lámpara en contraste con los rayos del sol: infinitamente menos eres delante del Señor. Vales menos que la

hoja que se desprendió de un árbol en el otoño y que pisas despreciativo. ¿Cómo vas a tener derecho a que el Señor se preocupe de ti, como comentábamos ayer, hasta en los menores detalles? Medita, alma mía, sobre esta realidad, y avergüénzate y humíllate al considerar la audacia que supone pretender que Nuestro Señor se fije con tal interés en tus cosas.

2) Pero, entonces, ¿no cabe alimentar esa esperanza? Sí: podemos y debemos cultivarla. Así como una persona cuyos padres poseen gran influencia, o se relaciona con buenos y poderosos amigos, es capaz de desenvolverse perfectamente en el mundo, así nosotros nos encontramos en condiciones de esperar todo, gracias a las maravillosas recomendaciones que tenemos en el Cielo. ¿O es que van a pesar más nuestras miserias, nuestras debilidades y flaquezas, que los méritos infinitos de Jesús: su nacimiento, su vida de sacrificio, su Pasión dolorosísima, su Muerte? ¿No puede, por ventura, borrar nuestra impureza la pureza extraordinaria de la que fue concebida sin mancha, nuestra Madre Inmaculada? ¿Su vida, llena de dolores? ¿Y los méritos de los Santos?

Jesús, Tú eres mi Dios, mi Hermano, mi Amor y mi Todo. ¿Cómo no voy a sentir plena confianza en Ti? ¿Por qué no dar vuelos a la esperanza? Sí, hijos: contamos con razones fundadas, razones hasta materiales que nos permiten confiar plenamente en la Providencia de nuestro Padre-Dios. La seguridad de que es así nos lleva, otra vez, a humillarnos profundamente; pero esta humillación ha de ser confiada y llena de agradecimiento.

3) El tercer punto de la meditación consiste en considerar la actitud de Jesucristo durante su vida terrena. Nos fijaremos en un episodio concreto (17).

(17). Cfr. *Jn* 4, 5 ss.

Hace un calor inmenso. Por el polvoriento camino, sudoroso y hambriento avanza un Hombre que, siendo Dios, está casi deshecho por las penalidades de la jornada, por el cansancio, el hambre y la sed. Veámosle; viene solo. ¿Dónde están Pedro y Juan y los otros? Les ha mandado el Maestro a buscar qué comer. Más tarde volverán y, con su santa naturalidad, comprenderán que la mies está ya a punto para la siega, pero que aún no se les permite recoger los granos de trigo: ese trigo que ellos mismos han restregado muchas veces

en sus manos sudorosas, hasta hacer un amasijo de harina que les permita mitigar el hambre; ese trigo que más tarde habrá de consagrar el Señor mismo, convirtiéndolo en Pan de Vida, en alimento del alma.

Avanza Jesús y llega hasta el brocal de un pozo. Tiene sed. La hubiese podido apagar mandando que los ángeles le sirviesen el agua que hay en el fondo del pozo. Pero Jesús no utiliza medios extraordinarios para satisfacer sus necesidades: sólo cuando son imprescindibles para el cumplimiento de su misión.

Por el otro lado del camino se acerca una mujer. Es una pobre mujer: lleva en la cara el sello que el demonio de la lujuria pone en todos sus esclavos. Sus andares son desenvueltos, y más desenvuelta aún es su lengua; pues quien se lanza, como ella, por el camino de la perdición, no concede mayor importancia a las maneras de comportarse.

Nuestro Señor es galileo; ella, samaritana. Jesús habla con el acento de su tierra: no lo disimula; todos sus actos son naturales. Ahora, como padece sed, pide agua a la mujer. Ésta se asombra: *¿Cómo tú, siendo judío, me pides de beber a mí, que soy samaritana?* (18). Es sabida la enemistad que había entre judíos y samaritanos: éstos afirmaban que se podía adorar a Dios sobre el monte Garizim, en tanto que aquellos afirmaban que sólo en Jerusalén, adonde había que ir una vez al año para adorar en el Templo. Jesús responde: "Si supieses quién es el que te dice: dame de beber, serías tú la que me pidieras a mí agua viva, para nunca más tener sed" (19).

En el curso de su conversación con ella, Jesús misericordioso ofrece a esta mujer el agua de la gracia y la convierte de pecadora y vaso de perdición en apóstol. Una vez terminada la conversación, corre la mujer a la aldea para dar a conocer al Mesías, con el que ha hablado.

Éste es el proceder de Jesús: ¿cómo no vamos a tener confianza en Él? Señor, Tú sostienes en mí la esperanza. Por Ti creo en el porvenir de esta

Obra tuya y, concretamente, espero que darás perseverancia a todos mis hijos, de modo que, cuando nos reunamos, podamos cantar un *Te Deum* de acción de gracias por esta perseverancia y, quizá, por haber permitido que no solamente perseveren, sino que contagien su ardor a otros, como otros pegan las cosas inmundas, las enfermedades.

Dame, Señor de misericordia, la gracia de que yo también sea misericordioso con los demás. Intransigencia conmigo mismo; comprensión con los que me rodean. Que no juzgue, para no ser juzgado. Solamente juzgaré, Señor, cuando tenga obligación de hacerlo. Dame, al mismo tiempo que misericordia, fortaleza, porque la misericordia no significa debilidad y la fortaleza es una virtud cardinal.

Haced un propósito concreto: no desperdiciar ninguna ocasión de mortificarse en cosas determinadas; por ejemplo, no buscar consuelos humanos. Ya sé que cuesta, pues no me falta experiencia de esto, como vosotros contaréis con la vuestra.

(18). *Jn* 4, 9.

(19). Cfr. *Jn* 4, 10.

Resumiendo: hemos de cultivar una confianza grande en Dios Señor Nuestro. Hemos de pensar que nuestra Madre Inmaculada nos amparará como las madres del mundo amparan a sus hijos enfermos, por repugnante y vergonzosa que sea la enfermedad que padezcan. Por grande y ancha y honda que sea la sima de nuestra miseria, mayor es la montaña de la misericordia de Jesús. Hemos de ver a San José, Nuestro Padre y Señor, decidido a empujarnos por los caminos de la Obra. ¡Cómo sentimos su ayuda! ¡Cómo nos bendice cada año en su fiesta, en recompensa de los ofrecimientos que ese día hacemos a Dios! (20)

Para terminar, el coloquio con Nuestra Señora. Madre nuestra, te damos gracias por tu intercesión por nosotros delante de Jesús; sin ti, no habiéramos podido ir a Él. ¡Qué verdad es que a Jesús siempre se va y se vuelve por María! (21). Te pedimos ayuda para cumplir los propósitos que hemos hecho en

este rato de oración, y gracia para que nunca se pierda en nosotros la esperanza.

(20). Alusión a la Costumbre de renovar interiormente la dedicación a Dios en el Opus Dei, el día de la fiesta de San José.

(21). Cfr. *Camino*, n. 495.

ZAQUEO

(12-IV-1937)

1) Nos quedamos el último día en el pozo de Sicar, considerando la misericordia de Jesús con los pecadores. Hoy vamos a confirmar en nosotros la esperanza a que nos había llevado su piedad.

Contemplamos ahora a Jesús rodeado de una muchedumbre ruidosa, hombres y mujeres de todas clases y edades, y niños, muchos niños, que se agolpan para verle. Entre ellos descubrimos a un hombre principal, rico, de alta categoría social, a quien el ansia de ver a Jesús parece haber quitado todo cuidado de su compostura y gravedad. Es de pequeña estatura y la multitud le impide completamente realizar su deseo. Pero es su afán tan grande que, despreciando el *qué dirán*, con una santa desvergüenza, se encarama como un pillete por un árbol, para presenciar desde allí el paso de Jesús (22).

(22).Cfr. *Lc* 19,1-4.

No faltan ni las burlas de los chiquillos ni la carcajada en la boca de algunas personas mayores. Pero todo eso, ¿qué importa? ¿Qué importa, cuando se trata del servicio de Cristo, la opinión de las gentes, los respetos humanos? Cuando una falsa vergüenza trate de cohibirnos, sea siempre ésta nuestra consideración: Jesús y yo, Jesús y yo; lo demás, ¿qué nos importa? Procuremos cultivar esta santa desvergüenza en los pequeños detalles, en las menudas circunstancias de cada día. No viviremos las ocasiones grandes y

solemnes que se presenten de prestar un servicio a Dios, si antes no nos hemos ejercitado en las cosas pequeñas.

Hace varios días comentábamos que no puede aspirar a ganar un campeonato deportivo el que no tenga fortalecidos sus músculos por un entrenamiento continuo. Y, al repetir esto, parece que Dios nos dice: "Oye, hijo mío; cuídame las cosas pequeñas, séme fiel en esas citas". No son las circunstancias de ahora, las que dictan este modo de comportarse. Son las circunstancias de ayer y de siempre. Que cada uno se examine sobre este punto y descubra en qué puede vencerse; porque estos esfuerzos diarios, aunque vayan acompañados de caídas también diarias, han de ser recompensados abundantemente por el Señor.

Dame, Jesús mío, la santa desvergüenza. ¡Cuántas veces, cada día, se doblega mi voluntad con la contradicción, como se mueve la veleta con el viento! Concédeme, Dios mío, una entereza de acero, para que haga lo que deba hacer, aunque haya que romperse la cabeza, aunque sea preciso jugarse la vida. Porque el hombre que transige en cosas de ideal, de honra o de fe, no tiene ni ideal, ni honra, ni fe (23). Examinemos nuestras claudicaciones en puntos de ideal, pero sin ñoñeces, sin beaterías: como hombres maduros. Hemos de ser siempre recios. Bien entendido que la santa desvergüenza no es, sin embargo, la frescura, eso que ahora llaman caradura. No: con las formas sociales convenientes, con cortesía, con caridad, hemos de adquirir, por dentro, el temple del acero, con intransigencia y desvergüenza implacables, informadas siempre por la caridad de Cristo.

(23).Cfr. *Camino*, n. 394.

2) Zaqueo ha puesto los medios, con ese alzar los pies del suelo y buscar la mirada de Jesús, para acercarse a Él. Y nos preguntamos: ¿corresponderá Jesús? ¿Se entregará Cristo a quien se le entrega? Dios mío, ¡qué pregunta tan necia! ¿No señalaste Tú a todos: *estote perfecti* (24), sed perfectos, y con perfección semejante ala del Padre celestial? Este precepto de santidad, que obliga a todos, a todos, no sólo a los Doce primeros, ni a los frailes, curas y monjas, sino a todos, hombres y mujeres del mundo, padres de familia -¡padres de familia, conscientes de que traen al mundo, no simples pedazos de carne, sino también almas para Jesucristo!-, este precepto ¿no significa que Dios hará de su parte todo lo que no sea capaz de realizar el hombre?

Zaqueo ha puesto los medios, ha puesto por obra lo que buenamente ha podido; el resto queda a cargo del Señor. Siempre Dios complementa las acciones de los hombres: allí donde no llega el esfuerzo humano, habiendo buena voluntad por nuestra parte, llega la gracia de Dios. Haz, Señor mío, que yo dé siempre de mí todo lo que esté de mi parte, para que Tú me ayudes.

Y aquí, ¡cuánto tenemos de qué dolernos! ¿Se entregará Dios a mí, me sostendrá a mí, tan infiel, tan pecador? Sí, yo me duelo aquí de mis canalladas, de mis resistencias a la gracia; yo, con mi conducta, he retrasado la labor de la Obra (25). También Zaqueo era un pecador y, sin embargo, al pasar junto al árbol donde se había encaramado, Jesús levanta sus ojos y le mira, con esa mirada que tantas veces hemos considerado; y le habla: *baja deprisa, que hoy tengo que hospedarme en tu casa* (26).

(24).Mt 5,48.

(25).El Beato Josemaría se expresaba así movido por su profunda y heroica humildad.

(26).Lc 19,5.

Quizá hay en la actitud de Zaqueo más curiosidad que amor. Ha oído hablar de Jesús, lo ha entrevisto entre las gentes, siente deseos de conocerle..., pero aún no le ama, porque el amor sólo se engendra con el trato. Y aquí, una digresión: un Obispo muy santo, amigo mío, en una de sus incesantes visitas a las catequesis de su diócesis, preguntaba a los niños porqué, para querer a Jesucristo, hay que recibirlo a menudo en la Comunión. Nadie acertaba a responder. Al fin, un gitanillo tiznado y lleno de mugre, contestó: "¡Porque *para* quererlo, hay que *rozarlo!*" (27). Nosotros lo *rozamos* cada día en nuestros tiempos de meditación, que son un verdadero contacto con Nuestro Señor y, de modo aún más íntimo, también cada día, en la Sagrada Eucaristía. Pero tened en cuenta que hay quien se llena la boca, diciendo de una persona: "es de Comunión diaria". ¿Y qué? ¡Hay, por desgracia, personas que comulgan frecuentemente y no luchan contra sus muchos defectos! La Sagrada Comunión es un medio principalísimo para alcanzar la santificación. Debemos esforzarnos en ser santos y fieles; pero eso se consigue solamente con el amor, nacido del contacto con Jesús, no sólo en la Eucaristía, sino también en la oración: en el Pan y en la Palabra.

(27).El Obispo era don Manuel González, que había ocupado la sede de Málaga.

3) Zaqueo -insisto- ha puesto los medios para conocer a Jesús y va a obtener su recompensa. Es necesario, para sentir en nosotros el chispazo de la mirada de Jesucristo, que vayamos a entregarnos a Él usando rectamente, santamente, las cosas de este mundo. Es la invitación incesante de Jesucristo a sus Apóstoles: *duc in altum!* (28). Sí, hay que ir más allá, a la mar libre, donde quizá exista mayor peligro de tempestades, pero donde la pesca es abundante. La recompensa está ahí: en la mirada, en la llamada de Jesús. ¡Qué seguridad, qué esperanza tan inmensa para nosotros, si nos comportamos de esta manera!

(28).Lc 5, 4.

Nosotros reconocemos nuestra miseria y nuestra indignidad, pero estamos ciertos de nuestra vocación cristiana en la Obra. Pidamos que esto sea una tranquilidad para todos y un propósito para algunos, cuando se vean tentados contra la vocación. "No soy digno, no podré, soy un pecador...": éstas son las objeciones que sugiere el enemigo. Pero ¿acaso era digno Zaqueo? ¿No era, también él, un pecador? ¡Qué esperanza, qué esperanza tan grande! Cuando una humillación o una preterición aparente os hagan dudar, esperad en Jesús, estad seguros de su llamamiento. Esta certeza os ha de servir también para cuando sintáis los aguijonazos de la carne. Hay que decir: ¡no! Estemos firmes, por tanto: si no le dejamos, Él no nos dejará jamás.

¿Cómo ha de ser nuestra entrega a Jesús, para que Él se nos entregue? Ya Zaqueo ha bajado del árbol y corre a su casa, obedeciendo a la llamada del Señor, a fin de disponerle hospedaje. ¡Hospedar a Jesús! ¡Con qué alegría, con qué amor y respeto le llevaría por las estancias de su casa, alhajadas con los mejores tapices, perfumadas de aromas nuevos, mostrándole todo aquello que él ofrecía ya al Señor! ¡Cómo habría elegido lo más selecto de la sociedad para acompañar a Jesús en el banquete! Su ansia de servirle se traduce en estas palabras: *Señor, desde hoy daré la mitad de mis bienes a los pobres* (29). Sí, desde hoy la mitad de mis cosas lícitas las dejaré por ti. Desde hoy te introduzco en mi vida y Tú me haces tu colaborador, porque a esta donación me mueve tu amor.

(29).Lc 19, 8.

Éste es el secreto para divinizar una vida, para convertirla en fecunda y valiosa y gloriosa: llenarla de amor, purificar todas las intenciones, encaminándolas a la gloria y satisfacción de Dios. ¿Qué importa que las

acciones sean vulgares, y aun que las acompañe el fracaso, si es el Amor quien las ha inspirado?

Dejar las cosas ilícitas y las lícitas; buscar cada día los detalles con que significarle a Jesús, en renunciaciones continuas, nuestro anhelo de agradarle: ése es el camino. Y como recompensa, la entrega de Jesús; eso que no puede explicarse con palabras: el Amor ardiente de Cristo. Sí, no hay más amor que el Amor (30), Y hacia ese fin se va sólo poniendo los medios, entregándose a Dios.

El coloquio con Nuestra Señora, en un Avemaría.

(30).Cfr. *Camino*, n. 417.

ATOLONDRAMIENTO

(11-V-1937)

1) Junto a Jesucristo, a quien acabamos de recibir en el Santo Sacramento, vemos la figura vehemente e impulsiva de Pedro apenas terminada la Última Cena, momentos antes de iniciarse la Pasión. Ante el cuadro que traza Nuestro Señor de su futuro abandono, él protesta: *Etiam si oportuerit me mori tecum, non te negabo* (31); aunque todos te dejen, yo no te dejaré; yo estoy dispuesto a morir contigo. Y la respuesta triste de Jesucristo: *antes de que el gallo cante dos veces, tú me habrás negado tres* (32).

Será el pastor supremo de la Iglesia, el fundador de la sede de Roma que ha de durar mientras duren los siglos, el jefe de los Apóstoles y, sin embargo, su proceder en aquellos momentos es el de un atolondrado. Está tentado a Dios, porque está prometiendo lo que se halla por encima de sus fuerzas, sin contar con Él. Los demás Apóstoles, más prudentes, más conocedores de sí mismos, callan. Pedro protesta y habla, llevado de su sentimiento, sin tener en cuenta su capacidad y sin considerar ante Dios la firmeza de su resolución. ¿No habremos pecado nosotros mismos, muchas

veces, de atolondramiento, en casos semejantes? ¿No nos habremos propuesto lo que no era para nosotros, lo que no estaba en nuestra mano cumplir? ¿No habremos cometido tonterías, por falta de consideración y de reflexión, por no consultar a Dios, por no pedirle su venia y su ayuda?

(31). Mt 26, 35.

(32). Mc 14,30.

¡Cuánta insensatez! Que cada uno se examine sobre este punto con toda diligencia y saque el propósito consiguiente: no tomar nunca una resolución precipitada, no tomar ninguna decisión de alguna importancia sin considerarla ante Dios en la oración y en la Comunión, y sin el consejo de una persona prudente y discreta que pueda, por su autoridad y sus condiciones, orientarnos eficazmente. Que cada uno se examine a sí mismo y, si no descubre este atolondramiento en su proceder, que no dé gracias a Jesucristo, sino que se humille y pida la luz de Dios, y siga buscando con verdadero cuidado.

Os pongo un ejemplo. En esta habitación, que se halla en penumbra, sería difícil encontrar un alfiler. Para hallar ese objeto, tendría que abrir la ventana y encender la luz. Que busque cada uno en su alma, y encontrará; y será el momento de cambiar este carácter, que tan fácilmente prescinde de Dios y confía en sí mismo. Con esta desconfianza en nosotros mismos, y con esperanza en la misericordiosa ayuda de Dios, ese mal carácter no nos sorprenderá tan fácilmente.

2) El atolondramiento nace de un defecto que se oculta a nuestros ojos. Esa inconveniencia, esa indiscreción, esa falta de gravedad exterior e interior, que pueden no ser pecado pero que causan en la figura del cristiano, del apóstol, el mismo desastroso efecto que produciría un chafarrinón de chocolate en el vestido resplandeciente de una reina, provienen siempre de lo mismo: de la carencia de atención que nos impide ver nuestras flaquezas. El atolondramiento nos puede llevar, por ejemplo, a faltas de cortesía y de urbanidad con el prójimo. No es simplemente mala educación ese descuido que nos empuja a suprimir, sin necesidad, las formas sociales, las maneras correctas. No es que haya, como solemos decir, que *pasarse de fino*, como algunas personas que se exceden en cumplidos minuciosos y fastidiosos. Seamos sencillamente correctos, con afabilidad llena de consideración hacia los demás.

Continuando la contemplación del colegio apostólico, según nos lo presenta la Escritura, nos fijamos en un par de atolondrados que, con su atolondramiento, han estado a punto de causar el desorden y la discordia en el círculo de estos primeros seguidores de Cristo. Son Santiago y Juan, que han involucrado a su madre o, peor aún, se han servido de ella para conseguir su pretensión (33). Esta madre imprudente se atreve a pedir a Cristo, para sus hijos, los puestos más señalados en el Cielo; a Él, que indicaría: "elegid vosotros siempre los últimos sitios, no sea que venga el que os invitó y tengáis que pasar por la vergüenza de ser arrojados de los lugares preferentes que elegisteis" (34). Ante la proposición insensata de la madre, parece descubrirse el gesto de disgusto contenido del antiguo publicano Leví, ahora Mateo, que dejó sus riquezas por seguir al Maestro; o las protestas abiertas de Pedro, que era un hombre impulsivo. En fin, este atolondramiento de Santiago y Juan está a punto de provocar un barullo de consecuencias desagradables; ¡y cuántas veces descuidos semejantes alborotan un ambiente, rompen la armonía y la unión que deben reinar entre todos!

(33). Cfr. *Mt* 20, 20-24.

(34). Cfr. *Lc* 14, 8-9.

Junto a estas consecuencias, el atolondramiento conduce a Santiago y a Juan al egoísmo de pedir a Dios para ellos lo que sólo a Él pertenece conceder, según su juicio y voluntad; y a otro error no menos grande: el de hacer intervenir a su madre en lugar de acudir con sinceridad al Maestro. Mucho, es cierto, debemos querer a nuestras madres -no cumpliríamos, si no, el cuarto mandamiento-; mucho debemos pedir por ellas a Dios, para que les otorgue vida sobrenatural y gran visión sobrenatural, que les lleve a ser ayuda en nuestro camino de servicio a Dios; mucho debemos cuidar de ellas y de nuestra familia, y nadie entiende esto mejor que nosotros, que establecemos el principio de socorrerles en sus necesidades económicas, porque no separamos a nadie de su padre o de su madre. Pero, a la vez, debemos seguir con responsabilidad el camino emprendido.

3) Acabemos considerando -y éste será el tercer punto de nuestra meditación- aquel pasaje del Evangelio en el que se detalla la especie que un día corrió entre los primeros cristianos de que Juan, el discípulo amado, no moriría (35). ¿De qué había nacido esta falsa creencia? De atolondramiento. Cristo no había dicho que no moriría, sino: *si Yo quisiera dejarle así hasta mi venida...* (36).

(35). Cfr. *Jn* 21, 23.

(36). *Jn* 21, 22.

Bien lo hace notar Juan en su Evangelio; bien lo debería experimentar cuando ya viejo -casi no podía hablar- era mostrado a sus discípulos, a los que exhortaba siempre: *hijitos míos, amaos los unos a los otros* (37). Muy convencido estaba Juan de que había de morir, porque no hay milagros innecesarios, aunque la falsa interpretación de las palabras de Cristo, acrecentada por el prodigio de salir indemne del aceite hirviendo ante la puerta de la muralla romana, incitase a creer otra cosa (38).

En el origen de esta falsa noticia quizá estuviese también un poco de secreta envidia de los otros discípulos, que les impulsa al atolondramiento de pensar que Jesús hizo objeto a Juan de un trato de favor, si es que puede considerarse el no morir como un favor. Sabido es que Juan era el discípulo amado, el que gozaba especialmente del cariño de Jesús, el que reclinaba la cabeza sobre su pecho. Estas expansiones afectuosas, que el amor de Juan inspiraba y que Jesús admitía, habían engendrado quizá celos, que después tal vez ayudaron a crear el rumor de la inmortalidad del Apóstol, hablando inconsideradamente o imprudentemente: con atolondramiento.

(37). San Jerónimo, *Comentario a la epístola a los Gálatas* 3, 6.

(38). Alusión a la fiesta litúrgica, entonces vigente, de San Juan *ante portam latinam*, que se celebraba el 6 de mayo. Según una antigua y venerable tradición, el Apóstol Juan, arrojado en Roma a una caldera de aceite hirviendo, durante la persecución de Domiciano (finales del siglo I), salió indemne por intervención divina. Después de esto, el Apóstol se habría retirado a la isla de Patmos, donde compuso el Apocalipsis.

Jesús sufre con estas imperfecciones y faltas de los que le siguen; muchas veces debió de apenarse con estos atolondramientos, con estos egoísmos de sus discípulos. No debemos pensar necesariamente que su llanto se derramó sólo sobre Jerusalén, o ante la tumba de Lázaro, o en su oración durante la noche, sino posiblemente también ante la miseria de sus Apóstoles, puesta al desnudo en ocasiones semejantes a las que hemos considerado. Evitemos, pues, estos padecimientos de Jesús con nuestro cuidado; evitemos esos atolondramientos que tanto pueden comprometer una labor de apóstoles.

Terminemos encomendándonos a la Virgen Santísima, y muy especialmente a nuestro Ángel Custodio, para que nos libren de caer en estas faltas y para que nos alcancen la prudencia que todos necesitamos y la desconfianza en nosotros mismos.

LA SANTA INTRANSIGENCIA

(12-V-1937)

1) Buscando esta mañana un tema para la meditación, parecía como si el Señor me dijese: "¿No podrías encontrar en el Antiguo y en el Nuevo Testamento ejemplos para la práctica de la santa intransigencia?". E inmediatamente me representé aquella escena en el palacio de Salomón: dos mujeres disputándose la posesión de un niño (39). "Ésta -alegaba una de ellas- dio a luz al mismo tiempo que yo; pero acostada con su hijo, lo ahogó con su peso; entonces, mientras yo dormía, me arrebató mi niño y me dejó el suyo muerto". Para cortar la disputa, el Rey Sabio, con aquella sabiduría venida del Cielo que le distinguía, mandó partir el niño vivo por la mitad y entregar a cada una de las madres una porción del cuerpo. La madre falsa accede, transige, porque tiene la mentira en los labios y la envidia en el corazón. Pero la madre verdadera, segura de su verdad, con ansias de defenderla, ¡ésa sí que no transige! La justicia de Salomón adjudica el hijo a la que había sostenido la verdad con su intransigencia.

(39). Cfr. 1 *Reg* 3, 16-28.

Hijos míos: os encontraréis muchas veces en el mundo gentes que, con la boca llena de falsedad, transigen fácilmente. Para ser santamente intransigente hace falta una conducta muy limpia, un corazón puro y una seguridad plena de estar defendiendo una verdad indiscutible. Se me viene ahora a los labios, Señor, un ruego ferviente por todos los de nuestra familia sobrenatural -por los de ahora, por los de mañana-, para que les concedas la santa intransigencia: que sean intransigentes consigo mismos, con sus flaquezas; que sean intransigentes con el error, cuando estén en juego las verdades de la fe, con una intransigencia envuelta en caridad hacia las personas.

Suaviter et fortiter: el puño de hierro forrado con guante de seda (40). Que nada tuerza vuestro camino; que ninguna influencia, que ninguna persona ni situación doblegue vuestra voluntad, cuando se trate del servicio de Dios. Lo que hay que hacer, se hace, y sé que esto, a menudo, os costará. De las tres virtudes que determinan el plano de nuestra santidad, la santidad que Dios quiere de nosotros -la santa intransigencia, la santa desvergüenza, la santa coacción-, la intransigencia es la que más trabajo cuesta practicar, pues puede presentar como cerril a quien la ejerce.

(40). Cfr. *Camino*, n. 397.

2) Volvamos ahora la vista hacia el Nuevo Testamento. Conocemos que entre los pueblos de la antigüedad hubo uno predilecto de Dios; sus doce tribus se dedicaban, excepto una, a los negocios ordinarios del trabajo y de la guerra; esa otra tribu, especialmente privilegiada, estaba enteramente dedicada al servicio del Señor y, en lugar de participar en los trabajos de la comunidad, era sostenida por las otras: era la tribu de Leví, que proveía al cuidado del Arca Santa y a las ceremonias del culto.

Entre estas ceremonias tenían lugar preferente los sacrificios, figuras del Santo Sacrificio del Calvario, que se perpetúa en nuestra Santa Misa. En algunos de aquellos sacrificios, los sacerdotes despedazaban la víctima, buscando partes determinadas y quedándose con el resto; en otros, la ofrecían entera, quemándola en holocausto. Alrededor de estos sacrificios se irá tejiendo un comercio, una red de intereses entre los levitas, los sirvientes del templo y los que proporcionaban las víctimas. Los sacerdotes, unas veces por debilidad, otras por conveniencia, fueron introduciendo libertades hasta llegar a la miserable corrupción que registra el Evangelio en la época de Jesucristo. El Señor no transige con esta relajación, que ha convertido la casa de su Padre en lugar de tráfico, en cueva de ladrones. Arma su puño con una disciplina y arroja violentamente, con santa ira, a los traficantes del lugar sagrado (41).

Jesús no tolera a los que se apoyan en la fe para lograr un medro personal. Y nosotros, ¿no hemos de imitar su conducta en lo que atañe a nuestro camino, a nuestra vocación cristiana? Lo repetiremos: no se transige, no se ha

de transigir nunca con los que quieran utilizar la Obra como peldaño. En la Obra no se arreglan cuestiones familiares. La Obra no puede ser escalón para empujar a nadie hacia ventajas materiales. A la Obra no se viene a mandar, sino a obedecer, a servir; no se viene a ganar un privilegio, sino a darlo todo.

(41). Cfr. *Jn* 2, 14-21.

3) Me habéis oído decir -lo tengo escrito y lo habréis leído- que un caballero transigente volvería a condenar a Jesucristo⁽⁴²⁾. Examinemos, pues, la figura de aquel gobernante transigente que lo condenó realmente: Poncio Pilatos.

¿Conocería Pilatos la Escritura? ¿Sería un hombre docto? Las grandes transigencias, las grandes claudicaciones son llevadas a cabo no pocas veces por hombres doctos, inteligentes, que se forjan multitud de razones claras para justificar –para disculpar- su blandura. No es absurdo suponer que Poncio Pilatos -por suposición, por su trato con los judíos principales- conociera la Escritura y, por medio de este texto, las profecías relativas al Mesías. No faltaría, por otro lado, quien le advirtiese que en el reo que tenía ante la vista se cumplían los vaticinios de los profetas. ¿Por qué le condena? Él no quiere condenarle. Reconoce que el reo es un justo. Pero, ¿no llegan hasta él los testimonios de los sabios de Israel que claman contra Jesús? Era necesario que alguno muriese por el pueblo ⁽⁴³⁾. ¿No era Jesús la realización perfecta de las profecías? Los sabios de Israel exigían su sentencia condenatoria, aunque eso suponía una claudicación villana. ¿No conservaba por otra parte su cargo, accediendo al clamor de la multitud que grita: *Crucifícale* ⁽⁴⁴⁾? Pero el reo es un justo. Pilatos no halla culpa en Él. No sabe, sin embargo, enfrentarse a las razones sin razón que le aconsejan la injusticia. Pilatos se lava las manos.

(42), Lo había escrito ya en *Consideraciones espirituales*, p. 38; cfr. *Camino*, n. 393.

(43). Cfr. *Jn* 11, 49-50.

(44). *Jn* 19, 15.

¿Qué haría en su lugar un hombre intransigente, qué oído daría a las voces, a las razonadas sinrazones que mueven a la transigencia? Un hombre temeroso de Dios pensaría detenidamente el caso, dejaría hablar a su conciencia y seguiría su voz sin preocuparse de nada más. Si los sabios protestaban, si los testimonios se acumulaban en contra, ¿qué decidir? Examinar el caso con nuevo detenimiento y obedecer el dictado de la conciencia. ¿Con qué se puede justificar una iniquidad? ¿Puede ser la base de una obra santa?

Quizá no vosotros directamente, pero sí los que os sigan en la Obra habrán de intervenir, estoy seguro, en actividades públicas de importancia. Yo pido a Dios que entonces sepan desoír todas las falsas voces que les aconsejen una transigencia con el error, con la injusticia, con la impiedad. Que conozcan y practiquen esta virtud de la santa intransigencia, que una vez poseída, encierra dentro de sí otras muchas. En efecto, el hombre santamente intransigente es hombre que tiene las cuatro virtudes cardinales. Además, es hombre de fe firme, de esperanza segura; es hombre con caridad, porque ceder ante el mal, propio o de los demás, no es caridad.

Para terminar: ¿no nos llevará también la santa intransigencia a una práctica fiel de la obediencia? En ocasiones, será necesario dar una orden o transmitir algún encargo a una persona, sin comunicarle el plan completo: sucede en las familias y en todos los ambientes de la sociedad. La obediencia parecerá más difícil en este caso, porque la orden que se recibe, si se ignora el proyecto entero, puede carecer aparentemente de sentido. Pero el que haya de cumplirla, deseche todo escrúpulo, después de advertir con sencillez y claridad lo que él vea; no le corresponde en ese momento entender, sino obedecer. Su obediencia en ese detalle forma parte de la obediencia del conjunto, que es la que lleva a cabo el plan de Dios. Esa criatura es entonces parte integrante de un organismo, que colabora -en su pequeñez- a la normalidad de la vida. Es órgano modesto, pero necesario. Bástele eso para cerrar sus oídos, con firme intransigencia, a todo lo que quiera desviarle del camino seguro de obedecer.

El coloquio final con Nuestra Señora lo manifestamos en un *Acordaos*, pidiéndole la virtud de la intransigencia para mí y para todos vuestros hermanos.

EL VERDADERO AMOR

(13-V-1937)

En la meditación ocurre, a veces, que el entendimiento niega su concurso y el corazón -con su afectos, con sus expansiones- es el único que habla. Hoy, nuestra oración no tendrá puntos; dejaremos sencillamente que el corazón se abra y que, en una conversación afectuosa, sin preocuparse de la ilación y del orden, permita asomarse a algo de lo que guarda dentro de sí.

Nos vemos en un lugar grato para este corazón nuestro, porque lo era para el Señor: en Betania, morada de María, de Marta, de Lázaro. Yo me imagino su casa como una *villa* romana: tras el atrio, junto a la inscripción *cave canem*, saldría a recibirnos Marta, atraída por el ruido de nuestros pasos. María, no, que el Maestro está en casa. Ella tiene la santa desvergüenza y hace cosas que chocan al mundo; pero es porque, sencillamente, ha colocado todos los afectos, conveniencias, respetos humanos en el lugar donde deben colocarse.

Estamos ya en casa de los tres hermanos; de Marta, la generosa, la solícita; de Lázaro, que con tan graciosa simpatía practica la hospitalidad y cuya voz robusta y alegre suena ahora en nuestros oídos; de María, que contempla al Maestro, sentado junto a ella, delante de nosotros. Sí, ahí está Él: Jesús. Él, Dios, delante de mí, pobre criatura. Él, Santo de los Santos, ante mí, pecador. Él, compañero inseparable del dolor y de la mortificación, ante mí, amante del goce de los sentidos.

Dejaré, Dios mío, que mi corazón se abra ante Ti, plenamente, descorriendo los cerrojos, mohosos ya, que lo cierran. Dejaré que hable, junto a estos otros corazones, mi corazón agusanado. Aunque ya no tiene gusanos;

más bien muestra las cicatrices de las heridas que Tú, cirujano divino, sanaste. Yo no entiendo de esas cosas; pero me parece que, si un médico necesita una intervención quirúrgica, no será él mismo quien la realice en sí mismo, sino que se pondrá en manos de otro cirujano. Si yo examino mi corazón, y advierto que hay desorden, ¿a quien encomendaré su remedio?

Pero lo primero es examinarse, conocerse. A veces, no es fácil penetrar en los sentimientos que bullen en nosotros mismos, y advertir su nacimiento y su desarrollo, para mantenerlos siempre sumisos a la voluntad. Recurramos entonces a nuestro Ángel Custodio y a ese arcaduz que nos trae del Cielo el agua de la gracia: a Santa María, nuestra Madre. Que ellos nos ayuden y sigamos el examen.

¿No hay nada realmente que enturbie mi corazón, que entibie el ardor de mi celo? Mi corazón es de carne y, en las personas que me rodean, puede haber algo imponderable, que subyugue mi ser, sin darme cuenta yo mismo...: un afecto indiscreto, una simpatía particular, una inclinación inmoderada. Soy de carne y se me pegan todas estas afecciones. ¿Y no veo nada? Entonces es que estoy ciego; debo insistir, hasta que distinga esa sutil atracción, esa imperceptible –ahora– desviación de mi camino, a la que me lleva ese también imperceptible afecto que se cuela insidiosamente en mi corazón.

Luego, a ponerse en las manos del cirujano: esas manos piadosas y duras que, a fuerza de mortificación, den a mi corazón un brillo que agrade a mi Dios, limpieza y hermosura que lo hagan como un pasmoso rubí, alegría y gloria tuyas. ¿Quién puede ser ese cirujano? ¿Quién ha de ser, para vosotros, sino el que en nuestras casas o Centros esté como cabeza? Id a él con absoluta sencillez; en el director hallaréis siempre un remedio, porque tiene gracia especial que ha de iluminarle para ayudaros. Acudid a él apenas notéis, en el desarreglo que se inicia en vuestra vida, en lo rutinario de vuestros exámenes de conciencia, o quizá -Dios no lo quiera- en su descuido, los síntomas de vuestro mal. Abridle vuestro interior y mostrádselo claramente. El remedio es seguro si el que sienta en sí la turbación, el desorden, se confía al médico para que le cure.

Hay que ser sincero. "Tengo que hablarte -habrá de decirle a solas- acerca de un asunto que me preocupa. Desde hace varios días me encuentro inquieto, desasosegado. Toda mi vida interior está alterada, oscurecida. Ni siento paz en el trabajo, ni encuentro en mis ejercicios, en mi oración, la calma de otras veces. La causa es aquella compañera, aquella muchacha... No lo puedo remediar; vivo con el pensamiento lleno de ella, y todo lo suyo, su imagen, hasta su voz, me persiguen continuamente. Todo el día me insidia la presencia de ella. No sé cómo recobrarme, ni cómo debo luchar, ni me hallo ya con luz ni con fuerzas para buscar un camino".

Aquí entra ya a desempeñar su función el cirujano; el bisturí que abre la carne, y las pinzas que entran en la herida y arrojan lejos el gusano, raíz del mal. "Hijo mío, no te inquietes ya por eso. Ha terminado. Humíllate delante de Jesús, llama a tu Madre Santísima y confía en Dios, que ha de iluminarte nuevamente. La semana próxima saldrás para nuestro Centro de París" (45).

(45). En 1936, el Beato Josemaría abrigaba el proyecto de abrir un Centro de la Obra en París, pero no pudo llevarse a cabo entonces a causa de la guerra civil española.

¿Y si el mal estuviera más avanzado? El remedio sería el mismo: confiarse, confiarse siempre; abrir el corazón, que es remedio seguro. "Padre -la confesión cuanto más dura, más necesaria- he caído". Y el Padre que le levanta del suelo y le abraza y le da un beso en la frente. Y después: "Hijo mío, paz. No te preocupes ya por lo que no vale la pena. Saldrás mañana para Bonn. Dentro de un mes iré allí, no ex-profeso, sino por otros asuntos; allí te veré y hablaremos" (46).

(46). Desde los primeros momentos, el Fundador del Opus Dei no quiso escuchar habitualmente las confesiones de los que pedían la admisión en la Obra: prefería que fuesen a otros sacerdotes, para así poder ocuparse personalmente de la dirección espiritual de cada uno, fuera del sacramento de la Penitencia. Se trata, pues, de un ejemplo hipotético, pero altamente significativo de hasta qué extremos han de llegar los cuidados del Buen Pastor por el bien espiritual de las almas, cuando está en juego la fidelidad a la llamada divina.

Oración sin ilación, oración del corazón que habla, sin razonamientos ni puntos, sin sujetarse a procedimientos, ahora solo ya, dejada la mansión de

Lázaro. Oración del corazón que dialoga con su Dios; ¡y no es posible, Señor, prescindir de él! No, corazón, tú me eres necesario; el fuego de tu afectividad da nuevo brillo al amor; tu ardor anima y enciende más mi caridad. Pero todos tus enemigos, alma mía, están alrededor de ti como leones, en frase de San Pedro, para devorarte (47). Están en acecho siempre, para adueñarse de nuestro interior y hacernos esclavos suyos. Corazón, tú has de ser siempre libre, esclavo sólo de tu Dios. Apégate firmemente a la obediencia, con voluntariedad, y ciérrate para siempre con cerrojos muy firmes contra las sugerencias venenosas, contra los afectos, las influencias, las seducciones mentirosas de las cosas mundanas. Guárdate todo para tu Dios y enciende para Él, ¡sólo para Él!, bien reunidas, todas tus llamas, que ahora están dispersas y solicitadas por bienes engañosos y pasajeros.

(47).Cfr. 1 Pet 5,8.

Madre mía Inmaculada, Ángel Custodio, suplicad a mi Dios que me dé el Amor, el verdadero Amor, que ya no quiero amar nunca sino con este Amor grande, y olvidar y despreciar por completo todo falso amor.

CONFUSIONISMO

(15-V-1937)

1) Confusionismo vale tanto como enturbiamiento, como roce con la mentira; a veces, es la identificación con la mentira misma. El confusionismo en las ideas es la mezcla, más o menos patente, del error con la verdad; y la verdad no puede sino salir perdiendo en su contacto con el error. La mentira y la verdad mezcladas traen como consecuencia que la primera, aureolada con el prestigio de la segunda, se propague en el ánimo más fácilmente y se adueñe de él sin resistencia, mientras la verdad aparece desprestigiada, manchada por su contagio con el error. En un círculo de personas enfermas y

sanas, nada podrán salir ganando estas últimas; si acaso, aumentarán la virulencia y el peligro de la enfermedad. Se impone, pues, depurar y aclarar las ideas en todos los órdenes en que haya entrado la desorientación.

El mundo está ahora, como nunca, atacado de este mal. Confusionismo de ideas tiene aquel que hace vida de burdel y vida de iglesia; confusionismo de ideas es el del estudiante que frecuenta la Comunión y vive olvidado del estudio y del trabajo; confusionismo el de aquéllos que se llaman caballeros cristianos y que, en el cumplimiento de sus deberes profesionales, prescinden de Jesucristo.

No en lo esencial, no en lo fundamental, pero sí en pequeños detalles, en ocasiones de poca monta, en apariencia, ¿no padeceremos nosotros también este confusionismo de ideas? Es difícil puntualizar, pero cada uno puede aplicar su inteligencia -como se aplica al estudio de otro negocio cualquiera-, para ver si descubre algo en su vida. Que cada uno indague y, si nada encuentra en un primer examen, insista con más detenimiento; si aun así no halla nada, busque en su pasado esas tinieblas; si ha salido de esa oscuridad, dé gracias a Dios de corazón y pídale su luz y su ayuda para siempre.

2) Confusionismo en el corazón. Hay personas que parecen llevar su corazón en la mano y ofrecerlo a todo el que pasa, como diciendo: ¿Quién lo quiere? (48). Al hablar así, pienso en tantos jóvenes que se figuran estar sirviendo a Jesucristo, porque pertenecen a esta y a la otra entidad, todas muy buenas, pero, en realidad, nada hacen ellos de provecho. Llevan su corazón al descubierto, como en un escaparate, para que todos lo vean y lo posean. Cabría decirles: ¡no puedes comportarte así! ¿Adónde irás a parar con esa sensiblería loca, con esa poesía necia y ñoña que mueve a risa? ¿No es tu corazón de Jesucristo? Pues ciérralo bien, consérvalo sólo para Él, firmemente guardado con siete cerrojos (49). ¿O acaso piensas darle a Dios el corazón sólo cuando los otros lo hayan gastado y pisoteado y despreciado? No, pon una guardia firme en tu corazón. ¡Es tan pegadizo! Aun teniéndolo sojuzgado, ¡cuántas veces trata de librarse del yugo impuesto, para asirse a todo lo que encuentra! Vigilemos sus movimientos y comprobemos si van o no de acuerdo con el querer del Corazón de Cristo.

(48). Cfr. *Camino*, n. 146.

(49). Cfr. *Camino*, n. 188.

¡Cuánto hay que rectificar en la conducta diaria! Esos atolondramientos; esos chistes, más o menos graciosos, con puntos y ribetes de bellaquería; ese hablar con exceso; esas comidas destempladas, esas ocupaciones a las que se va para satisfacer la sensualidad...

¿Qué hacer para mantener sumiso al enemigo, para estar seguros frente a los ataques de las tres concupiscencias: la soberbia, la avaricia y la carne (50)? Pues entretengámosle con pequeños combates lejos de los muros capitales de la fortaleza. Presentémosle escaramuzas en pequeños detalles: en la lengua, en la vista, en el trabajo, en el trato con los demás; descendamos al pormenor y cuidemos así de aplastar al enemigo. Seremos cien veces derrotados, pero ¿qué importa? Cada derrota nos enardecerá para la pelea siguiente. Además, ninguna de estas batallas, si planteamos la lucha en terreno tan distante de la fortaleza central que defiende nuestro corazón, permitirá al adversario atacar sus muros. Y si, por permisión de Dios, en algún momento llegase hasta ahí su embestida, agotado por las continuas y anteriores peleas, sería tan débil que, a pesar de nuestra flaqueza, sería vencido fácilmente (51).

(50). Cfr. 1 *Jn* 2, 16.

(51). Cfr. *Camino*, n. 307.

Desorientación en el corazón y en la conducta; por no evitarla, se explica la inconstancia de tantas personas. Cavan y arrojan la tierra, empiezan su camino y, cuando se habían ya encaramado en alguna cordillera, fatigados, lo dejan de repente y se lanzan al abismo. Los meses, quizá los años, de trabajo han sido estériles; no se rectificó la intención, no se colocó bajo la ayuda luminosa de Dios el esfuerzo personal: era un camino que no conducía a ninguna parte. El remedio hubiera sido seguro, la vuelta atrás posible, si -reconociendo nuestra miseria personal y nuestra absoluta incapacidad- nos hubiésemos echado en

brazos de Dios, para ser amparados en nuestras firmes decisiones por su piedad y su poder.

3) ¿Remedio para todo esto? No puede haber otro que el examen diario de nuestros pensamientos, de nuestras intenciones, de nuestro comportamiento, de las causas y efectos de nuestros actos; el examen concienzudo de nuestra vida exterior e interior, analizando, doliéndose, rectificando. Supliquemos a Dios que nos otorgue el don de vernos tal cual somos, y procuremos la intercesión de Nuestra Señora y del Ángel Custodio.

Yo pido desde aquí al Señor para nosotros, para todos los que más tarde estén a nuestro lado, que nos muestre el camino rectilíneo, la senda clara sin desviación posible, la verdad escueta y pura, desnuda de todo error y de toda oscuridad. ¡Qué difícil es no extraviarse, qué costoso resulta afanarse siempre en el camino recto! El error se rechaza enseguida cuando se nos presenta descaradamente, y al mal se le vence con facilidad cuando nos presenta sin velos su rostro repugnante; pero cuando el error viste ropajes de verdad, y el mal se disfraza con apariencias de bien, ¡con qué facilidad se insinúan en nosotros hasta arrastrarnos fuera de nuestro camino! ¡Cuántos descaminos por haber seguido el impulso del corazón, la indicación de la inteligencia, seducidos y engañados por el enemigo que adoptaba actitudes y proponía planes a primera vista inmejorables! Por eso resulta necesario el examen de conciencia detenido, con la razón que se aplica intensamente a la busca y al análisis, ayudada sobrenaturalmente por Dios. Exámenes, si hace falta, acompañados de una consulta a quien pueda guiarnos, enseñarnos y mostraros lo que vosotros solos no podréis percibir.

Una vez descubierto el mal, hay que ponerse en manos del médico para curarse. Con la misma sencillez, desprovista de toda falsa vergüenza, con que el que se reconoce presa de una enfermedad -por delicada e íntima que parezca- se entrega en manos del médico para su curación; así debéis vosotros acudir a quien tenga misión de remediaros: a mí, mientras no os falte. El médico os dirá o no el diagnóstico, según convenga; os pondrá un tratamiento, y vosotros deberéis seguirlo escrupulosamente. De seguro que antes, con unas preguntas que su experiencia le dictará, conocerá la raíz y la

extensión de vuestro mal. Abandonaos, pues, a su dirección con confianza y humildad.

En cuanto se ha aplicado el remedio y enderezado el camino, ¡qué satisfacción, qué plenitud de recobramiento en Dios! ¡Qué seguridad, acompañada de conocimiento de la propia miseria, para no desviarse de la senda cristiana que Él nos ha trazado! Y tras el propósito de eliminar tanta actuación vana, tanto pensamiento inútil, tanta intención dudosa, ¡qué paz y qué confianza!, ¡qué agradecimiento a Dios que nos ha librado, luego de comprobar -tras del examen sincero y a fondo- que estábamos al borde del abismo y que sólo su misericordia nos ha salvado de caer, y nos ha dado la luz cuando más la necesitábamos! El alma se vuelca afectivamente en Dios, llena de reconocimiento y de seguridad de no volver atrás; no se verá fallida, si va acompañada por el convencimiento de la propia flaqueza y el aliento firme de la ayuda de Dios.

Y ahora un coloquio con Nuestra Señora y con el Ángel Custodio, para terminar con la acción de gracias.

LA OBEDIENCIA EN LA OBRA

(16-V-1937)

1) Hay un Hombre que nos enseña el camino del más bello ideal; un Hombre que nos muestra, con su ejemplo, el modelo más puro y elevado de perfección, y nos invita con amor maravilloso a una gloria y a una felicidad eternas. Si los hombres oyeran su voz y le conocieran, recobraría el mundo su perdido equilibrio y volverían a su antiguo orden los que hoy son elementos de perturbación. Éste es nuestro trabajo: renovar en Cristo todas las cosas, llevar a la realidad aquel lema santo de un Pontífice santo: *Instaurare omnia in Christo* (52). Éste es el objetivo de la Obra. Contemplándonos hoy en el espejo que es Jesucristo, el Hombre-Dios, consideremos una virtud que en Él -como todas las virtudes- llegó al extremo más admirable: la virtud de la obediencia.

Cristo pasó treinta años de vida oculta. Todo lo que de esos años se cuenta en el Evangelio se resume en una frase: *erat subditus illis* (53). Les estaba sujeto: a nuestra Madre bendita que, aunque llena de cualidades y gracias excepcionales, era una criatura, y a San José, que -aunque adornado de las virtudes más excelentes- era en fin de cuentas un hombre. Les servía y les obedecía. Él, Dios encarnado, para ejemplo nuestro. Sí, lección para nuestra impaciencia y para nuestra rebeldía: treinta años de vida oculta y humilde. *Erat subditus illis*.

(52). Fue el lema de San Pío X desde el comienzo de su pontificado.

(53). *Lc 2, 51*.

¿Qué hizo Cristo en su vida pública, en aquellos tres años de continuo padecer por nosotros, terminados en la tragedia de la Pasión? Él mismo nos lo dirá: *Meus cibus est ut faciam voluntatem eius* (54); mi alimento es hacer la voluntad de mi Padre. y poco antes de consumarse la Pasión, comentaba: *Doctrina mea non est mea, sed eius qui misit me* (55); mi doctrina no es mía, sino de Aquél que me envió. La doctrina de Cristo, maravillosa de alteza moral, ha salido del Padre; y es Cristo, obediente a su Voluntad, quien nos la transmite.

No hay excusa posible. Cristo obedece. El ejemplo es insuperablemente claro. Toda la lección de su vida y de su muerte, nos la dará resumida San Pablo en una frase: *Obcediens usque ad mortem, mortem autem crucis* (56). Fue obediente hasta la muerte y muerte de cruz. ¡Señor! Que te imitemos en tu Amor, que te imitemos en tu mortificación, para gozar contigo de tu gloria. Pero que te imitemos en tu obediencia. Tú viniste, Señor, al mundo, "con ansias en amores inflamado" (57).

Naciste de nuestra Madre y eres nuestro Hermano; pensaste en nosotros y nos amaste, desde siempre. ¡Dios mío! Por ese amor que nos tienes desde la eternidad, haz que seamos fieles, haz que seamos obedientes hasta la muerte.

(54). *Jn 4, 34*.

(55). *Jn 7, 16*.

(56). *Fil 2, 8*.

(57). Cfr. San Juan de la Cruz, *Subida al Monte Carmelo*.

2) Éste será nuestro segundo punto: la obediencia en la Obra, en esta Obra que es nuestra porque la amamos, nos santificamos y servimos a Dios, para gloria de Jesucristo; pero que es de Él y que Él habrá de realizarla, aunque vosotros y yo faltáramos de este mundo. ¡Cómo se ha extremado en la Obra el Amor del Señor hacia nosotros, y qué delicadezas de caridad ha querido poner en su vida!

Ya sabéis que en los Institutos religiosos la obediencia se considera virtud fundamental, que se practica por la sumisión a órdenes precisas. "Cumplirá usted esto o lo otro, que le mando, por la santa obediencia", es poco más o menos la fórmula que usa el superior. En la Obra, no. No es así nuestra obediencia, porque nosotros no somos religiosos. Hasta el punto de que alguien que nos conociera superficialmente podría decir: en la Obra no se manda.

Es cierto que, en la Obra, no se dice: yo ordeno, sino que se indica: por favor...; o ¿te vendría bien...? Pero se manda y se obedece, porque mandato es lo que hay detrás de esa forma cortés, detrás de esa urbana y caritativa envoltura. En la Obra se manda, no con consignas tajantes, sino con insinuaciones que han de comprender personas bien dotadas como vosotros; gracias a Dios, lo sois. En la Obra se manda, con caridad, con esa inefable caridad que Dios ha querido poner en su Opus Dei, como un eco de aquella que reinó entre los primeros fieles.

Amando y venerando a todos los religiosos, sin excepción, el espíritu que el Señor ha querido para su Obra es muy distinto, y esto se manifiesta también en el modo de practicar las virtudes cristianas. Las almas que se consagran a Dios -y es muy bueno para ellas, pues ésta es su vocación- viven en conventos, se apartan del mundo, llevan hábito y se sujetan a unas ataduras -también exteriores- propias de su camino. Nada de eso hay entre nosotros, pues somos cristianos corrientes que aspiran a vivir totalmente para Dios en medio del mundo. Por eso, en la Obra se permanece con libérrima voluntad, por un continuo querer, por una constante aspiración de dar gloria a Dios. A nadie se le saca de su ambiente, para que no se sienta coaccionado por el temor de encontrarse extraño si volviera a sus anteriores circunstancias.

Ni siquiera las ligaduras sobrenaturales pueden ser obstáculo para una decisión de esta índole, y no importa que no entendáis ahora esto. No, no

somos religiosos; cuando salen de su convento y cesan en la práctica de sus reglas, ¡por qué descaminos se van algunos -ahora mismo se ve-, pobrecitos de mi alma! (58). Nosotros nos movemos en el mundo como en nuestro propio ambiente: ahí vivimos y ahí nos santificamos.

Obedecer. ¿Y cómo? Citemos unos casos concretos. Cuando a alguno se le manda una cosa y se le indica el modo de llevarla a cabo, no tiene que pensar ni discurrir en cómo hacerla, sino cumplir punto por punto lo que se le ha ordenado. Cuando a alguno se le manda algo, pero dejándole libertad de obrar, habrá de pensar el medio más adecuado para realizar ese encargo; y enseguida se pondrá a ejecutarlo con toda prontitud.

¿Y si se le manda un despropósito? No hay que turbarse.

(58). En aquellas circunstancias de grave persecución religiosa, junto a los muchísimos mártires por la fe que hubo entre los religiosos, no faltaban casos de personas que -obligadas a despojarse del hábito y de la vida común, para salvar la vida- se fueron despojando también de las virtudes cristianas, que no estaban acostumbrados a vivir en un ambiente hostil, fuera de los muros de sus conventos.

Se lleva el tema a la oración -diez minutos, un cuarto de hora-, para pensar en la presencia de Dios la solución justa. Al día siguiente, dirá al que le dio el encargo, con todo respeto: con tu permiso, te voy a comunicar algo. Si quieres, cumpliré tal indicación como me has dicho; pero me parece que quizá fuera mejor este otro camino. Y el director, o aceptará su sugerencia, o insistirá en lo que había comunicado, y entonces ya no habrá duda posible. Pero esta materia del modo de obedecer es demasiado amplia para que queramos ahora, en unos instantes, analizarla con más detalle.

3) El examen sobre la obediencia es quizá uno de los campos en los que más se manifiesta nuestra miseria. Yo, en punto a obedecer, ¿cómo me he comportado hasta ahora? ¿No es verdad que muchas veces he hecho lo que me ha dado la gana? ¿No es cierto que he tenido la epidermis durísima, ante esas insinuaciones que expresaban la exigencia del mandato para hacerme santo?

No, yo no dudo de que seamos capaces de obedecer hasta la muerte, heroicamente; pero en ocasiones no somos capaces de obedecer hasta la

muerte de cada día, de cada instante, en los pequeños detalles que se nos presentan en cada momento.

Esta mañana, cuando tenga en mis manos a Jesús Sacramentado, depositaré -iba a decir sobre el ara, pero no la tenemos- vuestras voluntades, para que Dios las haga obedientes y sumisas. Para que Él dé a estos hijos de mi alma la paz en la perfecta docilidad. Porque ninguno debe ser de los que necesitan el mandato expreso y terminante de Dios, transmitido de modo solemne, para acallar la inquietud que le domina. Ya sé que no serán inquietudes personales; yo tampoco las tengo, que sólo pienso en la gloria de Jesucristo y en la salvación de las almas. Pero esa inquietud es, de todas maneras, soberbia, es rebeldía. No actuaba así Jesucristo. *Meus cibus est ut faciam voluntatem eius* (59).

Madre, *ancilla*; Tú te llamaste así, *ancilla*, esclava; ya no cabe más voluntad que obedecer. *Ecce ancilla Domini, fiat mihi secundum verbum tuum* (60), que se haga en mí según la palabra del Señor.

(59). *Jn* 4, 34.

(60). *Lc* 1, 38.

REZAR TODOS UNIDOS

(19-V-1937, Miércoles de las Témporas de Pentecostés)

1) Los Apóstoles, hombres al fin, aun en el momento de la Ascensión tienen que ser reprendidos por Cristo por su falta de fe, por su dureza de corazón, Pero son hombres que cuentan con la promesa de Cristo: *He aquí que permaneceré con vosotros hasta el fin de los siglos* (61), *Rogaré al Padre y os dará otro Paráclito, para que esté con vosotros eternamente: el Espíritu de verdad, que os enseñará todas las cosas* (62), Sí, a la obra de Redención realizada por Cristo ha de juntarse, completando el plan de Dios, la obra de Santificación del Espíritu Santo.

Y he aquí que, días después, nos encontramos a estos hombres que forman el colegio apostólico reunidos, *pariter in eodem loco* (63). ¿Qué hacían? Esperar. Pero esperaban juntos, en un mismo lugar; esperaban orando. Aún resonaba en sus oídos el eco de las palabras de Cristo: "Cuando dos se juntaren en mi nombre, allí estaré Yo, en medio de ellos" (64),

(61). *Mt* 28, 20.

(62). *Jn* 14, 16 Y 26.

(63). *Hech* 2, 1.

(64). Cfr. *Mt* 18, 19

Cuanto pidiereis al Padre en mi nombre, os será concedido (65). Su oración tiene las condiciones requeridas para ser eficaz: piden en nombre de Jesús; perseveran, unidos; y Dios mora, efectivamente, entre ellos.

(65). *Jn* 16, 23.

Pariter in eodem loco. Juntos en un mismo lugar. Para que nuestra oración sea verdaderamente fecunda, ¿no deberá existir entre nosotros aquel contacto, aquella unión que había entre los Apóstoles, no por la permanencia física en un mismo lugar sino por la identidad de pensamiento, de sentimiento, de voluntad? Sí, hemos de querer con la Obra, sentir con el Corazón de Cristo, pensar con aquél que es cabeza entre nosotros, que no interfiere con la entera libertad en todo lo relativo a los asuntos temporales. Ésta es la unidad verdadera, propia del cuerpo sano, en plenitud de vida. ¿Qué sería de nuestro organismo, si el pie renunciara a su misión de andar y quisiera ocupar el lugar de la cabeza, y si el estómago rehusara digerir y se empeñara en ver? Sería el desorden y, con esto, la descomposición del cuerpo.

Cada miembro ha de permanecer en su sitio, realizando su función peculiar, y todos subordinados en lo espiritual y apostólico a un pensamiento director, todos unidos colaborando -con la perfecta ejecución del propio trabajo- a la perfecta ejecución de los designios de Dios. ¡Unidos, unidos siempre, en un mismo querer apostólico, en un mismo sentir, en un mismo pensar! ¡Jesús, que este cuerpo de la Obra tenga unidad, que sean *uno* -como Tú has indicado- estos primeros que lo constituyen, y que sean asimismo una sola cosa todos los que vendrán después a continuar su vida, hasta que vuelvas a la tierra el día del Juicio final! Jesús mío, que nos ves, que nos oyes -nuestra Madre también nos escucha atenta desde el Cielo-, ¡haz que seamos uno! Hijos míos, pasad siempre por alto cualquier diferencia entre vosotros; sobrellevad con paciencia toda humillación que se os pueda infligir, que ordinariamente será efecto no querido de nuestra flaqueza, y que os servirá para acrisolaros y mejoraros; extremad entre vosotros la caridad fraterna. Y Tú, Señor, empújales a que cada día sientan todos con más delicadeza las insinuaciones, que nunca serán mandatos tajantes, con las que se les marque el camino.

Sí, hijos, todos unidos siempre, en verdadera unión de caridad. Yo no soy un eslabón desprendido, un verso suelto. Por la misericordia de Dios, soy el primer eslabón, y vosotros sois también primeros eslabones de una cadena que se continuará por los siglos sin fin. Yo no estoy solo; hay ahora almas -y llegarán muchas más en el futuro- dispuestas a sufrir conmigo, a pensar conmigo, a participar conmigo de la vida que Dios ha depositado en este cuerpo de la Obra, que está apenas nacido. Yo tengo el deber de pedir por ellos, pensando en vosotros y en todos los que os seguirán; tengo que pedir perseverancia firme, y fe, y reciedumbre de alma, y entendimiento del espíritu de la Obra. Hoy, concretamente, ruego con todos vosotros al Señor que -si es su Voluntad- nos facilite una solución pronta y eficaz al problema de nuestra evacuación de este sitio (66).

(66). El Beato Josemaría llevaba más de dos meses refugiado en el Consulado de Honduras, y ansiaba salir de allí cuanto antes para poder extender la labor apostólica de la Obra.

2) *Esperaban orando*. ¿No os he dicho muchas veces que la oración es omnipotente? ¿No nos ha enseñado Cristo, con sus palabras y con su ejemplo, que la oración es necesaria? Él oraba noche y día, en medio de las turbas y en la soledad a la que se retiraba durante las horas del sueño. Los Apóstoles perseveraban en la oración, mientras aguardaban la llegada del Paráclito.

También nosotros hemos de pedir, pedir siempre, ahora especialmente, en este trance que atravesamos. Pedir, llenando de oración el trabajo y el descanso y la comida y la conversación.

Yo recuerdo -y ésta ha sido una de las grandes satisfacciones de mi alma de sacerdote- el trato con un alma que me decía: estoy tan poseída del Espíritu, que hago oración hasta mientras duermo (67). ¡Oración del alma entregada a Dios, del alma que vive en la intimidad de Cristo! Oración que continúa brotando en todas las ocupaciones ordinarias, que sigue en la calle, en el "Metro", entre el ajetreo de la multitud.

Una condición esencial de la oración, para que sea eficaz, es la perseverancia. Hablaba ayer, con uno de vosotros, de comenzar a rezar para conseguir una salida rápida de este lugar: rezar con el mismo ímpetu, con la misma fe, con la misma constancia con que otras veces nos lo hemos propuesto para salvar situaciones difíciles. Roguemos, pues, todos unidos, y tengamos confianza en que nuestra oración perseverante y llena de fe será escuchada.

(67). Muy posiblemente se trata de un rasgo autobiográfico. El Beato Josemaría transmite su experiencia personal, pero su humildad le lleva a referirlo a una tercera persona.

3) Oraban los Apóstoles, esperando el cumplimiento de la Voluntad de Dios. Estaban, señala el texto sagrado, *perseverantes unanimiter in oratione* (68). *Perseverantes*: continuaban, llenos de confianza, su oración. *Unanimiter*: unánimemente, todos unidos en un solo corazón, que ansiaba la prometida efusión del Espíritu Santo, para el cumplimiento de su misión.

Así hemos de pedir también nosotros la gracia que nos convierta en perfectos instrumentos de Cristo para cristianizar al mundo, y especialmente a los intelectuales, que han de constituir particularmente nuestro campo de acción (69). *In oratione*: en oración. Yo los veo a todos en el Cenáculo; y entre ellos, indignos compañeros tuyos, a ti, Madre, *Regina Apostolorum*. Veo el rostro de Pedro, surcado por la huella de tanto llanto vertido después de la

muerte de Cristo; veo el fulgor de los ojos de Leví, y el rostro de Tomás, el que puso sus manos incrédulas en el esplendor de las llagas del Redentor; y a Andrés, el que se había de abrazar a la cruz en que murió, puente entre este mundo y el Cielo, con los requiebros más ardientes y tiernos. Todos oran. Pasan los días, uno tras otro. ¿Qué importa? Ellos saldrán de allí transformados, hechos otros hombres, para desparramarse por el mundo en busca de almas.

(68). *Hech 1, 14.*

(69). Como el Beato Josemaría explicó muchas veces, la Obra es para todos, y "de cien almas nos interesan las cien". Precisamente por eso, desde el principio dedicó una particular atención -nunca exclusiva- a los intelectuales, por el influjo que tienen, para el bien o para el mal, en toda la sociedad humana.

Jesús mío -y éste será nuestro coloquio final-, no quiero dejar mi oración sin formular un propósito. ¡Cuánto me ha costado! La oración se avalorará así, con el sacrificio. Busquemos el detalle, la ocasión justa; pero que no nos quedemos sin ofrecer hoy por esta intención que tanto nos interesa -la de nuestra evacuación- una pequeña mortificación. Madre mía Inmaculada, San José, mi Padre y Señor, Ángel de mi guarda, yo sé que intercedéis por mí; unios a mi oración para rogar que se cumpla en nosotros la santa Voluntad de Dios. Y adelante, *pariter in eodem loco, unanimiter*, durante estos tres días, pidiendo, pidiendo incesantemente.

SURGE ET AMBULA!

(21-V-1937, Viernes de las Témporas de Pentecostés)

Unas palabras, antes de daros a Cristo en la Comunión. Ahora, al ir a recibirlo, se va nuestra tristeza de hoy y recobramos nuestra verdadera alegría. Aquí está Él y todo es indigno de su presencia: un cajón, unas maletas...; sin cáliz, sin patena (70). Pero yo lo voy a dejar en vuestros pechos, para que allí

encuentre el calor de amor que busca, el único homenaje que ahora pide de nosotros. Le repetiremos con el Introito de la Misa: *llénese mi boca de tus alabanzas, para que pueda cantar: Aleluya* (71). ¡Y con qué firme esperanza, llena de alegría, añadimos: *en Ti, Señor, espero, no sea yo confundido para siempre* (72)! ¿Cómo puede caber en nosotros la preocupación, la tristeza? Yo tengo en Él la esperanza segura de que pronto estaremos sueltos, para trabajar por su gloria (73).

(70). Al ocupar, con sus acompañantes, una pequeña habitación en el Consulado, el Beato Josemaría debía celebrar la Santa Misa valiéndose de un cajón de botellas, sobre el que colocaban unas maletas, que servía de altar; con un vaso de cristal por cáliz y un pequeño plato que hacía de patena, sin ornamentos sagrados... No había otra posibilidad de renovar el Santo Sacrificio, en esos meses de persecución religiosa.

(71). Misal Romano de San Pío V, Viernes de las Témperas de Pentecostés, *Intr.*(Sal 70, 8).

(72). *Ibid., Ant. ad Intr.* (Sal 70, 1).

(73). Por aquellas fechas, parecía próximo el momento en que podrían salir del Consulado de Honduras y ser evacuados de Madrid. Pero, una vez más, las gestiones en curso fracasaron.

Dice la Epístola, con palabras que se acomodan a nosotros, como anillo al dedo: *vosotros, hijos de Sión, alegraos y gozaos en el Señor vuestro Dios, que os ha dado un doctor de santidad y hará descender sobre vosotros lluvias de otoño y de primavera como antiguamente. Y las eras se henchirán de trigo y los lagares rebosarán de vino y aceite* (74). Sí, sin ningún género de duda, la Obra va a salir de estos trances robustecida; va a conocer, si somos fieles, una plenitud, un despertar, un rebosamiento de fuerza y de vida, que a nosotros mismos nos asombrará. El campo se ha abonado y nos espera una cosecha segura.

(74). *Ibid., Ep.* (Jl 2, 23-24).

Continúo leyendo la profecía de Joel, de quien son estas palabras: *y conoceréis que en medio de Israel estoy Yo, y que Yo soy el Señor vuestro Dios, y no hay otro; y mi pueblo jamás será avergonzado* (75). ¿A qué preocuparse, para qué prisas, para qué desazones? Dios está en medio de nosotros, Dios está con nosotros. No estamos solos, hay que repetirlo. Él nos acompaña y ahora nos asegura: "Si Yo estoy contigo, ¿qué temes? ¿Por qué ha de estar revuelto todo lo tuyo? ¿Porqué no has de esperar y confiar en Mí?".

¡Dios está con nosotros! No, Dios mío, no serán avergonzados los fieles que en Ti esperan, *lo dice esto el Señor Todopoderoso* (76).

(75). *Ibid.* (Jl 2, 27).

(76). *Ibid.*

El Evangelio nos habla de aquel paralítico a quien, con atrevimiento, hijo de la santa desvergüenza, colocaron para su curación delante de Cristo. Las palabras de Jesús suenan dentro de nuestro corazón y lo llenan de aliento: *tibi dico, surge* (77), a ti te digo, levántate. Después de la prueba, después de haber puesto los medios para salir de esa situación, *surge et ambula!* (78), ¡levántate y anda! Y los caminos se abren, cuando el horizonte parecía más cerrado. *Tibi dico, surge!* Nos lo dice ya a nosotros; ¿no te vamos a creer? Sí, Dios nuestro, creemos y esperamos en Ti, queremos poner los medios para obtener de tu mano la curación. Sabemos que la recompensa de nuestra fe y de nuestra esperanza serán tus palabras de vida, palabras que devuelven la alegría y la luz: *surge el ambula!*

(77). *Ibid.*, *Ev.* (Lc 5, 24).

(78). *Ibid.*

La respuesta de Cristo es cierta, indefectible; pero, para obtenerla, creamos y esperemos en Él y amémosle, con un amor fuerte que haga verdadera en nosotros nuestra afirmación de siempre: *non est amor, nisi Amor* (79).

(79). Cfr. *Camino*, n. 417.

AMOR EUCARÍSTICO (*)

(27-V-1937)

(*) Esta meditación fue dirigida por el Beato Josemaría de las 11.30 a las 12.00, en la noche del miércoles 26 al jueves 27 de mayo, fiesta del Corpus Christi.

Las personas piadosas, cuidadosas de su vida interior, conocen muy bien este medio empleado en la oración, para sujetar la imaginación y dejar libres las potencias: la composición de lugar. ¿Cuál ha de ser en el día de hoy la composición de lugar de nuestra meditación, sino aquella tan conocida de los últimos momentos de Jesús con sus Apóstoles, en el Cenáculo?

Sí; vemos ahora aquella mesa -probablemente en forma de herradura- cubierta de una comida sencilla y rodeada de lechos, en los cuales, incorporados, comen y hablan Cristo y sus discípulos. Vemos a los Apóstoles, toscos en general, que comen sobriamente, disimulando y refrenando el apetito que deberían sentir, teniendo entre ellos delicadezas llenas de caridad. Están hablando. Comentan la doblez de los fariseos, examinan los engaños y las persecuciones de que los sacerdotes y poderosos les hacen objeto; pero ya no se pasman de nada; son hombres que han visto a sus manos realizar milagros.

Junto a Jesús está reclinado un hombre, ya de edad, con los ojos rodeados de ojeras -debidas a vigiliias y trabajos- y con la frente surcada de arrugas. Habla enérgicamente, con un vigor y una impetuosidad que declaran la fe y el amor de su corazón. Es Pedro, el príncipe de los Apóstoles, que está ahora pendiente -siempre lo estuvo- de lo que dice y de lo que hace el Maestro. Al otro lado de Jesús se encuentra Juan, adolescente aún pero varonil, pues nada tiene de afeminada su delicadeza; habla a Jesús con confianza llena de amor y llega hasta reclinarse su cabeza en el pecho del Maestro. Se distingue también en este círculo de hombres a uno que es persona de autoridad, de maneras correctas, con gesto de quien está acostumbrado a mandar, vestido con elegancia; es Mateo, que abandonó una posición social elevada por seguir a Jesús. También vemos a Andrés, hermano de Pedro, que reproduce quizá con rasgos más juveniles la figura enérgica e impetuosa -aire de familia- del príncipe de los Apóstoles. y aún nos fijamos en otros hermanos que inconscientemente quizá conservan un resto de resquemor, resultado de una antigua disputa, sobre quién de ellos sería el mayor. Descubrimos a Felipe y a todos los otros, rodeando al Maestro; y entre ellos, vosotros y yo.

Todos callan y el Maestro les abre su corazón. Su oración sube hasta su Padre, llena de cuidado y amor por éstos que van a quedarse aquí abajo: *ut omnes unum sint, sicut Tu, Pater, in me, et ego in te; ut sint unum sicut et nos*

unum sumus (80); que sean uno, Padre, como Tú y yo lo somos. *Mandatum novum do vobis, ut diligatis invicem sicut dilexi vos, ut et vos diligatis invicem. In hoc cognoscent omnes quia discipuli mei estis* (81): que os améis unos a otros como Yo os he amado. En esto conocerán que sois mis discípulos. Pide amor, pide caridad, en esta hora suprema, para sus hijos. *Que todos sean uno* (82). Sí, que formen un solo rebaño, bajo un solo pastor (83). Que se amen.

(80). *Jn* 17, 21-22.

(81). *Jn* 13, 34-35.

(82). *Jn* 17, 21.

(83). Cfr. *Jn* 10, 16.

Nosotros, ahora, ¿cómo podremos practicar esta caridad que Cristo rogaba para sus discípulos? Una de sus formas ha de ser la corrección fraterna. Cuando veáis que alguno de vuestros hermanos pierde el camino, procede en contra del espíritu de la Obra, llamadle a solas, ordinariamente después de haber consultado con el que hace cabeza en la casa. Con toda caridad, se le dice: "Mira, yo creo que el espíritu de la Obra aconseja actuar así". Si reincide, volved a hablarle ya delante, esta segunda vez, de un compañero recto, juicioso y discreto. ¡Discreto! ¡Cuánto hay que insistir siempre, siempre, en la Obra, sobre la discreción! ¡*Líbrame, Señor* -decía el Profeta- *de la lengua dañina!* (84). Si vuelve a caer en lo mismo, entonces se apela ya a la reprensión pública, a la autoridad de la casa o de la Obra (85).

Entre los que rodean a Jesús hay uno que se encuentra separado espiritualmente de los demás: Judas Iscariote. Ha fallado, sobre todo, en el amor. Si hubiera errado en otra cosa, tendría fácil remedio. Si nuestras faltas proceden no de falta de amor, sino de humana fragilidad, ¿por qué hemos de apurarnos? Si, al examinarnos, vemos que nuestra caída se debió sólo a flaqueza, no a buscarnos a nosotros mismos, olvidándonos de Dios, no nos inquietemos; acudamos a nuestra Madre y Ella nos volverá a Jesús. ¡Nuestra Madre! ¡Qué intimidad, qué trato continuo y amoroso debemos mantener con Ella, así como con nuestro compañero, el Ángel Custodio! Ella nos lo conseguirá todo delante de Dios. Acordémonos de las bodas de Caná.

(84). *Sal* 119, 2.

(85). El Beato Josemaría expone en estas líneas, siguiendo el Evangelio de San Mateo (cfr. *Mt* 18, 15-17), un modo de ejercitar la corrección fraterna. Más adelante estableció la manera precisa que se sigue en el Opus Dei para cumplir este mandato del Señor: tras madurar el asunto en la oración, se consulta al Director y se hace la corrección a solas con el interesado, con prudencia y caridad, con formas y razones sobrenaturales.

Judas -insisto- ha fallado en el amor; ya no ama al Maestro. Y cuando el amor se apaga, desaparece todo lo demás. Porque las virtudes que hemos de practicar no son sino aspectos y manifestaciones del amor. Sin amor no viven ni son fecundas. El amor, en cambio, todo lo hermosea, todo lo engrandece, todo lo diviniza. Nada de cuanto se hace vale, si no se lleva a cabo por amor. Por eso, yo no os quiero sin ambiciones, ni sin deseos; alimentadlos, pero que sean ambiciones y deseos por Cristo, por Amor. Que todos nuestros actos y pensamientos sean por Él y sean realizados en Él. Practicad una oración que por amor os una a Cristo en todos los momentos del día: cuando habláis, cuando reís, cuando coméis..., ¡hasta durmiendo!.

Nosotros tenemos ahora licencia para llegarnos hasta Jesús y hablarle. Podemos caer a sus plantas y besar sus pies sagrados. Él está ahí, oyéndonos. Le manifestaremos con un gesto varonil, que no excluye cierto temblor de niño: "Yo... ¡no quiero ser como ése!". Señalaremos con el dedo al traidor. ¡No, yo no quiero perder el Amor! Y este grito salido del corazón, resumirá ahora todas nuestras ansias.

Pero Cristo está partiendo el Pan que distribuirá entre sus discípulos: *hoc est enim Corpus meum* (86). Alza el Cáliz lleno de vino que beberán sus Apóstoles: *hic est enim calix Sanguinis mei, novi et aeterni testamenti, qui pro vobis et pro multis effundetur in remissionem peccatorum* (87). El Santo Misterio está teniendo lugar; el pan y el vino se hacen Carne y Sangre de Cristo. ¡Jesús, Amor nuestro! Quizá hoy, en muchos pueblos de España, se muestre tu Cuerpo Sacratísimo a las gentes, alzado en la custodia. Yo recuerdo aquellas procesiones de antaño, llenas de ruido y de jolgorio, en las que había tan pocas custodias vivas de Cristo; Él tenía que soportarlo todo, cuando aparecía, bajo las especies del Sacramento, a veces en pobres custodias.

(86). Cfr. Mt 26, 26.

(87). Cfr. Mt 26,27.

¿No buscaré yo para Ti, Dios mío, la riqueza y la belleza? Bien sabes que sí. Pero prefiero, y Tú también lo prefieres, vivir irradiando rayos de luz y de santidad en almas que te amen, a verte sobre un armatoste que no lleva un sacerdote, sino que arrastran cuatro gañanes a fuerza de tragos de vino (88). Yo deseo para Ti, Dios mío, custodias vivas, y pido que mis hijos y yo, y todos los cristianos, seamos esas custodias que despiden fulgores de amor y de mortificación, labradas con oro puro, inalterable a toda influencia del mundo; cuajadas de rubíes, que sean como las manchas de sangre de nuestro dolor y de nuestro sacrificio; adornadas con esmeraldas, que signifiquen nuestra inmutable esperanza; sembradas de otras muchas pequeñas piedras, que apenas se notan –pero que Tú miras siempre, deleitándote en su brillo-, y que

son las pequeñas mortificaciones, las negaciones de cada instante. Que estas custodias vivas iluminen con un apostolado de caridad a los que las rodean; dignate Tú, Dios mío, viviendo en cada uno, vivificar con los rayos de tu Amor a todos los que se pongan en contacto con nosotros.

(88). El Beato Josemaría tenía presentes algunos abusos que en ocasiones había presenciado durante las procesiones del Corpus, en pueblos pequeños, y se duele de ese trato poco delicado al Santísimo Sacramento.

Madre nuestra, Madre del Amor Eucarístico: ésta va a ser hoy nuestra petición. Preséntala tú, te lo suplicamos, a los pies de tu Hijo. Alcánzanos una vida repleta de espíritu eucarístico, que el amor a la Sagrada Eucaristía colme nuestro corazón, y que todos tus hijos en la Obra sientan -siempre renovado y engrandecido- su amor a Dios, por la recepción del Cuerpo Sacratísimo de Jesucristo.

MISERICORDIA

(30-V-1937, Domingo II después de Pentecostés)

1) Al hombre de oración suele, a veces, sobrevenirle una tentación, que desalienta como ninguna otra; es una voz que parece insinuarle: "Tu oración es... un monólogo. Hablas para ti mismo; nadie te escucha". Hay que responder a esta sugestión: no, la oración es una charla afectuosa, una confidencia amorosamente atendida; es un diálogo lleno de amor -nunca un monólogo- en el que Dios corresponde siempre, con piedad maravillosa, a nuestro deseo de aproximarnos a Él, de tratarle, de oírle, de amarle.

Dios es nuestro Padre y, aunque nos lleguemos a Él manchados por las salpicaduras del mal en nuestra lucha con el enemigo, aunque nuestros vestidos estén mohosos y nuestra piel con costras de sal -efecto en nosotros del oleaje del mar de nuestras pasiones-, Él nos acoge y nos considera, *quoniam in scaeculum misericordia eius* (89), porque su misericordia es grande

y permanece siempre. Él no desoye a los que con buena voluntad se le acercan, aunque otra cosa quiera sugerirnos el enemigo.

(89). *Sal 105, 1.*

Acaso podemos pensar: yo no lo merezco... Eso ya es otra cosa. Pero también veo, en la historia, figuras de hombres cargados de toda suerte de culpas, a los que el Señor, sin embargo, dispensa una bondad paternal. Me acuerdo de un Pablo, de un Agustín... No, mi oración no son palabras que se pierden en el vacío; mi oración es fecunda, porque es recogida por Aquél que es infinitamente bueno, por Aquél para cuya paciencia y cuya bondad no son demasiado pesadas mis flaquezas.

Con esta convicción en nuestra alma, abramos la Escritura y asistamos a una escena maravillosa (90). Se nos aparecen, como azucenas que se mueven, cinco vírgenes con vestiduras blancas, que vencen con su claridad a la negrura de la noche. Cinco lámparas de aceite que llevan en sus manos, cinco puntos de luz que atraviesan la oscuridad, dejan ver sus rostros puros y hermosos, a los que el contacto con el mal no ha ensombrecido nunca. Caminan hacia la casa del Esposo y sus almas se regocijan de antemano, pensando en la alegría con que Él acogerá su saludo de bienvenida.

Llegan a la puerta, y su llamada retumba en el silencio: el silencio sólo les contesta. Pero Él había dicho: *Llamad y se os abrirá* (91). Y también aquellas otras palabras: "¿Quién de vosotros, si pide a su padre un huevo, recibirá un escorpión; y qué padre dará a su hijo una piedra, si le pide pan?" (92). Dios nos ama mucho más, mucho mejor, que el mejor padre de la tierra.

Ya se oyen pasos, ya se oye la voz que responde. Y la respuesta del Esposo -¿me atreveré a decirlo, Señor?- es feroz. *Nescio vos!* (93), no os conozco. Allá dentro resuenan voces gozosas: el Esposo hace fiesta con las otras cinco vírgenes, las prudentes, que no se olvidaron de llenar sus lámparas con aceite. Pero aquéllas, que las mantuvieron vacías y apagadas, y que han

salido apresuradamente a deshora a comprar con qué alimentarlas, se han presentado tarde. Entretanto ha entrado el Esposo, y ahora se niega a reconocerlas. Dentro se alzan los cantos de júbilo; fuera, en las tinieblas, las luces quieren desvanecerse en las sombras, parpadeando bajo las lágrimas que derraman las que han sido rechazadas.

(90). Cfr. *Mt* 25, 1-13.

(91). *Mt* 7,7.

(92). Cfr. *Lc* 11, 11-12.

(93). *Mt* 25, 12.

Ahora, mi Jesús, ¿me permites que intervenga? ¿Me concedes que interponga mi voz entre estas desdichadas y tu repulsa, para defenderlas? Porque, al fin y al cabo, ellas no te ofendieron; bien sabes que ninguna flaqueza las sorprendió y que su pureza no conocía mancha. Tú, Señor, me respondes: "Sí, pero su caridad era una caridad estéril, no producía luz de obras. Ya sé que su pecado no fue de fragilidad, pero fue mucho peor: fue pecado de voluntad. Era su voluntad la que dejaba muerta la lámpara de la caridad. Mi justicia exige un castigo proporcionado".

Pero, siendo así, nos preguntamos, ¿cómo pecadores tan grandes, tan empedernidos, en los que el mal había arraigado tan honda y extensamente, obtuvieron del Señor miradas de perdón y de salvación? Nos acordamos de Agustín: ¿qué tendría aquél, que permaneció durante tantos años atascado en el cieno, un cieno que ya le cubría por entero, desde los pies hasta la barba, amenazando con ahogarle, para oír en los momentos de más aguda crisis, de extremo delirio, las palabras luminosas: *tolle, lege* (94)? Y no queramos dejar tranquilo a San Pablo en su hornacina. Fue hombre que conoció las pasiones; fue recalcitrante en el pecado, combatió con saña y con odio la verdad... "Pero, nos responde el Señor, Agustín, tan embebido en el error, luchaba, padecía, sentía inquietud, no abandonaba su aspiración al conocimiento y posesión del bien y de la verdad. Y así, de sus mismas culpas, confesadas en su autobiografía, sacaba luego luz de sabiduría, provecho de enseñanza para los demás. Pecó, pero había en él *buena voluntad*; Yo no podía abandonarle. Y el mismo Pablo, después de su rectificación, ¡cómo se sirve del recuerdo de sus pecados, para lograr una perfección más elevada!, ¡cómo el mal antiguo da hoy frutos sabrosos de contrición, de humildad, de arrepentimiento, de celo!...

Porque, cuando una buena voluntad guía los actos, hago Yo que los mismos males sean origen de bienes aún más grandes".

(94). Así relata San Agustín, en el libro de las *Confesiones*, el momento de su conversión (cfr. *Confesiones* VIII, 12, 29).

Hijos míos, yo quisiera que dentro de veinte, de cuarenta, de cincuenta años, cuando seáis una tradición viva de la Obra, os acordéis de este primer punto de nuestra meditación, que acabo de explayar. Quizá os encontréis con alguien que ha perseverado en el mal, no días y meses, sino años; que no halle vuestra repulsa, si sus pecados fueron sólo de fragilidad. No es ésta una meditación que deba dar ahora inmediatamente sus frutos; es consideración para ser puesta en práctica Dios sabe cuándo: dentro de meses, de años. Es meditación trascendente, cuya lección no es para ser gustada y olvidada; al contrario, debe dejar en vuestras almas una convicción y una norma de conducta para toda vuestra vida. Sí; comprensión para los que pecaron. Pero, ¿y cuando se trata de pecados propios? Ya no es ahora mi oración la que vale, sino la vuestra, la propia. Que cada uno se examine y pese sus intenciones y, guiado por Dios, decida y juzgue.

2) No abandonemos el Evangelio. Sea nuestra misma Madre la que nos muestre un pasaje consolador de este Libro que nos conserva la voz de Jesús, que trae la paz para nuestras almas, el consuelo para nuestros quebrantos, y que es nuestra alegría, nuestra felicidad, nuestra luz, la fuente donde nuestra oración bebe mejor el agua de la gracia, donde nuestra ansia de verdad se satisface plenamente con la luz del Cielo prendida en las palabras del Maestro.

Nuestros ojos se recrean ahora en la contemplación de un patriarca de barba florida, de venerable aspecto (95). Es un señor vestido ricamente con amplia túnica que ciñe una faja oriental; en sus manos brillan las piedras de los anillos. Esas manos alhajadas se posan sobre una piel sucia, áspera, que apenas cubren la desnudez de un joven a quien mantiene abrazado. La barba florida, que ahora reluce con las lágrimas que caen de los ojos del padre, con brillo más hermoso que el de los más perfectos diamantes, está junto a la cabellera revuelta del hijo. De los ojos de éste también se deslizan las lágrimas:

lágrimas visibles, ardientes, de contrición y de arrepentimiento. Este hijo es el que hace años sintió hervir en sí irresistiblemente el apetito de la lujuria y del desorden, y pidió a su padre la parte de herencia que le correspondía (96). El padre le entregó hasta el último ochavo. Lejos de la casa paterna, de la virtud y la paz domésticas, dilapidó su *caudal -luxuriose-* en orgías sucias, y se revolcó en todos los charcos que encontró en su camino. Ahora vuelve arrepentido. La misericordia del padre lo acoge. Es la oveja que vuelve al redil y el pastor no la desampara. "Id -dice a los criados-, bañadle en agua tibia y ungidle con esencias, y sacad, para engalanarle, del ropero, el mejor vestido" (97).

(95). Cfr. *Lc* 15, 11-32.

(96). Cfr. *Lc* 15, 12.

(97). Cfr. *Lc* 15,22.

¡Señor, terrible es tu justicia, pero tu misericordia no conoce límite! ¿Olvidaremos nosotros la lección de tu caridad? Vivamos, sí, en el temor del Señor -que no es temor, sino reverencia de hijo amante-, porque está escrito: *timor Domini sanctus* (98), santo es el temor del Señor, el temor de su justicia justísima. Pero no olvidemos su misericordia, que permanece siempre. ¿Queremos ser duros cuando no lo es Él? Su justicia se funde con su misericordia y producen un maravilloso equilibrio, cuyo don debemos implorar para nosotros.

No lo olvidéis; pasado el tiempo, la Obra tendrá en vosotros su tradición viviente, y entonces deberéis recordar el ejemplo de este padre, que no sólo acoge al pecador aun manchado por años de obstinación en el error, sino que lo despoja de su suciedad en un baño lustral.

¿No es mañana cuando celebraremos la fiesta de María Mediadora? Aquí acabará el mes de nuestra Madre y, aunque la fiebre quiera impedírnoslo (99), hemos de decir Misa para honrar a Nuestra Señora, dentro de nuestra pobreza actual de medios. Esta fiesta de María Mediadora ha de ser, si Dios quiere, fiesta de nuestro calendario, fiesta que se celebre en la Obra.

Madre nuestra, alcánzanos del Señor, para nosotros y para todos los que vendrán después, la posesión de este tesoro de la perfecta justicia; y otórganos comprensión y misericordia con todos los que se acerquen manchados a nosotros. Y recibe, con la súplica de un *Acordaos*, este propósito que concebimos ahora.

(98). *Sal* 18, 10.

(99). Varias veces el Beato Josemaría estuvo enfermo, durante los meses que permaneció en el Consulado de Honduras.

E PLURIBUS UNUM (*)

(4-VI-1937)

(*) Esta meditación fue dirigida por el Beato Josemaría en la noche del 3 al 4 de junio de 1937 (de 11.30 a 12.15), preparando la fiesta del Sagrado Corazón de Jesús, que aquel año era el viernes, 4 de junio.

Ciérrense los ojos de nuestro cuerpo, ábranse los de nuestra alma; tengan paz nuestros oídos y pongámonos a escuchar la voz de nuestro Jesús. Hablémosle en confidencia amorosa, como amigos íntimos, como hermanos, como hijos. ¡Jesús: verte, hablarte! ¡Permanecer así, contemplándote, abismado en la inmensidad de tu hermosura y no cesar nunca, nunca, en esa contemplación! ¡Oh, Cristo, quién te viera! ¡Quién te viera para quedar herido de amor a Ti y, embriagado y sustentado de este amor, desentenderse completamente de las cosas mundanas!

¡Cristo, quién te viera! ¡Quién te viera y quedase amorosamente hundido en tu seno, amándote sin cesar y siendo amado de Ti, y reviviese el encanto de aquella vieja leyenda del monje que pasó los siglos -siglos que no fueron sino un momento- arrobado, en la presencia de tu infinita hermosura! Decía la leyenda que saliendo el monje del convento, fuese al bosque; pero allí Tú te apareciste ante sus ojos. Él se quedó quieto, gozándose de tu vista. Cuando terminó su contemplación, se levantó para regresar al convento. Pero sus muros eran otros, viejos, desmoronados. Miró en torno suyo y vio muy añosos los árboles. Llamó, al fin, y un fraile en hábito negro le abrió. El monje contempló con asombro su propio hábito blanco; el que le había abierto era de otra Orden. Es que su contemplación había durado tres siglos y en ellos el mundo se había agitado, la revolución había pasado, arrollándolo todo, por aquellas tierras, y tras esos sucesos una nueva Orden se había asentado en el monasterio. Tres siglos del mundo, largos, llenos de devastación, de ruido, de agitación, no eran sino un momento ante la eternidad de Dios.

¡Jesús: verte, hablarte, amarte y sentirse amado de Ti! ¡Olvidarse de las ataduras de este mundo, librarse de su yugo y dejarte la plena posesión de nuestro corazón, abierto para Ti y sólo para Ti! Tú sabes, Señor, que te amo. Sí -te lo confieso como Pedro (100)-, Tú sabes que, a pesar de mi miseria, te amo, y que en medio de mis locuras no he dejado de amarte. Pues multiplica Tú, con tu poder y tu piedad, este amor hasta que no tenga límite ni medida. Hiere el corazón de este pobre y los de todos mis hijos, los de todos tus hijos, y aplícales tu cauterio para que nunca más deseen gustar de las cosas mundanas. Envuélvenos en las llamas de tu amor, y que nos consuman y nos curen y nos purifiquen. Dios mío, que seamos ya tuyos, tuyos solamente, y no nos sintamos atraídos por los goces y afectos de aquí abajo. ¡Oh, Jesús, si en este día en que celebramos la fiesta de tu Sagrado Corazón quisieses encerrarnos en Él para no salir nunca más!

(100). Cfr. *Jn* 21, 17.

Yo he imaginado para nuestras casas un blasón, para que lo hagan artistas de aquí abajo, en el que sobre un fondo de oro se mostrará un corazón coronado por una cruz pequeña, discreta, que apenas se vea. Dentro de este corazón habrá muchos, muchos corazones que lo llenen; y la leyenda será: *E pluribus unum*, de muchos, uno solo (101). He aquí nuestro deseo: unidad.

Unidad en Cristo, unidad fundada en la caridad de Cristo, unidad por el amor a Él y unidad de todos, guardados por Él, luchando contra el mundo, contra sus atractivos y seducciones (102). ¡Tu cauterio, Jesús nuestro, sobre nuestro corazón, para que sólo a Ti aspire, para que desprecie los miserables entretenimientos de aquí abajo!

Yo quiero verme ahora, Dios mío, junto a la herida de tu pecho; y pensar en todos mis hijos, en todos los que ahora son miembros vivos de este Cuerpo vivo de tu Obra. Nombrándolos, consideraré sus cualidades, sus virtudes, sus defectos, y luego te suplicaré, empujándolos hacia Ti, uno a uno: "¡Adentro!". Los meteré dentro de tu Corazón. Así quiero hacer con cada uno y con todos los que vendrán después, durante siglos, hasta el fin del mundo, a formar parte de esta familia sobrenatural. Todos, todos unidos en el Corazón de Cristo, todos hechos uno por amor a Él y todos desprendidos de las cosas de la tierra por la fuerza de este amor acompañado de la mortificación. Queremos ser como los primeros cristianos; vamos a revivir su espíritu en el mundo. Empecemos, pues, por hacer real dentro de la Obra aquella afirmación: *congregavit nos in unum Christi amor* (103).

(101). El Beato Josemaría renunció a la realización de ese proyecto, como a otros que le vinieron a la mente en los primeros años de la Obra. Cuando se expresaba así en esta meditación, o cuando anotaba otras ideas de este tipo en sus *Apuntes íntimos*, lo hacía para desahogar su corazón y para asentar gráficamente algún aspecto importante del espíritu de la Obra. En este caso, el pensamiento que late debajo de ese proyecto, que después desechó, es el deseo de que los fieles del Opus Dei -bien metidos en el Corazón de Jesucristo- mantengan siempre una unidad espiritual de inteligencias, de sentimientos y de voluntades, en su empeño por llevar a cabo la misión recibida de Dios.

(102). Evidentemente, el Beato Josemaría se refiere aquí al "mundo" en cuanto enemigo del alma, no al mundo en cuanto salido de las manos de Dios y lugar que él amaba apasionadamente, donde el cristiano corriente debe santificarse y santificar a los demás.

(103). Himno *Ubi cantas*.

¡Pon tu cauterio, Jesús nuestro, en nosotros, por doloroso que sea! Porque Tú sabes, Señor, que nuestros corazones son de carne, abiertos por muchas brechas al asalto del enemigo. ¡Ah, si yo pudiera guardar dentro del mío los corazones de todos mis hijos! No es porque no quepan en él, que Tú, Señor, lo has agrandado; pero, ¿para qué guardarlos, si mi corazón es tan débil, si los muros que lo defienden ostentan tantas fisuras? Pero sí puedo pedirte, Dios

mío, que Tú los guardes; que, poseídos de tu amor, sean fuertes contra la seducción de las cosas sensuales. Coloquemos este amor a Ti muy por encima de los placeres engañosos de la tierra.

Madre mía, en ti confío, en ti espero; intercede por mí para que -por tus ruegos- me conceda el Señor lo que le suplico.

VIRTUD DE LA OBEDIENCIA

(8-VI-1937)

En la presencia de Dios Nuestro Señor vamos a meditar acerca de una virtud completamente necesaria en nuestra vida de apostolado: la obediencia. Recuerdo la divisa de un prelado, que en tiempos hube de cantar en malos versos y con la que me entusiasmé: *obedientia tutior* (104). Me hice entonces un enamorado de esta virtud, y también para mí mismo quise labrarme ese lema. *Obedientia tutior*: lo más seguro es obedecer.

(104). Se refiere a don Miguel de los Santos Díaz Gómara, Obispo auxiliar del Cardenal Soldevila y Presidente del Seminario de San Carlos (Zaragoza). Con ocasión de una fiesta que se celebraba en el Seminario, el Beato Josemaría le dedicó una poesía escrita en latín, comentando precisamente su lema episcopal: *obedientia tutior*.

¿Acaso el que obedece no es el que alcanza paz, el que logra dominar su carne, el que conserva desasido su corazón, el que vence al enemigo en todas las batallas de la soberbia, de la pereza, de la sensualidad, de la tibieza, de la ambición? ¿No me habré olvidado alguna vez de los frutos maravillosos de la obediencia? ¿No habré menospreciado estos tesoros de paz, de seguridad, de santidad, en mi conducta habitual?

Porque tú y yo ¿qué hacemos por obedecer? ¿Cómo obedecemos? Me enfrenaré, Dios mío, conmigo mismo. Tú sabes que no deseo buscar excusas; hay dos seres a quienes nunca podría engañar: Tú y yo. Me interesa, al contrario, conocerme como realmente soy, por mucho que me apene y me humille la vista de mi deformidad y de mis miserias.

¡Obedecer! ¿Cómo obedeces? ¡Cuánta rebeldía hay en tu vida, cuánta soberbia en tus actuaciones! ¿Qué impulso es el que te lleva a considerarte indispensable, a ser salsa de todos los guisos? En todas partes se pone tu yo en primer plano. ¡Qué dificultad para aceptar el camino llano, natural, humilde! ¿No es cierto que a menudo rehuyes el sacrificio callado, y buscas el alarde llamativo, el gesto heroico? Pero los motivos que me guían -dices- son grandes y nobles... Sí, pero son como un pabellón que encubre contrabando de egoísmo. ¿No te estarás engañando a ti mismo, sin darte cuenta? Tu gesto tiene un desprendimiento aparente, pero lo cierto es que bajo la bandera del sacrificio, de la abnegación, hay soberbia, hay egoísmo. El fin es noble; pero no te decides a doblegar tu voluntad, ni apegarte a las observaciones que recibes. Quizá argumentas: ¿por qué he de ser yo, precisamente yo, el que haya de realizar tal o cual misión? ¿Soy, quizá, necesario a Dios? ¿No podrá pasarse Él sin mí? ¿Ves? Siempre el yo, en todas partes el yo.

Mal camino es ése. ¿Por qué no trato de humillar ese carácter indómito? Cualquier sacrificio, por pequeño que sea, ¡cuánto me cuesta! ¡Qué obstáculos, para realizar la más pequeña mortificación! Pienso media hora en el cumplimiento de cualquier nimiedad y, al fin, por comodidad, hago lo que me da la gana. ¡Qué cuesta arriba todo! ¡Qué rebelión contra la obediencia! ¡Qué voluntad tan dura!

Hijos míos, estoy manifestando en voz alta mi oración; cada uno que arrime el ascua a su sardina, si es que tiene ascua y sardina; que si no las tiene, estará perdiendo el tiempo. Hablo de mí y bendito sea Dios si dispone que estas palabras aprovechen a otros.

Sigo haciendo mi examen. ¿Qué presencia de Dios vivo? ¿Qué trato con mi Madre la Virgen, qué conversaciones mantengo con mi Ángel Custodio? ¿Qué

preocupaciones por la Obra, por sus empresas apostólicas, por mis hermanos? ¿Qué deseo, qué interés en cumplir la Voluntad de Dios? ¡Señor, cuánta miseria! ¡Qué mal, qué mal todo! ¿Dónde están mis mortificaciones, mi paciencia ante las contrariedades? ¿Podré seguir engañándome a mí mismo? ¿Por qué no raspar cuando es necesario? Tú sabes, Señor, que no pretendo engañarme: concédeme luz para que me vea tal como soy. No permitas que mi egoísmo enturbie el juicio de mí mismo. Que me conozca y que, conociéndome, me ponga en tus manos y obedezca plenamente para que Tú, Dios mío, me cures.

¡Obedecer, obedecer! ¡Dejar mi voluntad para entrar de lleno en el perfecto cumplimiento de la Voluntad de Dios! ¡Serle fiel en todos los detalles, no resistirme como ahora, que parece que presto un favor cuando a medias me mortifico en una pequeñez! Pero no quiero que esta oración sea o parezca una oración de desesperado. Por eso me dirijo a ti, Madre mía, *Spes, Auxilium*. Colócame en las manos del Señor y que Él me otorgue el perdón por todas mis culpas. Y a rectificar. A cuidar de los detalles en que me salgo de la Voluntad de Dios. A humillarme, a obedecer. A pensar en la Obra, a pensar en mis hermanos, pero con preocupación sobrenatural, sin desazones, sin excesos. A dejar de lado mi propia voluntad, a ser instrumento dócil en los brazos de Dios, para que realice plenamente sus designios. A corregir este carácter indómito, a doblegar su aspereza, a rendirlo, a humillarlo. Madre mía, en ti confío. Dios mío, ten piedad de mí, perdóname y cúrame.

COSAS PEQUEÑAS

(19-VI-1937)

1) Queremos hoy hacer eficaces, en nosotros, aquellas palabras del Evangelio de ayer, que recomiendan la fidelidad en las cosas pequeñas (105), Para eso, en una oración confidencial, iremos considerando ante Dios algunas virtudes, en las que conviene cuidar especialmente el detalle. Será, la primera, la de la *obediencia en las cosas pequeñas*.

(105). Cfr. Mt 25, 21.

La obediencia en los detalles es, desde luego, necesaria para la santificación y, a veces, indispensable para la perseverancia, para la continuación de nuestra vida interior. Cuando falla un resorte, por mínimo que parezca, todo el conjunto puede resultar seriamente averiado. La falta de unidad en lo pequeño no sólo causa perjuicio a uno mismo, sino que puede traer daños para la organización, para el cuerpo del que formamos parte.

Vemos una maquinaria grande, maravillosa, que funciona regularmente; pero si un diente de un engranaje se rompe, aunque sea tan pequeño, todo el trabajo del conjunto se resiente y corre el riesgo de bloquearse. Aquella actividad, aquella maquinaria marchaba con un orden admirable, que era goce de la inteligencia; con su rumor, recreo del oído, hecho de golpeteos poderosos, revelador de una vida sana y normal. Pero en un lugar secundario tenía... nada, un tornillito que empezaba a aflojarse. Un día el tornillo se desprende y viene a caer entre dos ruedas delicadas que, al engranar, se encuentran con ese obstáculo inesperado; un chasquido, una ruptura, y toda aquella maquinaria maravillosa se descompone, su marcha queda paralizada, y se hace necesario un trabajo largo y penoso, para reparar el daño causado por el descuido en el detalle (106).

Todos los días hemos de librar batallas contra nosotros mismos -¡ay del que no pelee, porque indicará que ha perdido la vida sobrenatural!-, para desarraigar de nosotros un vicio, para practicar una virtud. Esforcémonos, a costa del trabajo que sea, en ser fieles y obedientes hasta en lo pequeño. Todos conocemos que la obediencia puede resultar difícil. A veces tiene mando quien no reúne cualidades; otras, permite Dios que las órdenes dadas encuentren una resistencia enorme para su ejecución. Venzamos, en un caso y otro, la repugnancia natural a obedecer, desdeñando las críticas que la conducta del superior nos sugiera, olvidándonos de nosotros mismos. Aprendamos a obedecer sobrenaturalmente, con entrega plena de la voluntad, con prontitud, sin detenemos a pensar que esos mandatos provienen de un hombre imperfecto, sino pensando que provienen del mismo Dios. Obedezcamos siguiendo el consejo del Apóstol, que recomendaba la docilidad hasta a los malos, *etiam dyscolis* (107), bien entendido que no en las cosas

malas. Que cada uno se recoja dentro de sí, y haga un profundo examen de conciencia, y busque rectificar, porque toda oración debe ser personal: cada uno ha de controlar en sí mismo el eco que despierta la consideración general.

(106). Cfr. *Camino*, n. 830.

(107). 1 *Pet* 2,18.

2) *Caridad en las cosas pequeñas*. ¡Qué difícil y qué importante es practicar la caridad en los detalles! ¡En cuántas ocasiones se nos escapa, refiriéndonos a nuestro prójimo, la palabra dura, el juicio condenatorio, el gesto ofensivo! ¿Por qué? ¿Nos pide acaso Dios que los juzguemos? ¿No nos exige, al contrario, que cubramos sus miserias con la capa de la caridad? ¿Por qué hemos de hablar crudamente de nadie, aun cuando no nos falte razón en nuestras apreciaciones? Seamos lógicos. Las personas educadas, cuando necesitan designar una función repugnante, algo sucio o desagradable, no emplean el nombre propio, sino que -por respeto a quienes les rodean- usan un término que vele su fealdad. Hay muchas cosas feas en el mundo, mucha miseria, mucha suciedad moral; pero no existe ninguna necesidad de aludir a esos temas con palabras descarnadas. Al hablar de los defectos de nuestro prójimo, usemos esa cortesía -¡fina caridad!- que se emplea para señalar lo repulsivo, cuando haya que mencionarlo.

La abstención del juicio sobre nuestros hermanos, o esa delicadeza cuando no queda más remedio que juzgar, nos evitará además muchos disgustos, que suelen sobrevenir cuando el interesado conoce esas palabras. Si tales disgustos no nos importan personalmente, pensemos que pueden hacer sufrir al que está a nuestro lado, y también encontraremos así nueva ocasión de ejercitarnos en la caridad. Evitando la censura, aunque sea justa, de nuestro prójimo, evitaremos también el riesgo de convertirnos, poco a poco, en unos chinches que se distraen llevando chismes de una parte a otra; evitaremos ser, entre nosotros, como cardos que hieren a todo el que se les aproxima.

3) En el tercer punto de nuestra meditación, vamos a considerar la *castidad en las cosas pequeñas*. Cada uno de nosotros, en los once meses de agitación

que llevamos (108), ha visto y ha corrido demasiado como para no haberse relajado algo en este punto. Quizá quien antes tenía un pudor delicado y una modestia firme, ahora se comporta con franca desenvoltura. Se explica así esa facilidad en el hablar, esa ligereza para contar cosas no pecaminosas ni soeces, pero sí inconvenientes. Y junto al chiste y al equívoco, junto a la palabra de doble sentido, el descuido de la modestia exterior (109). Repetiré lo que ya he dicho en otras ocasiones. Si es necesario, no debe asaltarnos ningún escrúpulo por no poder guardar esa modestia; lo contrario sería ñoñez, porque -no lo olvidemos- el pudor es naturalidad. Pero, si no hay necesidad, guardemos las formas que requiere la modestia, no olvidando que esta virtud y el pudor son las hermanas pequeñas de la pureza (110). Como prefiero no insistir sobre este tema, quiero terminar examinando en general las ventajas del cuidado en los detalles pequeños.

(108). Alusión al tiempo transcurrido desde el estallido de la guerra civil.

(109). Hay que tener en cuenta que, durante el tiempo que el Beato Josemaría estuvo refugiado en el Consulado, en aquella casa llegaron a habitar casi un centenar de personas, hacinadas como podían en un espacio muy limitado.

(110). En todo momento, también en aquellas circunstancias verdaderamente excepcionales, el Beato Josemaría puso todos los medios para que -sin hacer cosas raras- los que con él vivían cuidaran las pequeñas virtudes que hacen amable la convivencia, también aquéllas a las que se refiere en estas líneas.

¿No proviene en general nuestro mejoramiento de un examen sincero, de un arrepentimiento verdadero ante Dios y de un propósito firme de rectificación? Sin embargo, ¡con cuánta frecuencia dejamos incumplidos nuestros propósitos, un día y otro! El mejoramiento no viene y la enfermedad se prolonga. Todo se debe a que no nos hemos aplicado a considerar el detalle, a quitar ese obstáculo pequeño que impide la marcha perfecta de la maquinaria. Eliminemos ese minúsculo defecto contra la obediencia, contra la caridad, contra la castidad..., que obstaculiza ahora la efusión de la gracia, y veremos como todo funciona maravillosamente.

Repetidamente hemos dicho que nuestra alma ha de ser como un jardín, para recreo y alegría de nuestro Maestro. Pues arranquemos de ese jardín las malas hierbas y ocupémonos de multiplicar las flores hermosas. A veces, habrá que cultivar amorosamente una virtud, a costa de los sacrificios y esfuerzos

que sean necesarios; en otras ocasiones deberemos podar y escardar, arrojando lejos, sin contemplaciones, la mala costumbre, la planta nociva que vivía en nosotros. Para eso resulta indispensable afinar, poner empeño para discernir el detalle, ahondar en el examen para descubrir qué pequeña cosa hay en nosotros contra o fuera de la Voluntad de Dios. Y todo esto contando con su ayuda, que hemos de pedir sin cesar.

Dirijámonos a nuestra Madre, modelo de pureza, de obediencia, de caridad, y pongamos en sus manos nuestros propósitos para que los haga fecundos.

MILITIA EST VITA...

(21-VI-1937)

Militia est vita hominis super terram (111), la vida del hombre sobre la tierra es lucha. ¡Ay del que no lucha! El que no lucha, no vive. Porque siempre hay en nosotros algo malo que suprimir o, por lo menos, una ausencia de bien que tenemos el deber de adquirir, a costa de los combates que sean.

(111). *Job* 7,1.

La vida es lucha. En esa pelea abundan victorias y derrotas. De estas últimas, ¡cuántas he sufrido, qué grandes y numerosas! ¡Cómo me avergüenzo de cada una! Pero no quiero que a esta vergüenza se mezcle el despecho o la tristeza. La tristeza de ser vencido es hija de la soberbia. La soberbia es la que nos hace formar un concepto elevado de nuestra excelencia y la que nos hace exclamar ante la derrota: ¡parece mentira que esto me suceda a mí! ¿Por qué ha de ser extraño que flaqueemos hasta en lo que parece más fácil y pequeño? Nunca sabremos suficientemente cuán enorme es nuestra miseria, qué incapaces somos -sin la ayuda de Dios- de realizar el menor bien. Nunca

acabamos de aceptar y reconocer que somos la misma debilidad, la misma ignorancia y que, sin el amparo de Dios, damos de lleno enseguida en el egoísmo, en la necedad, en el error. ¿Por qué no convencernos efectivamente de que somos una pura miseria, capaces de todos los pecados, inclinados constantemente al mal y al error? ¿Por qué no vamos a pedir a Dios, así humillados, que sea Él nuestra luz y nuestra fuerza?

Tristeza en las derrotas, ¿por qué? Turbarse porque hemos sido vencidos una vez más, ¿por qué? ¿Acaso desconocemos que esto es muy propio de nosotros, que es lo natural en nuestra ruindad? Humillémonos, pidamos perdón a nuestro Dios y abandonémonos en Él para que, luchando con nosotros, seamos triunfadores en la próxima ocasión. Por este camino de fe y de confianza plena en Él, y de olvido y desprecio de nosotros mismos, llegaremos a gloriarnos en nuestras derrotas. Sí, nos alegraremos de haber palpado nuevamente nuestra debilidad y nuestra incapacidad, admiraremos el poder de Dios, y le daremos gracias por su protección.

Ésta es, muy a menudo, la causa de nuestros fracasos: la soberbia. Nos lanzamos a combatir, sin contar con Dios, fiados sólo de nuestras propias fuerzas. Es lógico, entonces, que la derrota venga a traernos a la realidad, a recordarnos que sin Él nada somos ni nada podemos. No nos olvidemos nunca de pensar, en las batallas contra nuestros enemigos, que nuestra fortaleza es prestada. Pidamos esa fortaleza y, escudados en Dios, llenos del vigor que Él depositará en nosotros, cumplamos sin la menor vacilación su Voluntad. No ha de ser confundida nuestra esperanza, si -poniendo nuestro esfuerzo en la pelea- sólo confiamos en el poder del Señor.

Hay, sin embargo, quien después de haber implorado la ayuda de Dios y puesto su coraje y sus fuerzas en el combate, es vencido una y otra vez. Algunos terminan, después de sucesivas derrotas, por desanimarse, y se sienten invadidos por el deseo de no afrontar la pelea. ¿Es que Dios no tiene calculado hasta el último grado de resistencia y fuerza de nuestros músculos? ¿Es que no nos conoce plenamente? Luchemos, pues, llenos de perseverancia y de confianza, sin desalentarnos por no poder desarraigar de nosotros tal defecto o acostumbremos a la práctica de tal virtud, sabiendo que Dios no permitirá que nuestras fuerzas se agoten sin lograr lo que sólo por su gloria

emprendimos. ¿Acaso cuando estamos más desalentados, no vamos ya alcanzando la victoria? Si hemos respondido a la prueba, que quería contrastar nuestra paciencia o nuestra esperanza, y nos hemos esforzado lo que podíamos, el triunfo, sin duda, se acerca ya a nuestras manos.

La vida es lucha. *Militia est vira hominis super terram* (112). Pero, insisto, esta lucha debe ser continua. Si no nos la presenta el enemigo, presentémosla nosotros. Si no distinguimos qué hemos de combatir en nosotros, examinémonos con mayor detenimiento y cuidado. Recojámonos profundamente en nosotros mismos. Acudamos así, alerta, al encuentro del enemigo, dispuestos a provocarle y a reñir con él en cuanto lo percibamos. No aceptemos la inacción; mientras vivamos, el enemigo de nuestra alma nos acecha.

(112). *Job* 7, 1.

Pero, además, estamos llenos de defectos que es necesario extirpar, y carentes de virtudes que es preciso adquirir. Busquemos en qué es necesario violentarse, qué es lo que hay que suprimir, qué es preciso hacer arraigar. ¿Qué debe ser nuestra existencia sino un sacrificio y un esfuerzo constantes para realizar la Voluntad de Dios, para darle alegría y gloria, con una perfección buscada a costa de mortificación y trabajo? Luchemos, luchemos siempre, con humildad, con perseverancia, con ánimo; luchemos, sabiéndonos hijos de Dios, que esta conciencia adquirimos de manera especial al llegar a la Obra. Luchemos, manteniendo en nosotros el *gaudium cum pace*, sin turbarnos, sin inquietarnos por fracasos y por reveses.

No olvidemos tampoco, en esta pelea, lo que pudiéramos llamar punto de vista estratégico. ¿Está planteado el combate en el campo que a nosotros nos conviene? ¿No nos hemos dejado arrastrar a un terreno en el que el enemigo tiene todas las ventajas? ¿No podemos presentar la batalla a nuestro contrario, en un flanco que le obligue a abandonar el frente donde nos ataca, y donde ya nos sentimos agotados?

Pero de nada vale nuestro cuidado, si no contamos con Dios. Lo primero, casi lo único, es su ayuda. Pidámosle el *gaudium cum pace* para todas nuestras peleas. Supliquémosle que nos conceda gracia, fuerza, paciencia y humildad para que, conociéndonos, confiemos sólo en Él. Y recojámonos, finalmente, para que -contempladas nuestras necesidades- formemos nuestros propósitos concretos.

OBEDIENCIA EN LA VIDA ORDINARIA

(22-VI-1937)

Es comprensible que, durante estos meses de trastorno, toda organización de carácter apostólico cuyos miembros se hayan visto precisados por las circunstancias a dispersarse y a esconderse, haya visto relajadas algunas de sus normas fundamentales. Yo considero ahora exclusivamente cuánto ha sufrido un punto necesario en cualquier entidad, más necesario en una organización religiosa; y en nosotros -que no somos religiosos- no sólo necesario, sino *muy necesario*: la obediencia.

Muchas cosas pueden contribuir, hay que reconocerlo, a menoscabar el ejercicio de esta virtud; ejercicio que no consiste solamente en el cumplimiento rápido y perfecto de las órdenes recibidas, importantes o no, sino en mil detalles de las situaciones ordinarias. De una parte, la convivencia ha creado una familiaridad que puede entorpecer el respeto exterior; en esa familiaridad, el corazón, quizá porque no tiene válvulas que lo cierren oportunamente, puede irse y desahogarse inoportunamente; así, la vida interior afloja; el que debería dar ejemplo, por su cargo y su autoridad, deja generalmente de ofrecerlo. En ese ambiente, no es extraño que, una vez con una palabra de doble sentido; otras, con una negativa débil al mandato, después más rotunda, la docilidad se vea olvidada y pisoteada.

No me olvidéis que no personalizo; hablo refiriéndome a cualquier organización en general. Pero si la caja de un reloj permitiera que se soltaran libremente todas sus ruedas y resortes para que cada una emprendiera sola, separada de las demás, una danza sobre el suelo, ¿qué ocurriría? ¿No observaríamos que, rota su trabazón con las restantes, una pieza cesaba enseguida en su carrera desconcertada; perdía otra su eje o los dientes de que iba armada, y venían otras finalmente a parar en un montón que no late, que está muerto? Sí, la vida sólo puede residir en la sumisión al trabajo propio, en el desempeño fiel de las funciones asignadas a cada uno. El desconcierto ha sido la muerte, pero la culpa de ese final recaerá sobre quien, debiendo guardar la caja bien cerrada, no lo ha hecho. Acaso el metal que la protegía no era recio, bruñido, duro, a prueba de golpes; quizá ha permitido que penetrase, en las piezas, el polvo que dificulta su marcha, un aliento extraño que las ensucia. Y se ha producido todo este desastre, si es que la caja, además, no se ha roto.

Ahora, en este reloj de la Obra, salido de las mismas manos de Jesús y del que nosotros somos -no nos hagamos ilusiones- ruedas muy pequeñas, ¿no habremos tolerado que se introduzca el desconcierto, que su marcha se dificulte, que se resienta la regularidad de su funcionamiento? Pues, si así fuera, vayamos a Jesús, del que somos *pusillusgrex* (113), pequeña grey, y pidámosle que nos ayude a responder a la misión que nos ha encargado de ser fundamento de un edificio que se alzará hasta el cielo, hasta el fin de los siglos. Y dirijámonos a nuestra Madre, *Spes, Auxilium*; ya Ella, conocedora de nuestras miserias y de nuestras necesidades, digámosle, llenos de fe, con confianza filial, que esperamos en su auxilio y que aguardamos de su piedad nuestro remedio.

(113). Lc 12, 32.

SENCILLEZ, NATURALIDAD

(23-VI-1937)

Parece que, por fin, ha llegado el día en que comencemos a dispersarnos (114). Aunque yo sienta separarme de vosotros, he de alegrarme de esta marcha, porque conviene a la gloria de Dios y a los fines de la Obra. En el otro lado (115), podrán recibir los que allí están -gracias a los que lleguen- una impresión fresca de la situación actual de la Obra y de sus miembros. Yo veo con una cierta alegría, por tanto, esta ocasión, que ha de ponernos a todos en contacto y renovar la comunicación de unos con otros, interrumpida durante tantos meses.

(114). Por aquellas fechas, el Beato Josemaría pensaba que de nuevo se presentaba una ocasión para que, al menos, algunos de ellos dejaran el Consulado de Honduras. Luego no fue así.

(115). Alusión a la otra zona de España, donde se podría seguir desarrollando sin trabas la labor apostólica.

La Epístola y el Evangelio de la Misa de hoy nos traían una lección que hemos de aplicar cuidadosamente en todas las circunstancias de nuestra vida diaria: la recomendación de la sencillez, de la naturalidad. Todo lo que sea singularizarnos, chocar con el medio ambiente por hacer las cosas de un modo distinto al usual, hay que evitarlo siempre. En la vida pública y en la vida profesional, lo mismo que en los detalles de la vida ordinaria, hemos de proceder con absoluta naturalidad. Llamar la atención, adoptar actitudes raras es contrario a nuestro espíritu. Cuando se llegue al otro lado, repetid a todos que sigan el camino que les marcan sus condiciones, su situación, su edad, etc.

Hemos de obrar como los demás, iguales a nosotros. Hemos de vivir normalmente, naturalmente. Estamos en el mundo para renovarlo, para traerlo a Cristo; somos del mundo y ahí nos desenvolvemos, y hemos de ser parte integrante de todas sus clases y esferas, también para que no se nos considere nunca cosa separada, seres extraños, porque ese ambiente es el de cada uno de nosotros.

Repetimos, ahora, en estas circunstancias, nuestra recomendación de siempre: singularizarse, no; sencillez, naturalidad en todo momento, que no significa comodidad ni ser mundanos.

NACIDOS DE DIOS (*)

(24-VI-1937)

J. M. Escrivá, fundador del Opus Dei

(*) A finales de junio de 1937, el Beato Josemaría predicó un curso de retiro espiritual al pequeño grupo que le acompañaba en su refugio del Consulado de Honduras. El lugar material de aquel retiro fue la pequeña habitación que el Fundador del Opus Dei compartía con cinco personas. Así describía la escena en una carta enviada a sus hijos de Valencia. Como en toda la correspondencia de esa época, sometida a la censura del gobierno, utiliza giros y términos que sólo los destinatarios de la carta pudiesen entender, para no comprometer a nadie si la misiva caía en manos ajenas. Decía: "¿Os acordáis de aquellos encierros de los niños, en casa del abuelo [los días de retiro espiritual en la Residencia de Ferraz], sin más recreo que la azotea? Pues así estamos aquí -venciendo mil inconvenientes- desde la tarde de hoy, jueves, hasta el próximo domingo. Poco, pero no puede ser más. Y algo es algo. ¡Si vierais a Josemaría charlando sentado en un colchón, sin más vestimenta que el pijama, y, por mesa (para el retrato [el crucifijo] y el reloj), apoyando sus patitas sobre un cajón de embalar! Sin embargo, espero que nos divertiremos mucho, y sacaremos el fruto que se debe de estas charlas" (*Carta a sus hijos de Valencia*, 24-VI-1937; AGP, RHF, EF-370624-1).

Por causas ajenas a su voluntad, ese retiro empezado el jueves 24 de junio se interrumpió enseguida, y sólo pudieron reanudarlos los días 27 y 28 del mismo mes. En total, poco más de dos días, como se dice en otra carta: "Ya acabó el intento de retirar del bullicio a los nenes. Imposible. Dos días, mal contados. Y eso, charlando a todo charlar (...)" (*Carta a sus hijos de Valencia*, 1-VII-1937; AGP, RHF, EF-370701-2).

En este texto y en los siguientes se recogen las anotaciones de esos días de retiro.

...qui non ex sanguinibus, neque ex voluntate carnis, neque ex voluntate viri, sed ex Deo nati sunt (116). A los que le recibieron, les dio la potestad de hacerse hijos de Dios, los cuales no nacen de la sangre, ni de la voluntad de la carne, ni de querer de hombre, sino que nacen del mismo Dios.

(116). *Jn* 1, 13.

Si de un modo habitual, en estos retiros, procurábamos notar el contraste entre el mundo exterior y el hombre que se esconde dentro de sí mismo para pensar en Dios y en su alma, hoy advertimos que este contraste es más radical, más profundo; el odio a Jesucristo que hay fuera, contrasta con nuestro deseo de servirle y amarle; la inquietud, la fiebre exterior, con nuestra paz interior; la disipación y la agitación externas, con nuestro recogimiento, con nuestros deseos de conocerle y de conocernos.

Sin embargo, es muy fácil que ese desorden, que la terrible revolución actual ha provocado, nos haya contagiado de algún modo. Humanamente hablando era imposible evitar que, por las junturas de nuestro espíritu, se introdujera una parte de la polvareda que esta tremenda sacudida ha levantado. Pues bien, nosotros, ahora, vamos a pasar un paño sobre esa superficie oscurecida de nuestra alma, para darle el brillo que Dios quiere. Trataremos de borrar las salpicaduras que nos han llegado del exterior; porque yo espero de la bondad del Señor que, de nuestro contacto con la suciedad de fuera, sólo hayan podido tocarnos las salpicaduras.

Recordaremos ahora un símil que hemos utilizado otras veces: el del viaje. Cuando una diligencia, por camino carretero, va hacia un destino cierto, ¿qué decide al encontrarse, en las distintas etapas del viaje, en mal estado de funcionamiento? Pues cambiar el tiro, colocar de nuevo el equipaje sacudido por el traqueteo del carruaje, inquirir noticias de aquella cuadrilla de bandidos que vaga por los alrededores... Nosotros hemos de hacer lo mismo; también en nuestro viaje -el viaje de la vida- necesitamos dar un parón de vez en cuando, reponernos, vigilar a los enemigos que acechan para atacarnos ya en cuadrillas -abiertamente-, ya uno solo, de modo solapado. Necesitamos renovar nuestro propósito de seguir sin vacilaciones el camino nuestro, nuestros deseos de luchar y de vencer.

Militia est vita hominis super terram (117). Sí: para vencer, tenemos que luchar. Sólo tras esta lucha, nuestra fe se afirmará hasta ser invencible, y crecerá más recia nuestra esperanza, y arderá con más fuerza nuestro amor: este amor que, pese a todo, nunca ha cesado de latir en nuestro corazón.

Vamos, pues, a esmerarnos en el cumplimiento de todos nuestros deberes, hasta de los que parecen menos importantes; vamos a aumentar nuestra paciencia en las contradicciones de cada instante, a cuidar los pequeños detalles. Hemos de hacer más vigoroso nuestro esfuerzo por mejorar; para eso, respondamos a Dios en las pequeñas luchas en que Él nos espera. ¿Por qué quedarse resentidos en los roces con caracteres distintos y opuestos, tan propios de la convivencia cotidiana? ¡A luchar, a vencer sobre nosotros mismos!; ahí es donde nos aguarda Dios.

(117). *Job* 7, 1.

¿Qué podemos alegar para cruzamos de brazos? ¿Que somos débiles, incorregibles, ignorantes? Pues, así como somos, nos ha elegido Dios para que nos santifiquemos, cumpliendo la misión que Él nos señala. Pero recordad, además, -aunque el suceso es distinto completamente, y también los caminos-, los ejemplos del pasado. En la Edad Media, un hombre débil, Domingo de Guzmán, vence a la revolución que iba a desquiciar a Europa. En la Edad Moderna, frente a aquellos hombres doctos -sabios- que se habían rebelado contra Roma y habían hecho pedazos su manto imperial, frente a Lutero y a Calvino, se alza una mujer, escondida en un convento de Castilla, sin ciencia humana, sin poder, y los derrota (118). ¿Y aquel cojo, sopista en Alcalá, que provoca la risa de todos porque, a sus años, tiene que sentarse con los niños a aprender la Gramática? Luego, en París, ese cojo, *el hombre del saco* (119), es despreciado, abandonado por los que le prometían su colaboración; ¿y qué? Él sigue adelante y da a Dios aquel instrumento de su gloria, que es la Compañía de Jesús. No caben, pues, las excusas de nuestra flaqueza.

Pensemos, concretamente y sobre todo, que con nuestra fidelidad o con nuestro descuido podemos acelerar o retardar la marcha de esta Obra, que es una manifestación maravillosa de la misericordia de Dios con los hombres. ¡La Obra! No la conocéis, no sabéis lo que tenéis en vuestras manos. Quizá cuando seáis viejos os deis cuenta de lo que significa. Pero ahora considerad que el Señor os ha concedido la merced de elegiros para ser los primeros anillos de una cadena, cuyo último eslabón lo pondrá Dios mismo en el postrer día de los siglos. Debéis, pues, ser fuertes y duros como el acero, con los ojos en los que nos habrán de seguir, continuando hasta el fin del mundo nuestra misión. Pensando en ellos, en la Obra, tiene que robustecerse nuestra

fortaleza. Para la misión que Dios nos ha encargado es preciso luchar, luchar sin descanso. Así seremos hijos del Padre celestial, que nacen no de la sangre, ni de la voluntad de la carne, ni del querer de hombre, sino de Dios.

(118). Se refiere a Santa Teresa de Jesús.

(119). De este modo llamaban a San Ignacio de Loyola en Manresa, adonde se retiró por algún tiempo, después de su conversión, por ir vestido con un saco.

ORAR SININTERRUPCIÓN

(24-VI-1937)

El mejor libro de meditación es el Evangelio, el Nuevo Testamento en su totalidad. Abrámoslo ahora y contemplemos, en los Hechos de los Apóstoles, el modo de vivir de los primeros cristianos.

La Iglesia sufría entonces terrible persecución, como en este país la padece en nuestros días. Su Cabeza visible, Pedro, acababa de ser detenido. Tres piquetes de soldados le custodiaban en prisión, cargado con dos cadenas. La guardia lo vigilaba incesantemente, y hasta en su sueño estaba custodiado por dos soldados.

¿Qué podían hacer los primeros cristianos para defender a su primer Papa? La mayor parte de ellos eran gente sin influencia alguna; y los que la tenían, no podían usarla. Pero San Lucas no deja de consignarnos la conducta de aquellos primeros hermanos nuestros. Dice: *oratio autem fiebat sine intermissione* (120). Oraban sin cesar. Toda la Iglesia, en pie, con los brazos en alto -en actitud de oración-, clamaba a su Dios. ¿Cuáles fueron los resultados de esta conducta? Por la noche, en la prisión de Pedro, un ángel se aparece en su celda, le despierta y le avisa: *surge, velociter* (121); levántate deprisa, vístete

y cázate. Las cadenas se quebrantan, se franquean las puertas de la prisión, y el Príncipe de los Apóstoles sale de su encierro.

Este hecho, que constituye como el entramado de nuestra meditación, nos muestra bien a las claras, de una parte, el modo de obrar de las almas cristianas, amantes de Dios; de otra, cómo responde el Señor a los que se le dan y esperan en Él.

Llenos de fe y de paz, en su necesidad, aquellos primeros cristianos rezaban. Y nosotros, ¿tenemos la seguridad de haber orado en los trances difíciles con aquella intensidad, con aquella perseverancia que requería el caso? ¿No habremos flaqueado? Ahora, cuando tantos peligros nos cercan, cuando nos vemos asediados por tantas dificultades, ¿estamos todo el día pendientes de Dios, pidiéndole lo más conveniente para su gloria? ¿Le repetimos, en el fondo de nuestro corazón, al ver la prolongación de esta prisión voluntaria: Señor, lo que Tú quieras, yo lo quiero? Quedarnos aquí, marchar..., ¿qué más da? Somos tus hijos, que no desean sino cumplir tu Voluntad; aquí estamos, Dios mío, dispuestos a obedecerte. Y, simultáneamente, te suplicamos lo que juzgamos mejor para dirigir a Ti toda la gloria y para el bien de nuestros hermanos. Orando sin cesar, ¿qué puertas no se nos abrirían, qué obstáculos no cederían?

(120). *Hech 12, 5.*

(121). *Hech 12, 7.*

¡Orar! Estos serían *los modos* de Jesucristo. Tradición viva, que no ha de perderse en la Obra. No sólo la primera guardia, la de la puerta de esta casa, sino la segunda, la de las fronteras, se nos abrirá de par en par si insistimos en la oración, como los primeros cristianos. Recemos con humildad, con fe, con perseverancia. No olvidemos además el papel del Ángel Custodio para que Dios atienda favorablemente nuestras súplicas. ¿Qué trato, qué amistad mantenemos con nuestro Custodio? ¿Hemos procurado encomendar a las personas que se alojan en esta casa, rezando a los Custodios que les acompañan? Es éste un deber de caridad inexcusable. Solicitamos a nuestro

Ángel, al que por bondad de Dios es nuestro compañero, que nos libre de las pequeñas ataduras que aún nos ligan al mundo y a la carne: esas pequeñeces del amor propio, de la soberbia, del desorden, de la pereza... Roguémosle que nos vuelva más diligentes en el cumplimiento de nuestros deberes actuales, más atentos a obedecer, más esforzados en la lucha contra nuestros defectos. Y, sobre todo, supliquémosle que nos ayude a abandonar toda complacencia y toda confianza en las cosas mundanas, que nos volvamos a Cristo y nos abandonemos perfectamente en sus manos, encontrando nuestra paz en el exacto cumplimiento de su Voluntad.

Saquemos de esta oración el propósito de renovar la confianza con nuestro Custodio y con los de las personas con quienes hayamos de sostener algún trato.

DEBERES

(27-VI-1937)

1) En la presencia de Dios, quiero considerar mis deberes. Pienso que entre los primeros está mi labor en la Obra. Voy, pues, a preguntarme, y a responderme con sinceridad: ¿qué he hecho yo hasta ahora por la Obra? ¿Cuál ha sido mi conducta desde que comencé hasta este momento? No basta decir: "yo sirvo, yo me he entregado"; es necesario considerar hasta qué punto es esto una realidad. Mi examen ha de ser muy en la presencia de Jesús.

La meditación se vuelve aquí íntima, particularísima; no puede una voz hablar por todos. Adéntrese cada uno en sí mismo y mire, no con ojeada superficial, sino con mirada honda, detenida. Deténgase cada uno en su meditación. ¿Cómo me he dado a la Obra? ¿Qué podía haber hecho y qué he hecho? Me acuerdo de la parábola de las vírgenes (122). Mi lámpara debía haber estado siempre encendida: ¿lo ha estado realmente? Pienso en la

maldición de Jesús a la higuera estéril: ¡y no era tiempo de que produjese fruto! (123). Mis frutos sobrenaturales han de ser continuos. ¡Desgraciado de mí, si Dios viene en busca de mi consuelo, de mi oración, de mi amor, y yo le cierro mi puerta! Pienso todavía en la parábola de los talentos (124). ¿Qué engaño cometía el que recibió un talento y lo devolvía íntegro? No se quedaba con nada... Pero lo veo claro: Jesús pide más, Jesús nos pide más. ¿Qué le he dado yo?

(122). Cfr. *Mt* 25, 1-13.

(123). Cfr. *Mc* 11, 13.

(124). Cfr. *Mt* 25, 14-30.

Un propósito firme: pedir la luz de Dios, para examinar cuál es mi situación actual en la Obra, para cumplir mejor mi deber.

2) ¿Cómo he de cumplir mis deberes? Parece que Jesús me dice: "¡Tonto! ¿No estoy Yo aquí?". Es cierto, Dios mío: ¿no eres Tú mi luz? Ilumíname sobre mis obligaciones. Yo no he de hacer otra cosa que renovarte mi voluntad de entrega. Mi Madre será -otra vez- mi ejemplo. Ella afirma: *ecce ancilla* (125); yo reitero desde el fondo de mi corazón, para todo lo que me pidas: *ego servus tuus* (126): aquí está, Señor, tu esclavo. Dios mío, quiero estar alerta, en espera de tu mandato; en cuanto lo oiga, acudiré diligente y repetiré las palabras de Samuel: *ecce ego, quia vocasti me* (127); aquí estoy, Señor, porque me has llamado.

En estas tres respuestas se resume, Señor, mi deseo de entregarme en tus brazos, para cumplir perfectamente tu Voluntad. Y vuelvo, Dios mío, a rogarte que me marques claramente mi puesto en la Obra: ahora, durante este castigo de la revolución, y después, en la normalidad.

(125). *Lc* 1, 38.

(126). *Sal* 115, 16.

(127). 1 *Sam* 3, 9.

3) Pero debo servir aquí en la Obra -que esto se me clave bien en el espíritu- con hechos, con realidades, no con palabras. Hechos...; pero ¿habré de esperar a que llegue una ocasión grande, extraordinaria? ¿Cuáles han de ser estas realidades? ¿Será preciso llevar a cabo importantes trabajos, soportar sufrimientos tremendos, realizar esfuerzos heroicos, sublimes? Si llega la ocasión, ¿por qué no? Pero en tanto llega, aquí, al alcance de mi mano se me ofrecen mil detalles en qué servir a Dios en la Obra. Esto es indudablemente lo que ahora el Señor me exige; no me he de imaginar que le sirvo, si desprecio las ocasiones pequeñas, humildes, que se me presentan, por anhelar la realización de un sacrificio, de un servicio extraordinario e imposible. Éste es el servicio real, efectivo, que el Señor espera que le preste: esta pequeñez que, con ser tan chica, cuesta tanto.

Vamos a resistir en estas minúsculas luchas, sin olvidar que el enemigo no ha de atacarnos abiertamente, en cosas de categoría, porque le rechazaríamos fácilmente. Nos tentará en las pequeñeces; y ahí nos aguarda Dios. En la paciencia, en esos alfilerazos, en esas humillaciones... Éste es el camino: cuidar las cosas pequeñas.

AMOR A LA MADRE DE DIOS

(27-VI-1937)

Vamos a contemplar en el Evangelio la figura de nuestra Madre, la Virgen. La vemos, primeramente, en Nazaret, entregada en las tareas de familia. San José, Custodio de Jesús y de María, es un fiel devoto de Nuestra Señora. Allí, la existencia de la Virgen se desarrolla normalmente, con entera naturalidad; no llama la atención ni con sus maneras, ni con su conducta.

Más tarde, la vemos intervenir en un acontecimiento de la vida de Jesús y provocar su primer milagro (128). Con ese prodigio de las bodas de Caná, se manifiesta la omnipotencia suplicante de la Virgen.

La encontramos, después, junto a la Cruz, de pie, sufriendo como mujer recia los tremendos dolores de Madre del Crucificado. Oímos las palabras de Jesús, que declaran para siempre su maternidad sobre todos nosotros: *Mujer, he ahí a tu hijo* (129).

(128). Cfr. *Jn* 2, 1-12.

(129). *Jn* 19, 26.

¿Y después de la muerte del Salvador? María es la Reina de los Apóstoles; se encuentra en el Cenáculo y les acompaña en la recepción de Aquél que Cristo había prometido, del Paráclito (130); les anima en sus dudas, les ayuda a vencer los obstáculos que la flaqueza humana pone en su camino: es guía, luz y aliento de aquellos primeros cristianos (131), La veo, en fin, como español y aragonés, visitando al Apóstol Santiago y a sus siete compañeros y dejando, como recuerdo de su presencia, una columna de granito que está en el origen de una de las más antiguas iglesias marianas del mundo.

Los primeros cristianos, a los que hemos de acudir siempre como modelo, dieron un culto amoroso a la Virgen. En las pinturas de los tres primeros siglos del Cristianismo, que se conservan en las catacumbas romanas, se la contempla representada con el Niño en brazos. ¡Nunca les imitaremos bastante en esta devoción a la Santísima Virgen!

Nosotros, además, le estamos obligados muy especialmente. Nuestra Señora ha sido singularmente buena con la Obra, ha tenido con nosotros ternuras de madre. En momentos no de desaliento, pero sí de ansiedad, Ella se dignó mandar ayudas y consuelos extraordinarios. Y cada uno de nosotros, si repasa en su memoria, ¡cuántos favores y gracias encontrará, que le han venido por su intercesión! La consecuencia que hemos de sacar es clara: redoblar nuestro amor a la Madre de Dios, apoyarnos con más confianza en su poder, hacer más asiduo y atento nuestro trato con Ella.

(130). Cfr. *Hech* 2, 1 ss.

(131). Cfr. *Hech* 1, 14.

Recordad que en la Obra tenemos *tres grandes amores*: el de Cristo, el de su Madre y el del Papa (132). Quisiera que, desde ahora, con motivo de esta charla, adquirieseis una costumbre -será una de nuestras Costumbres-, teniendo entendido que el no cumplirla no se puede considerar como pecado, ni venial, ni siquiera como falta. Pero el que la olvide lleva camino de no amar el buen espíritu. La Costumbre será ésta: rezar todos los días a Nuestra Señora tres Avemarías, de rodillas y con los brazos en cruz, siempre que sea posible, para que conceda el don de la pureza a todos los de la Obra.

Abandonaos, pues, más y más en nuestra Madre Santa María; confiad más y más en su auxilio. Haced el propósito de acudir a Ella, no sólo en los grandes peligros de la vida espiritual, sino en las luchas cotidianas con nuestro enemigo. Yo sé que con este propósito, aunque en el momento del trance os olvidéis de suplicarle, obtendréis sin embargo su ayuda.

(132). Lo había escrito ya en una Instrucción de 1934: "Cristo; María. El Papa. ¿No acabamos de indicar, en tres palabras, los amores que compendian toda la fe católica" (Instrucción, 19-III-1934, n. 31)

CIERTA E INCIERTA ES LA MUERTE

(28-VI-1937)

1) Cierta e incierta es la muerte. Cierto es que hemos de pasar por ese trance; incierto el momento en que nos arrebatará de este mundo. También sabemos que la muerte nos ha de llegar *semel* (133), una sola vez. Nuestra composición de lugar en esta meditación será vernos a nosotros mismos

difuntos; la petición, el conocimiento de la fugacidad e insignificancia de las cosas de este mundo, y el deseo exclusivo de las cosas eternas.

Sí, es cierto que hemos de morir y que la muerte ocurrirá sólo una vez, no conocemos cuándo. ¿Dentro de unos años, de unos días? Es lo mismo: llegará un momento en el que nos convirtamos en un montón de carroña, que todos desearán alejar de su vista, aun los que más nos amaban en la tierra. ¿De qué nos servirán entonces los honores y los placeres que hayamos gozado en el mundo? Luego si todo debe acabar ahí, el pensamiento de la muerte ha de matar en mí las tres concupiscencias: la del dinero, la de la carne, la de la ambición (134).

(133). Cfr. *Hebr* 9,27.

(134). Cfr. 1 *Jn* 2, 16.

El dinero: ¿de qué me servirá, cuando muera, haber sido dueño de todo el oro de los bancos, de las joyas más preciosas, de los palacios más espléndidos? ¿De qué me valdrá eso en aquel trance? Para que me compren, a lo sumo, cuatro tablas en que enterrarme. ¿Qué ha de parecerme la sensualidad, considerada a la luz de la muerte? Nada: miseria, podredumbre. ¿Y el amor de las criaturas? Allí se acabará también; sentirán en el primer momento nuestra muerte los que nos aman; luego se olvidarán, se consolarán, acabarán por encontrar oportuno nuestro fin. ¿La familia? Nos recordará los primeros días, en el primer aniversario con menos intensidad, y después... nada. No somos nada; para nada, para nadie somos necesarios. ¿Y nuestras ambiciones? Por mucho que hayamos soñado y por mucho que en la realidad hayamos logrado, tendrán que terminar detrás de una lápida. Y allí, las letras rituales: RIP. Que descanse en paz, si es que ganó el descanso. Todo ha de terminar así.

2) Al pensar de este modo, nos viene quizá un sentimiento de desconsuelo. ¿Estamos solos entonces? ¿Pasamos por la tierra sin dejar huella? La respuesta es: no, no estás solo. Tienes tus obras que te siguen como cola de manto de corte, si fueron buenas; como cola de inmundito reptil, si fueron malas. Si fuiste apóstol, tú no estás solo; tus obras santas irán dando testimonio de ti. Además te acompañarán las oraciones de tus hermanos en la Obra, facilitando tu entrada en la mansión eterna y alcanzándote más gloria en el Cielo. Sabéis que nosotros hemos cultivado siempre una especial veneración por el dogma

de la Comunión de los Santos. Nunca, ¡nunca!, nuestros hermanos vivos o muertos han de sentirse aislados. Por su mejoramiento, por su salvación, hemos de acudir a la oración y al sacrificio. Ayudémosles, desde lejos, a sobrellevar los peligros, las tentaciones de esta vida que, con ser tan corta, es tan engañosa y tan dura. Pero sírvanos esto de consuelo: la muerte, nuestra amiga la muerte, está cerca para facilitarnos el camino.

Sí, la vida es irremediablemente corta; apenas un sueño del que uno se despierta para gloria eterna o para pena eterna. Los poetas sintieron fuertemente esta brevedad de nuestro caminar, y comparaban su duración a la de un relámpago. Pues si éste es el lugar de nuestro destierro, si aquí hemos de ser acrisolados, corta es nuestra prueba. Miserablemente pasajeros serán los goces que aquí queramos granjear. Cuando no hayamos aún empezado a saborearlos, se nos habrá acabado el tiempo, como se va de las manos el agua que recogimos de un regato. No pongamos nuestra esperanza en los consuelos de aquí abajo; se los llevará con nuestra existencia la muerte, como se lleva el viento a la nube que por un momento permanece en el cielo. Apenas habrá sido nuestro deleite como un rayo de sol que se esfuma cuando casi no ha brillado. Todo se dirige inevitablemente hacia ese océano sin fondo de la muerte. *Nuestras vidas son los ríos / -decía el poeta- que van a dar a la mar, que es el morir* (135). Todo pasa y todo se acaba. ¿Nos asiremos a lo que no perdura, creemos en lo que no es sino un pobre sueño? ¿Miraremos todavía a la tierra, cuando todo aquí abajo es ilusión caduca antes de nacer?

3) Aún queremos insistir en el pensamiento de la muerte, para matar más y más nuestra soberbia. Sí, tú pasarás; pronto nadie se acordará de ti. Porque tú, ¿qué eres? Pregúntate: ¿para qué eres necesario? ¿Qué significas en el mundo, en Europa, en Madrid, aquí, en esta casa? ¿Qué rueda se parará cuando tú mueras? Otros ocuparán tu lugar; tú no eras imprescindible. Desengáñate, si pensabas que eres necesario para algo. Nada, no eres nada. Pero con tu insignificancia ocupas un lugar en el Corazón de Dios. Volvámonos, pues, a Él como el hijo pródigo a su Padre (136). Nuestro sitio seguro está allí. En la tierra pasaremos como sombras, en medio de miserias y trabajos, y las gentes nos olvidarán. Pero será para gozar eternamente, en nuestro Padre-Dios, de la gloria a la que su piedad nos llama. Y, por la Comunión de los Santos, espero de mi Dios que en la Obra nos recuerden siempre.

(135). Jorge Manrique, *Coplas por la muerte de su padre*.

(136) Cfr. Lc 15, 17-19

OPORTET SEMPER ORARE

(28-VI-1937)

La oración, su eficacia, su necesidad... Todo esto queremos considerar en esta meditación.

Oportet semper orare (137), decía nuestro Salvador. ¡Qué ejemplo nos da, orando día y noche y, de modo más patente, antes de todos los momentos importantes de su vida! Ora antes de elegir sus Apóstoles, antes de realizar sus milagros, en el Huerto antes de su Pasión, en la Cruz. La Anunciación sorprende a Nuestra Señora en oración; con oración, con la súplica a Jesús, consigue el primer milagro de su Hijo; en oración estaban con Ella los Apóstoles, cuando descendió sobre sus almas el Consolador.

Al contemplar en estos ejemplos la necesidad y conveniencia de la oración, ¿no tendremos que reprocharnos nosotros alguna cosa? Si nos examinamos con profundidad, veremos que no hemos sido fieles a la meditación, que a veces hemos cercenado el tiempo, que hemos ido a rezar sin interés. ¡Y cómo nos juzgaremos, si nos miramos en el ejemplo de los primeros cristianos! Aquéllos no tenían tiempo ni lugares para orar; en las épocas de persecución, durante las noches se esconden en cementerios -en catacumbas- para elevar su corazón a Dios. *Dominus illuminatio mea et salus mea: quem timebo?*(138). ¿A quien temeré, si el Señor es mi salud y mi luz? ¿Pero cómo hallar esta salud y esta luz, sin ponerse en contacto con Dios por medio de la oración?

¡Qué buena es la oración vocal para lograr esta unión con Dios, que derrama en nosotros su luz y su vida! Pero también la oración mental y la meditación son necesarias.

¿Qué es la oración mental? Hemos hablado tanto sobre este tema, que nadie, para no practicarla, puede alegar que no la conoce. Ninguno, después de tanta plática, después de tanta meditación, puede decir que no sabe cómo orar, que no está en condiciones... Dejaremos de lado los modos de tratar a Dios, pero sí haremos hincapié en recomendar la oración de afectos. Ésta es verdadera oración. Cuando sintáis que vuestro corazón se derrama en el Señor, dejadle que siga por ese camino. Todo, en la oración, debe conducir a eso; a que el alma, en presencia de su Creador, le hable con amor y confianza.

(137). *Lc 18, 1.*

(138). *Sal 26, 1.*

Son absurdas e inadmisibles las excusas que muchos se inventan para abandonar la oración. Hay quien afirma: no hago oración porque no sé, porque no soy capaz. Repito que a nadie, que haya escuchado al menos una pequeña parte de lo que habéis oído hablar vosotros de oración, cabe refugiarse en esa justificación. También hay quien insiste en que no ora porque no tiene libros. ¿Acaso es necesario un manual para conversar con Dios? En esas épocas en que acudir a la oración mental representa un enorme trabajo, puede tomarse como auxiliar un libro: las verdades que se leen, al ayudar a discurrir al entendimiento, provocan el movimiento de la voluntad. Pero ese movimiento es perfectamente posible sin el instrumento del libro: ya hemos insistido en que la verdadera oración consiste en la unión de nuestra alma -entendimiento y voluntad- con Dios, que nos habla y se nos entrega.

Otros alegan que les falta la tranquilidad para dedicarse a la oración. Es como un círculo vicioso. No la tienen porque no oran, pues la paz interior es consecuencia de la oración.

Otros afirman que les es imposible orar, porque carecen de salud; pero yo no veo que se requiera tanta salud para hablar un rato con Dios. Precisamente, quien lleva sus dolores con pureza de intención, puede estar manteniendo una oración continua.

No, no hay que admitir las excusas para dejar de lado la oración. Seamos sinceros. Todas las excusas se reducen a ésta: ¡no quiero hacer oración! Y, sin embargo, la oración -repitémoslo una vez más- es indispensable para un cristiano.

¿Qué propósitos formularemos como consecuencia de esta convicción? Éste es el propósito: acudir a la oración a hora fija, con tiempo fijo. Que cada uno lo concrete en su interior, ofreciéndolo a Dios por medio de nuestra Madre.

AMOR A CRISTO EN SU PASIÓN

(28-VI-1937)

Vamos a revivir algunas escenas del Evangelio, durante esta oración. En la petición final, rogaremos que se nos conceda un fuerte amor a Cristo.

Nos hallamos en la casa que la diligencia de Pedro y de Juan había dispuesto para la Última Cena. Jesús se ha levantado de la mesa donde celebra con sus discípulos la Pascua; requiere agua, una toalla y, con gran sorpresa de todos, se dispone a lavadles los pies. Pedro protesta y quiere evitarlo; pero, ante la insistencia de Jesús, se somete enseguida: *¡Señor, no sólo los pies, sino las manos y la cabeza!* (139). Líbrenos Dios, con este ejemplo, de falsas humildades, de falsas virtudes que, en realidad, no son sino obstáculos al obrar del Señor.

Seguimos a Jesús en su Pasión, que va a comenzar. Le vemos en el Huerto de los Olivos, donde se recogía para orar con sus discípulos. Los dolores inenarrables de la Pasión han comenzado. Todos nuestros pecados pesan sobre Cristo; sobre Él cae el rubor que nosotros hemos rechazado, Él sufre la pena a que nuestros pecados nos han hecho acreedores. Su sudor es ya sangre (140), y sus palabras muestran mejor que ninguna otra cosa la intensidad de su sufrimiento: *¡Padre, si es posible, pase de mí este cáliz!* (141).

Mientras tanto, sus discípulos, a los que ha ido a buscar, duermen. Nosotros, Jesús, nos atrevemos a pensar que no nos hubiéramos dormido... Pero ya se oye una algazara que despierta a todos. Los soldados y los criados del Pontífice vienen a prender a Jesús. Es el Maestro quien se adelanta. *¿A quién buscáis? Respondiéndole: a Jesús Nazareno. Díceles Jesús: soy Yo* (142). No han podido resistir la voz de Cristo y caen derribados por tierra (143). Pero Jesús se deja conducir al martirio, como oveja al matadero (144).

Insultos en las casas de Anás y de Caifás. Escarnios y burlas en casa de Herodes. Cobardía de Pilatos... Y la flagelación, y la coronación de espinas.

Estamos ahora en el camino del Calvario, por donde Cristo arrastra su Cruz. ¿Vamos a permitir que la lleve solo? Si el mundo se ha de redimir por el sufrimiento, ¿por qué ha de ser únicamente Jesús quien padezca? No, carguemos también nosotros con nuestra cruz -esa cruz que han de abrazar todos sus seguidores (145)- y unamos nuestro dolor al de Nuestro Señor para la redención del mundo. Seámosle fieles en el sufrimiento y que Él nos conduzca al Calvario para morir con Él. Muramos, sí, y adquiramos una nueva vida después de esta muerte en Cristo y con Cristo.

(140). Cfr. *Lc* 22, 44.

(141). *Mt* 26, 39.

(142). *Jn* 18, 5.

(143). Cfr. *Jn* 18, 6.

(144). Cfr. *18* 53, 7.

(145). Cfr. *Mt* 16, 24.

¡No seas Tú sólo, Señor, el que padece y el que muere! Acepta nuestro deseo: queremos sufrir Contigo por la salvación de nuestros hermanos, queremos morir en tu Cruz y resucitar para gozarte a Ti eternamente en la verdadera Vida: a la Cruz y a la gloria nos llama nuestra vocación de cristianos.

La Cruz ya está erguida. Los hierros cosen al madero la carne del Redentor. La sangre gotea del entero cuerpo llagado. Contemplando todo esto hay dos personas, las más allegadas en la tierra a Jesús: la Madre y el discípulo. Para ellos -y para nosotros- suena antes de morir la voz de Cristo: *Mujer, he ahí a tu hijo. He ahí a tu Madre* (146). Después de esto, ¿no nos vamos a considerar verdaderamente hijos de Nuestra Señora? A ti nos dirigimos, Madre nuestra, pidiéndote que nos hagas dignos de este honor; que, en lo sucesivo, sepamos comportarnos como verdaderos hijos tuyos, y que nuestro amor y nuestro trato contigo crezcan de día en día; que te encontremos en nuestro camino, a la hora de la amargura; y, en nuestro Calvario, a la hora de los sacrificios costosos.

Ha muerto ya el Redentor. Este cadáver que descuelgan Nicodemo y José de Arimatea, lívido, sin una gota de sangre, es la Víctima de nuestra maldad. Fueron nuestros pecados los que le mataron. No bastará, por eso, todo nuestro llanto para embalsamarlo dignamente. Pero los afectos, que suben del corazón ante Jesús muerto, no son para expresarlos en voz alta. Dígaselos cada uno a este Dios que nos escucha y forme, en su presencia, los propósitos que considere oportunos.

(146). *Jn* 19,26-27.

CONGREGAVIT NOS IN UNUM CHRISTI AMOR

(28- VI -1937)

1) El Amor es el motor de todas las actividades de la Obra. Estamos en casa de Marta y María, con Lázaro, acompañando a Jesucristo. Le hablamos

de nuestras ansias de inmortalidad..., de nuestros deseos de hacer perenne nuestro trabajo. Es menester que sea fecundo nuestro espíritu, con fecundidad personal de buenas obras, y con fecundidad de proselitismo cristiano, de apostolado.

2) Con luz clara, consideramos a un hombre aislado, en el que ponemos todas las perfecciones imaginables: sabiduría, poder de imperio, riqueza... Este hombre pasa. Su labor, más o menos pronto, pero pronto, pasa también. A lo más, quedará en el recuerdo de las otras criaturas, con un brillo quizá estéril.

En cambio, muchos hombres unidos, ¡qué fuerza suponen!: fraternidad. *Congregavit nos in unum Christi amor* (147). Nos reunió en uno el amor de Cristo. Somos -diluidos en la sociedad, sin diferenciarnos de los de nuestra clase y condición- como el azúcar, que se diluye en el agua y le da su sabor. Somos levadura; mejor, una familia. *Quam bonum et quam iucundum habitare fratres in unum!* (148). ¡Qué bueno, qué hermoso vivir los hermanos como uno solo!: con la misma Sangre eucarística de Cristo en sus venas, con idéntica vibración en el apostolado, con iguales latidos de amor en sus corazones.

147. Himno Ubi caritas.

Afectos, petición de vocaciones.

3) Habla Jesús, y de sus labios sale la parábola de la vid y los sarmientos: el sarmiento separado de la vid se seca, y será echado al fuego; y el que está unido a la vid sufrirá la poda, *ut fructum plus afferat* (149), para que dé más fruto.

En el camino del cristiano, el de cada uno de nosotros, ¡cuántas luchas interiores, cuántas humillaciones, cuánta incompreensión! ¡Qué huracanes se alzan!: el brillo de los honores y del mando, la atracción del oro, la carne en racimo jugoso y maduro... Y tantas pequeñeces, cada día, que se agrandan en

un momento hasta parecer cordilleras ingentes, que no vamos a poder superar. Intranquilidad, zozobra, disgusto de uno mismo y de lo que nos rodea.

Mira, hijo, es la hora de acordarte de la vida: examínate, para considerar si ese disgusto, esa zozobra y esa intranquilidad, no son por ventura -por desventura- los comienzos del frío de la muerte, porque tú -que eres sarmiento- te has desgajado de la vida, te has apartado de la cabeza.

(148). *Sal* 132, 1.

(149). *Jn* 15, 2.

Si, una vez examinado, concluyes que estás unido con sencillez y fidelidad a quienes llevan la carga de la dirección de la Obra, quédate tranquilo: porque es seguro que esta trabazón te une a Cristo, y eres sarmiento vivo y fructífero. Lo que sientes es el corte de la tijera de podar. Alégrate: Jesús te pide más. Tu dolor será fecundo: darás más fruto.

¿Temor al enemigo? Recuerda aquellas palabras de la Escritura, en las que nos dice el Señor que nos cubrirá y guardará con sus alas como la gallina a sus polluelos (150).

-Barruntos del camino de infancia. -Afectos. -Visión de la Obra. - Propósitos de sacrificio.

(150). Cfr. *Lc* 13, 34.

AFÁN DE ALMAS

(28-VI-1937)

Laqueus contritus est, et nos liberati sumus (151); el lazo ha sido roto y hemos quedado libres. Ante la imposibilidad actual de seguir los ejercicios como queríamos, renovamos el propósito de acudir a esta medida de formación en cuanto sea posible. ¡Pero ni siquiera es posible un retiro corriente! (152).

En ésta, que debiera ser plática de perseverancia, más bien haremos un -examen que inquiere si hemos realizado la limpieza necesaria para quitar el polvo y las salpicaduras de la revolución, que el enemigo metió en las junturas de nuestro carácter, en nuestras almas.

¿Pero vamos a preocuparnos de nosotros solos? No. Pensamos en los demás: en nuestros hermanos. Y en tantos otros más. ¿Nos atreveremos a cerrar nuestros oídos a la voz del Maestro: *alias oves habeo!* (153), tengo otras ovejas que no son de este rebaño..., y conviene traerlas? Pensamos en los que han entrevisto la Obra y los sabemos bien dispuestos: los encomendamos. Pedimos que vengan tantos otros, que todavía no conocemos, pero que están predestinados para vivir nuestra fraternidad.

(151). *Sal* 123, 7.

(152). Se nota, en estas palabras, la pena del Beato Josemaría ante la enorme dificultad de hacer un retiro espiritual, en aquellas circunstancias, con tantas personas alrededor.

(153). *Jn* 10, 16.

Frutos: en nuestras almas, en nuestras actividades. ¿Miedo al huracán que pueda destrozar el fruto? Pero contamos con el gran remedio: *Sancta Maria, Spes!* y ponernos unas *anteojeras*, como las de los borricos, para no mirar más que el camino. ¡Un camino! Pero, en las lindes, ¡cuántos atractivos!, que, si muchas veces no llevan al descamino, por lo menos retardan y obstaculizan la marcha...

Por eso, ¡qué seguro es tener esta *idea madre*: ¡no hay más amor que el Amor!

UNIÓN Y OBEDIENCIA (*)

(29-VI-1937)

(*). Meditación dirigida por el Beato Josemaría de 10.45 a 11.45 de la noche del 29 al 30 de junio, fiesta de San Pedro y San Pablo.

1) Nuestra meditación tendrá tres puntos: dos sacados del Evangelio y un tercero que deduciremos nosotros.

En estos once meses, casi un año, de revolución; en estos tres meses de encierro en esta casa, hemos tenido que aprender mucho. No es posible que, todo lo que nos ha sucedido, no haya traído una lección provechosa para nuestra alma. Si no hemos obtenido fruto de este año de agitación, es que no tenemos sentido sobrenatural. Todas nuestras miserias, las de los demás, tan comprobadas, tan especialmente experimentadas en este tiempo, han de dejar en nuestro ánimo fruto de mejora y de santificación.

El estiércol, rodeando a los árboles, hace que sus frutos sean más jugosos, más llenos de sabor; da una nueva vitalidad a las plantas que nacen en la tierra. El estercolero se transforma en vigor, en lozanía, en vida intensa y fecunda. Todos los sufrimientos que la flaqueza de los demás me han producido, mis propias caídas, toda esta ruindad propia y ajena, que tanto se ha padecido en estos meses pasados, ¿no ha de ser el estercolero que haga germinar y florecer en la tierra de mi alma frutos de santificación y de apostolado? Si no ocurre así, es que no me muevo sobrenaturalmente, es que permanezco separado, desgajado de mi Dios. Y entonces...

Pero esta exclamación salda, no sólo de mi corazón, sino también de mi cabeza, aunque no nos ha alejado del tema, ha retrasado durante unos momentos la consideración de aquellas palabras del Evangelio que yo deseaba hoy comentar. ¡Cuántas veces las hemos repetido y rumiado: *Ego sum vitis vera, et vos palmites* (154)! Cristo es la verdadera Vid y nosotros sus

sarmientos. Así es que yo soy una de estas dos cosas: o sarmiento arrancado, convertido en palitroque feo e inútil, propio solamente para apalearse a las bestias o para ser pisoteado por los animales y, finalmente, arrojado al fuego y reducido a cenizas; o bien, sarmiento unido a la cepa, con vida intensa y fecunda dentro de mí, y quizá con carga espléndida de racimos.

(154). Cfr. *Jn* 15, 1 y 5.

Pero compruebo también con horror que, habiendo sido sarmiento fructífero, puedo haberme desgajado. Acaso durante algún tiempo he ostentado en mí el adorno de frutos abundantes y sabrosos; y ahora, por haberme separado de la vid, no soy sólo un palo seco y retorcido, bueno para el fuego, sino cubierto además por gusanos que, naciendo de los racimos podridos, tornan más honda mi corrupción. ¡Ay de la corrupción de los que fueron buenos! *Corruptio optimi pessima*, la corrupción de los muy buenos es muy mala.

Dios mío, ¿me habré yo desgajado de Ti? Pero esto no es posible, Señor; yo no quiero abandonarte y yo sé que Tú no me abandonas. Aún recuerdo la voz que, en días de borrachera de gracia, decía: *Intermedium montium pertransibunt aquae!* (155), que es como señalar: las aguas de mi Obra sobrepasarán los montes. No, no puedo creer que se ha roto mi unión contigo; no, tu Sangre eucarística se derrama todos los días en mis venas, vibra en todo mi ser el latido del corazón de Cristo y la savia que de Ti, Vid verdadera, me llega en la oración, no ha cesado de sostenerme porque me he ocupado - aunque fuera con esfuerzo - de acudir a esos medios sobrenaturales. Pues si soy sarmiento pegado a la Vid, que participa de su Sangre y de su savia, ¿a qué vienen estas intranquilidades, estas impaciencias, estos escozores que la conducta mía y la de los demás me producen? ¿Por qué me quejo de este aplanamiento que me impulsa a pasar el día como en el limbo? (156).

(155). *Sal* 103, 10. El Beato Josemaría había oído estas palabras de la Sagrada Escritura dentro de su alma, sin ruido, el 12 de diciembre de 1931, cuando el Opus Dei estaba muy en los comienzos.

(156). En las palabras de esta oración, parece traslucirse el sufrimiento interior del Beato Josemaría por aquellos días: una verdadera *noche* del espíritu, una prueba espiritual muy dolorosa para el alma, que Dios en ocasiones hace pasar a los santos para purificarlos y asociarlos más íntimamente a la obra de la Redención.

¿No soporta el sarmiento su invierno, en el que toda vida se amortigua y parece cesar? Muchos meses pasa convertido en palo desnudo; mas apenas comience el verano, surgirán la yemas que se cuajarán, cuando octubre venga, en el oro negro y rojo de los racimos. Que ahora parezco dormir... ¿y qué? Hasta de estar en Babia sacaré provecho, si continúo unido a mi Vid. Ya llegará el verano y la savia henchirá mis venas y bullirá impetuosa, para brotar por los poros en frutos recios y sabrosos.

¿Por qué me lamento también de todo lo que me rodea y me sucede, de las personas que están conmigo, de su trato, de sus flaquezas, de las mías...? ¿No ocurre todo así para bien mío? Vamos a preguntarnos: ¿qué hace el buen labrador con su viña? ¿No la vigila cuidadosamente para podarla en el tiempo oportuno? Pues si yo estoy unido a la Vid, he de alegrarme de estas humillaciones, de estas contradicciones, de esta poda -porque ésta es la poda que el Maestro realiza en mi alma, donde hay tanto, tanto, que cortar-, que es el medio para que yo dé frutos más seguros y jugosos. ¿Desde cuándo se queja la cepa -como dicen los labradores- al ser podada por su dueño? ¿Desde cuándo el pincel se lamenta y pide razones de su proceder a la mano que lo maneja? ¿Qué somos nosotros más que instrumento -muy vil, muy indigno- en la mano del Señor, para la ejecución de su Obra?

2) Hoy es día de San Pedro. Cristo -lo narra el Evangelio de la Misa- confiere a Simón la primacía entre los Apóstoles. *¿Quién decís que soy Yo?*, pregunta el Señor a los suyos. Y prorrumpe el que había de ser cabeza de la Iglesia: *¡Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo!* -Dichoso eres, Simón Barlona -responde Jesús-, *porque no te ha revelado eso la carne ni la sangre, sino mi Padre que está en los cielos. Y Yo te digo que tú eres Pedro y que sobre esta piedra edificaré mi Iglesia* (157).

(157). Mt 16, 15-18.

Tu es Petrus, et super hanc petram aedificabo Ecclesiam eam, et portae inferi non praevallebunt adversus eam. Pedro será la Cabeza visible de la Iglesia, el Príncipe de los Apóstoles, el Vicecristo. Todos los demás le quedan sometidos. Con sus flaquezas -que también las tenían aquellos hombres-, con sus impulsos de rebeldía, con sus impertinencias, los súbditos obedecen. En el Concilio de Jerusalén, se hablará, se discutirá, pero al final se alzarán la figura de Pedro, como Cabeza de los Apóstoles, para dogmatizar con aquella misma majestad con que lo hará Pío IX durante el Concilio Vaticano, pasados los siglos: *visum est Spiritui Sancto et nobis* (158)..., nos ha parecido al Espíritu Santo y a nosotros... Y todos bajan su cabeza ante la afirmación, ante el mandato que no es ya de hombre sino del mismo Dios.

(158). *Hech* 15, 28.

¿Qué ejemplo nos ofrecen, en cuanto a sumisión a la autoridad, los primeros cristianos, nuestros modelos de siempre? Abundan entre ellos infidelidades, traiciones, apostasías, pero rebeliones contra Pedro, desobediencias a la Cabeza, no nos narra ninguna la Escritura. Un balbuceo de rebeldía, nacido del amor al apostólico varón que los había atraído a Cristo, es cortado de raíz, al nacer, por Pablo: "bautiza Pedro, bautiza Pablo, bautiza Apolo...; ¡uno es el que bautiza: Cristo!" (159). (No recuerdo bien el texto, -¡hace tanto que no puedo leer la Santa Escritura!) (160). Los fieles permanecen unidos a Dios por la sujeción a los que mandan; conservan su paz, en la perfecta sumisión a la voluntad de los que ocupan cargos de dirección. ¿Y nosotros?

(159). Cfr. 1 *Cor* 1, 10-12.

(160). Durante su estancia en el Consulado de Honduras, el Beato Josemaría no tenía a mano un ejemplar de la Sagrada Escritura. El único libro de que disponía era un misal de fieles. Por eso, en estas pláticas, muchas veces cita de memoria el texto sagrado.

Nos ha elegido Dios para su Obra, nos ha escogido como instrumentos suyos, sin reunir por nuestra parte ninguna de las condiciones que convenían al fin que perseguimos: sin trato exterior, sin simpatía, sin talento, sin prestigio social ni profesional, sin ninguna virtud notable, sin posición económica. Y, aun así, cuando se nos pide una pequeñez, cuando se nos ordena cualquier cosa, torcemos el gesto y vamos como a remolque a cumplirla. Y, sin embargo, sólo obedeciendo, sólo con una docilidad absoluta podremos ser útiles en algo.

Lo decíamos en el último intento de retiro que hicimos, intento que no puede ser completamente infructuoso: aislado, rota la conexión con la vida del organismo, no se consigue nada, por muchas dotes que se posean; unido por amor, sometido con fidelidad, se alcanza todo, aunque se carezca de cualidades.

Estar unidos a la autoridad, sometidos a quien gobierna: éste es el camino. Los que dirigen han de llevar el timón; el remo corresponde a los que obedecen: éstos trabajan de otra manera, realizando con esfuerzo sus encargos; no tienen que preocuparse de otra cosa. Haciendo eso y eso sólo, coadyuvan a la perfecta marcha de la nave. Al que maneja el timón

corresponde encaminar los esfuerzos de los demás. Pero abandonar los remos, para coger todos el timón, sería la catástrofe.

Ésta es doctrina para hoy, para dentro de un año, para dentro de veinte años, para siempre. Sus frutos deben notarse inmediatamente entre nosotros. Yo pido a mi Madre Santísima que conceda a mis hijos una docilidad perfecta, hasta en los detalles. Me dirijo a los Santos Ángeles Custodios, nuestros compañeros, a quienes busco tratar cada día con más intimidad, y les suplico que a todos mis hijos, en las circunstancias en que estén, por extraordinarias que puedan ser -en la trinchera, en la cárcel, dondequiera que se hallen- les infiltren firmísimamente este espíritu. Ruego al Espíritu Santo, Luz nuestra, Maestro, que nos ayude a conocer y a vivir con toda fidelidad esta doctrina.

3) Afrontemos el tercer punto. La Obra posee cabeza, aunque indigna. Esta cabeza no debe -nunca lo hará a sabiendas- caer en la dejación de sus deberes ni de sus derechos. Falsas humildades, no; ¡librenos Dios de ese mal! Ha llegado el momento de ejercer la autoridad con todo imperio. Después de considerarlo mucho, comprendo que Dios quiere eso. Es la hora de usar la *virga ferrea* (161). Las órdenes serán ya rotundas: la realidad lo pide clarísimamente (162).

(161). *Sal* 2, 9.

(162). No significa que se hubiese relajado la exigencia espiritual en quienes estaban junto al Beato Josemaría por aquellas fechas. Pero las circunstancias eran tales -entre las demás personas que vivían en el Consulado se había creado un ambiente de abandono y ligereza, de dimes y diretes-, que el Fundador ve oportuno hacer esta fuerte llamada a la disciplina, pensando en el bien espiritual de las almas de sus hijos y en la Obra entera.

Vamos a suplicar al Señor que, quienes ejerzan autoridad en la Obra de Dios, sepan vivir la virtud cardinal de la fortaleza; y que, quienes hayan de obedecer, sepan responder con fidelidad y prontitud.

Todos, ahora, forjamos nuestros propósitos de rectificación después de un cuarto de hora de examen detenido.

LA IGLESIA, BARCA DE PEDRO

(30-VI-1937)

La composición de lugar de nuestra meditación se centra en la contemplación de la Iglesia, en la imagen simbólica de la barca de Pedro. La petición, una obediencia firme, hasta en los detalles, para todos los de la Obra.

La Iglesia, fundada por Nuestro Señor Jesucristo, no podía ser un cuerpo acéfalo, porque un cuerpo acéfalo es incapaz de tener vida. Cristo dio al cuerpo de su Iglesia, en Pedro y sus sucesores, una cabeza visible, pero solamente una. La pluralidad en el ejercicio de la autoridad suprema hubiera perjudicado a otra característica esencial de un organismo perfecto: la unidad. Cristo reúne a todas las ovejas de su rebaño en un solo redil, bajo un solo Pastor (163).

(163). Cfr. *Jn* 10, 16.

Regida por esa jerarquía, ya dos veces milenaria, la Iglesia prolonga su caminar a través de los siglos, en un impulso tan maravilloso y único que apenas logramos los hombres comprender. Pasan los imperios, se suceden dinastías, estallan revoluciones, pero la Iglesia permanece. Los escritores enemigos del nombre de Cristo esgrimen sin cesar, durante siglos, sus calumnias contra la Iglesia; los poderes inicuos la oprimen con toda suerte de persecuciones, pero la barca de Pedro sigue su camino. En la silla de Roma, un viejecito vestido de blanco sucede a otro viejecito, pero ese hombre es, sigue siendo, lo será siempre, la primera magistratura de la tierra; y su voz, la más autorizada entre las de todos los poderes. Es que tras él está el Espíritu Santo, Dios, sosteniendo a su Iglesia, haciendo visible en su Esposa su poder y su majestad; manifestando, con pruebas continuas, la verdad de la promesa que el Hijo de Dios comunicó a San Pedro acerca de su perennidad (164).

¿Pero de qué sirve que un organismo tenga una cabeza que lo rija, si esa cabeza no es obedecida? Los primeros monumentos cristianos nos hablan de la autoridad paternal del Papa, piadosamente obedecida por todos. En las

catacumbas, la cátedra en medio de los oyentes es una tradición viva de aquella sumisión filial, llena de amor, hacia el Padre de los cristianos. Si nosotros pretendemos que reviva en el mundo el espíritu de los primeros cristianos, debemos procurar, ante todo, dar ejemplo de esas dos maravillosas virtudes que tanto brillaron entre ellos: la caridad y la obediencia, ambas unidas y completándose mutuamente. Ha de ser una realidad en nosotros aquello que cantaban los primeros: *congregavit nos in unum Christi amor* (165), nos reunió en uno solo el amor de Cristo.

(164). Cfr. *Mt* 16, 18.

(165). Himno *Ubi cantas*.

Unión con el director, sujeción a él, es unión con Dios y sujeción a su Santa Voluntad. El que obedece no sigue las órdenes de un simple hombrecillo; obedece al mismo Dios. Obedeciendo, colabora -en cuanto de él depende- a la ejecución de los designios que Dios ha asignado a su Obra. Con esta obediencia sencilla y total a la cabeza, se evitan también esas consideraciones humanas que, creando un ambiente de desconfianza y crítica entre alguno y el director, consiguen que un grano de arena se transforme en una cordillera y que cualquier pequeñez se convierta en un obstáculo que trastorna la vida del alma. ¡Qué seguridad y qué paz alcanzan, en cambio, los que obedecen! Es cierto que perseguir la propia voluntad trae, sin duda, un goce; pero es un goce amargo, porque remuerde en la conciencia el pensamiento de la traición a Dios, que ha traído la muerte a nuestra alma.

Entre las distintas fiestas de San Pedro, la del 29 de junio, que le rinde culto en unión con San Pablo, habrá de ser celebrada solemnemente en nuestra Obra, para significar así la veneración a sus santos Patronos. Esta fiesta nos aumentará el recuerdo de la unión, por caridad y obediencia, que reinaba entre los primeros. No es que el espíritu de disgregación no intentara, entonces como siempre, levantar cabeza. Ya recomendaba Pablo en sus Epístolas: "no digáis: soy de Pedro o de Pablo o de Apolo, sino soy de Cristo" (166). Pero se sobreponía el espíritu de unidad, salvaguardado por la obediencia. El ejemplo de la Virgen brillaba cercano para ellos: *ecce ancilla* (167), y brillaba especialmente el de Cristo, de quien decía el Evangelista: *erat subditus illis* (168). ¡Con estas palabras traza el resumen de treinta años de su vida! Que

también estos ejemplos, estas palabras, despierten en nosotros el espíritu de obediencia y lo mantengan siempre, cada día más intenso. Pidámoslo así a Dios con todo fervor, por medio de Nuestra Señora y de los Ángeles Custodios, para nosotros y para todos los de la Obra, hasta el fin.

(166). Cfr. 1 *Cor* 1, 10-12.

(167). *Lc* 1, 38.

(168). *Lc* 2, 51.

EN CASA DE LÁZARO

(1-VII-1937)

¡Qué afán movía a los leprosos, a los tullidos, a los ciegos, a los enfermos y menesterosos de acercarse a Jesús! ¡Qué deseo había en todos de sentir sobre su frente la mano que derramaba salud y limpieza, de encontrarse con aquella mirada que hacía huir el mal! ¿No notamos también nosotros ese deseo? No será porque no estemos un poco leprosos, un poco tullidos... Pues, si tenemos necesidad de Jesús, vayamos a Él con confianza.

Le encontraremos de seguro en casa de aquélla que tan bien supo buscarle; de aquélla que, siendo una gran dama, derramó en público sobre Jesús, con desenfado increíble, un rico perfume y aun besó sus pies y llegó a enjugarlos con sus cabellos (169). Con los dueños de la casa, con Marta, María, Lázaro, con Jesús, estará también su Madre, porque ¿cómo los amigos de su Hijo no iban a serlo también de Ella, y cómo donde el Señor era bien recibido no iba a serlo Nuestra Señora? Aún vemos a dos personas más que no nos son desconocidas: a Pedro y a Juan que, con santa desvergüenza, van adonde su Maestro va, usando de aquella estrategia que el Evangelio consignará: Juan llega primero y deja la puerta entreabierta para que Pedro se introduzca (170). Acerquémonos, pues, a la casa, sin miedo, ya que dentro hay amigos nuestros. Si acaso los criados -que no han de faltar en mansión tan principal- intentan impedirnos la entrada a causa de nuestra esquila -que llevamos, no por borricos, sino por leprosos (171)-, alegaremos nuestra condición de hijos de Nuestra Señora.

(169). Cfr. *Jn* 12, 3.

(170). Cfr. *Jn* 18, 16.

(171). Alusión a la costumbre judía, en tiempos de Nuestro Señor, de que los leprosos llevasen encima una campanilla, para avisar su presencia por los caminos y evitar a los demás el contagio.

Metámonos dentro. Nuestros amigos nos conducirán a la presencia de Jesús. Pedro es -usando un término aragonés- un poco *carrañoso*, es decir, un poco gruñón, un poco malhumorado; pero si él es la Fe, Juan es el Amor; y éste ¡con qué gusto nos conduce ante Jesús, deseoso de contemplar una manifestación más de la bondad del Maestro!

Henos, por fin, delante de nuestro Salvador... Sentimos sobre nosotros su mirada, que es cauterio suave; tú, Madre mía, vosotros, Pedro y Juan, seréis para mí como vendas y gasas que cicatricen mis llagas. Oímos la voz del Redentor, voz para la que todos los oídos de mi alma están abiertos, voz que cada uno debe esforzarse en escuchar dentro de sí; sus palabras son de aliento y de misericordia: "Hijo, ciertamente estás enfermo; pero quieres curarte. Antes, ¿te acuerdas?, ni siquiera conocías tus males; no te cuidabas de esas miserias. Ahora no, ahora luchas; ves en ti la dolencia y deseas quedar sano. ¡Desgraciado del que no luche contra su mal, porque es señal de que no tiene vida interior! Anímate, pues, a pelear mejor, porque ése es tu camino".

Yo no me contento con eso; de mi boca tumefacta, de mi garganta podrida, sale una súplica ardiente: *¡Señor, si quieres, puedes curarme!* (172). Ansío verme libre de mi miseria, deseo purificarme; me interesa, ante Jesús, encontrarme limpio y sano. Y escucho ahora, lleno de inmenso agradecimiento, la voz de mi Maestro: *Volo; mundare* (173). Quiero, sé limpio.

(172). *Mc* 1,40.

(173). *Mc* 1, 41.

Ha desaparecido mi suciedad; mis miembros están ya fuertes y limpios. Aprovechando esta limpieza, que me permite moverme con toda confianza en medio de mis amigos, busco a Santa María; ya estoy en coloquio con Ella: un coloquio lleno de abandono y confianza, como de hijo con su madre. Ella, sentada; yo, en un cojín sobre el suelo, con mi cabeza en sus rodillas. Mi boca ruega sin cesar: Madre, por la piedad de tu Hijo, estoy limpio, pero deseo ardientemente estarlo para siempre. Me esforzaré para que nunca, nunca más, vuelva a mancharme. Si para preservarme es necesario sufrir, luchar, me

afanaré en sufrir y luchar. Porque yo no quiero ofender jamás a tu Hijo, al que - bien lo sabes tú- amo tanto. ¡Qué contradicciones! Mi cuerpo se ha contaminado y, sin embargo, he seguido amándole siempre. Pero tú, Madre, empújame a que cada día le ame más y ayúdame en mi pelea. Tú ves que este pobre hombre, atascado en una falta a pesar de sus propósitos, torna a caer un día y otro: ¡no me dejes! Y no pido sólo por mí. Me acuerdo de aquellos que tú conoces, y me refugio en ti para encomendados a Jesús.

Otra vez estamos delante del Maestro, en compañía de la Virgen. Hablo a mi Señor: acuérdate de Chiqui, que ha de salir de la prisión; que llegue a un sitio seguro sin contratiempo. Y de aquél que se ha conservado, entre tantos obstáculos, tan maravillosamente. Y de aquél cuyo sacrificio es tan admirable. Y de aquél, y de aquél otro... Y en el otro lado, piensa, Dios mío, en ése que ha trabajado por ti tanto y tan bien; si hay algo que te ofenda en la vida pasada de estos hijos, bórralo y concédeles ahora fortaleza y perseverancia y luz.

Te presento aún, Señor, a aquel crío y al otro, y al otro: a todos. Y en el Norte -¿por qué hemos de ser pesimistas?-, a aquél cuya perseverancia y cuya vida espero que habrás guardado. Acuérdate todavía de los que allí y en el resto de España están a punto, después de haber vislumbrado la Obra, de alistarse para tu servicio, como buenos *milites Christi* (174). Multiplica por cinco, por lo menos, el número de los que ahora formamos parte de esta familia sobrenatural de la Obra. A los de Valencia, que tanto trabajan por acrecentar el número de tus operarios, otórgales más y más espíritu de proselitismo y pon en su boca palabras apostólicas eficaces.

(174). Cfr. 2 *Tim* 2, 3-7.

No olvides tampoco, Dios mío, a los que -así lo diría alguno de los que me escuchan- "montan la guardia" en el cielo: ¡qué felices son y qué envidia les tengo! (175). ¡Cuándo, Dios mío, podremos gozarte para siempre, allí donde no nos harán sufrir las preocupaciones, ni el temor de perderte, ni la flaqueza de nuestra condición, ni la fuerza de nuestras pasiones, allí donde habrá paz constante y alegría verdadera! Pero, como es preciso trabajar por Ti y penar antes de ganar ese premio, aquí nos ponemos, Señor, plenamente a tu servicio.

(175). Al pedir por cada uno de sus hijos, dispersos entonces por toda la geografía española, el Beato Josemaría no olvida a los que ya habían fallecido.

No me decidiré a salir de la casa de Lázaro sin haber renovado mis intenciones, sin haber reiterado a Jesús mis promesas y mis propósitos. Y,

estoy seguro, mi Madre, Pedro, Juan, mi Ángel Custodio que nunca me abandona, ruegan por mí.

INSTRUMENTOS DE JESUCRISTO

(4-VII-1937)

La meditación de hoy consistirá en una charla afectuosa con Jesús. La composición de lugar será contemplar a Cristo, tal como le vemos cuando pensamos en Él. La petición, muy sencilla: que nos ayude a obedecerle, para que seamos en sus manos buenos instrumentos.

La voz de Nuestro Señor nos repite aquellas palabras, tantas veces consideradas: *Ego sum vitis vera, et vos palmites* (176), Yo soy la verdadera vid y vosotros, los sarmientos. Somos sarmientos unidos a Jesucristo, pero nos pegamos a la vid insertándonos en el tronco de la autoridad de la Obra. Vivimos unidos a Dios a través del que hace cabeza en la Obra: la unión con quien manda es unión con Dios. Tengamos, pues, para la autoridad, sujeción y obediencia filial. Esa obediencia filial debe ir acompañada siempre del respeto, que no es sino una manifestación exterior de la sujeción que hay en la voluntad y de la devoción que hay en el corazón.

(176). Jn 15,5.

Un inciso he de hacer aquí, para avisaros que interrumpiré de cuando en cuando mi charla, guardando silencio algunos minutos, para que cada uno ejercite sus potencias ante Dios y considere por sí mismo.

Soy sarmiento de la vid que es Jesucristo; recibo vida de Él, para emplearla en servicio suyo. Eso debo ser: un instrumento para cumplir su Voluntad. Pero, ¡en cuántas circunstancias, aunque me he dado a Dios y deseo obedecerle, me asaltan falsas humildades que tratan de desviarme de mi camino! Soy instrumento de Jesucristo, de acuerdo -se dice quizá una persona-; pero... ¡si no sirvo para nada! ¡Si no reúno ninguna de las cualidades

necesarias para serle útil: ni nombre, ni posición, ni simpatía...! ¿Mas acaso porque alguien se juzgue inútil, ha de aflojar en su vida interior y en su labor profesional, en su mortificación y en su amor a la Obra? Es la soberbia herida la que se revuelve, adoptando una actitud como ésta.

Jesucristo parece responder a semejantes reflexiones: "¡Tonto! Para que se haga mi Voluntad, Yo necesito de toda clase de instrumentos. En mi labor, infinitamente amplia y variada, se requieren desde la herramienta grande, dura, tosca, hasta la más fina y delicada. Se emplea cada una a su tiempo, del modo que conviene. A veces, en mi taller, es necesario desbastar un tronco, para transformarlo en tablón; me sería inútil una lima de joyero o unas pinzas de platino y, en cambio, viene bien un serrucho fuerte, de dientes firmes. En otros momentos, hay que componer un reloj, y necesito un destornillador finísimo, una lente, ruedas muy delicadas; ¿de qué me serviría un azadón, una pala, o un martillo grande? Cada instrumento a su tiempo, para su labor. Todo tu deber consiste, por tanto, en aguardar en el taller a que llegue tu hora, conservándote en buen uso".

Sin embargo, en ocasiones, el alma aún responde: ¡Pero, Dios mío, si estoy preterido, si soy como un trasto arrumbado, por inservible sin duda! ¡Si nadie piensa en mí para nada! "Porque no ha llegado la ocasión de tu trabajo intenso, contesta el Señor. Espera tu hora y prepárate para ese momento con la oración, con el detallado y fiel cumplimiento de tus pequeños deberes actuales, con una conducta que atraiga otras almas a la Obra". Todo instrumento, mientras no se usa, necesita un clavo donde estar colgado, si es tosco; o una funda donde guardarlo, si es fino; introdúcese en tu funda, sostente bien en tu clavo, que se concreta en el perfecto cumplimiento de las Normas. Cumple bien las Normas y te conservarás en buen estado, hasta que se presente el momento de emplearte. Y aun, para estar bien seguro, consulta al director, que será como informarte de la Voluntad de Dios.

Pero -objetas- puede ocurrir una de estas dos cosas: que soy un instrumento que nunca se emplea o que se emplea demasiado. En muchos casos sufro un desgaste, una relajación que perjudica a mi buen funcionamiento...

Nada tiene de particular que la pieza no usada, de cuando en cuando, necesite ser frotada, para devolverle el brillo que el orín y el moho le robaron, o que el serrucho –cuyos dientes se han desviado por el trabajo continuo- deba ser reparado con algún que otro martillazo. Ésta es la finalidad de la corrección fraterna. Hay en nosotros defectos que pueden perjudicar el apostolado de la Obra, o nuestra santificación o nuestra reputación personal. Cuando alguno de

estos aspectos se encuentre en trance de sufrir un perjuicio, es el momento de intervenir y de advertir a nuestro hermano. Primero, como señala el Evangelio (177), a solas; con santa desvergüenza acompañada de fina caridad, se le advertirá: "Mira, esto que haces no se acomoda al espíritu de la Obra. Como pienso que puede perjudicarla y perjudicarte, te aviso de lo que tú, seguramente, no te has dado cuenta". ¿Que no atiende? Se repite la indicación delante de dos compañeros discretos y santos. Si con todo esto, la enmienda no llega, se confía el asunto al director; esto no es espíritu de denuncia, sino la necesidad a que obligan los más altos motivos (178).

(177). Cfr. *Mt* 18, 15-17.

(178). Ya se explicó en nota a la meditación del 27 de mayo que, con el paso del tiempo, el Beato Josemaría concretó de otro modo la práctica de la corrección fraterna en el *Opus Dei*.

¿Quién se molestará porque se le advierta la falta que deslucе su brillo, que vuelve imperfecta su conducta y su labor? Muy al contrario, debería agradecerla. Estas correcciones nunca se llevan a cabo para mortificar. En la Obra -lo hemos repetido frecuentemente- no hay nadie con vocación de mortificador: bastantes son los sufrimientos que nos producen los enemigos de Cristo, o nuestra flaqueza, o las cosas de fuera, para que nos busquemos además nuevas penas entre los hijos de Dios. Por eso, las humillaciones o molestias que provengan del proceder de nuestros hermanos, hemos de pasarlas por alto, pensando que no les mueve ninguna intención de maltratarnos. Si en algún caso nos producen resquemor, acudamos a desahogarnos sólo con Jesús Sacramentado; y después, recobrada la tranquilidad, busquemos al director y expongámosle lo sucedido. ¡Qué bien nos causará comentarle: me ha pasado esto y he podido contenerme! ¡Qué seguridad para el futuro, con la orientación y el consejo que recibamos!

Podría suceder, sin embargo -pero, gracias a Dios, no sucederá-, que el que con toda pureza de intención se dispone a corregir, reciba una respuesta de este estilo: ¡pues si esto no se acomoda al espíritu de la Obra, también hay otras cosas en ti que no se acomodan al espíritu de la Obra! ¡Qué pena produciría recibir un bofetón así, del que iba a ser objeto de nuestra caridad! ¡Qué lamentable sería que se le echen a uno a la cara sus defectos, como venganza a una ofensa que no era tal, sino servicio! ¡Qué mala disposición denotaría el que -olvidándose de la significación del que le avisa, que es en aquel instante un instrumento de la Providencia- rechazase el recuerdo de sus faltas, para fijarse en las flaquezas de su hermano! Las correcciones se deben acoger con toda humildad, aunque sea menos digna la persona que nos habla. Deseo que todas estas consideraciones, sobre las correcciones fraternas, hagan de cada uno de nosotros un instrumento tan fiel que nadie pueda, el día que nos toque advertir a los demás, lanzarnos a la cara un: ¡más eres tú!

Tendría espíritu cínico aquel que se permitiera enfrentarse con Pedro, para echarle en cara sus negaciones. Óyeme: ¿acaso la fe incommovible del Apóstol no borra sobradamente la flaqueza de sus caídas? Y los surcos, que las lágrimas de contrición han señalado en su rostro, ¿no son suficientes motivos para olvidar aquella fragilidad? ¿Y no suponen nada los años de adhesión y de apostolado, subrayados por carismas que tornan milagrosa la sombra de Pedro, que curaba a los que tocaba? (179).

(179). Cfr. *Hech* 5, 15.

Cínico e infame sería quien se encarase con Pablo de Tarso y le arguyera: ¡más eres tú! ¿No has sido perseguidor del nombre de Cristo, y has encarcelado a hombres y mujeres fieles, e intentaste destruir la Iglesia Santa? ¡Al Apóstol! ¡Decir esto al Apóstol de las gentes, al que corrió por todo el mundo, y sufrió naufragios, y pedreas, y cárcel, y calumnias... y martirio, por el nombre del Señor! ¿Habrá... inconscientes que se encaren el día de mañana, quizá, con las canas venerables de sus hermanos -¡Dios no lo quiera!-, y habrá quienes se enfrenten, respondiendo con una insinuación cínica a la fraterna corrección, con aquellos hombres que han sido fundamento en la tierra de esta Obra de Dios? Pienso que no ocurrirá. Pidamos, para que eso no suceda nunca. De nuestra parte, luchemos para quitar nuestras imperfecciones y de este modo evitar la ocasión de saltar con despecho: ¡más eres tú!

Finalmente, para conservar su suavidad, los instrumentos han de untarse con aceite, que facilita su funcionamiento. Esta untura será para nosotros la devoción a la Santísima Virgen: que Ella haga más perfecta nuestra labor; que, por Ella, seamos instrumentos cada vez más dóciles y aptos para Dios.

FIEL EN LO POCO

(6-VII-1937)

Si la noche es propicia a las confidencias, no vacilemos esta noche en entrar en la intimidad de Nuestro Señor para hablarle, para oír su voz. Ésta será nuestra composición de lugar: verlo en las páginas del Evangelio. Lo contemplaremos amorosamente, y le abriremos de par en par las puertas de nuestra alma, para que sus palabras penetren hasta lo más hondo y la hagan fecunda en obras. Y en esto último consistirá nuestra petición.

San Mateo, en el capítulo vigésimo quinto de su Evangelio, nos transmite aquellas palabras de Jesús, tantas veces consideradas: *muy bien, siervo bueno y leal, ya que has sido fiel en lo poco, Yo te confiaré lo mucho: entra en el gozo de tu Señor* (180). El Señor se dirige al criado que multiplicó los cinco talentos, recibidos cuando su amo partió de viaje.

(180). Mt 25, 21.

También a nosotros nos ha entregado Dios, para que los negociemos, cinco talentos. ¿Lo dudaremos? Es el mismo Señor el que parece respondemos: "Mi llamada, tu correspondencia, la gracia honda de la vocación... ¿Y aún te niegas a reconocer la realidad?". Pero nosotros, reconociéndonos tan pobres, insistimos: ¿A mí, pecador, me has llamado? "Sí, a ti", nos contesta Dios. ¿Cómo vacilar, con esta seguridad de nuestra vocación? El Señor me ha llamado, y yo deseo de veras obedecerle; ¿por qué me voy a preocupar de algo más? Quiero obedecerle, quiero hacer fructificar los talentos recibidos; pero ¿en qué, cómo? La voz de Dios nos responde: "¡La Obra! ¡Mi Obra! La Obra debe ser toda tu vida; a ella debes dedicarte enteramente. Todo lo que no te encamine a servirla, todo lo que haces y no es para ese servicio de Dios, es error, es muerte".

Sí, cumplir la Voluntad de Dios en la Obra, por la Obra; ése es el campo inmenso, fecundo, donde los talentos recibidos de la mano de Dios deben ponerse en juego. Vamos, pues, a considerar nuestro negocio, a examinar los obstáculos que se opondrán a nuestro esfuerzo. Un parón en nuestra actividad, para que nuestro apostolado vaya mejor dirigido; nos subiremos a ese cerro, bien alto, de la meditación, y desde allí otearemos el horizonte y examinaremos nuestro camino.

¿Qué es lo que puede oponerse al desarrollo de la actividad de la Obra? ¿La falta de personal? Desde luego, pero ¿no faltará además campo donde desarrollar nuestro trabajo? En esto no cabe ninguna duda: la tierra a la que el Señor nos manda, para que la trabajemos con esfuerzo, se nos presenta a la mirada cuajada de mies dorada y madura: espera sólo el brazo del operario para convertirse en pan. La cosecha de las almas está pidiendo ser recogida. Y

las palabras que me vienen al corazón son las mismas ¡de Jesús: *Messis quidem multa, operarii autem pauci* (181), la mies es mucha; los operarios, pocos. Cumpliremos, pues, el mandato del Maestro: *Rogate ergo Dominum messis ut mittat operarios in messem suam* (182), rogad al Señor de la mies que envíe obreros a su mies. Sí, Dios mío: Tú, que eres el amo de las almas, concédenos operarios que, con su trabajo, cambien pronto estas espigas doradas, que se ofrecen a la siega, en pan, en hostia blanca para tus altares.

¿Qué habrá todavía que pueda dificultar nuestra marcha? ¿*La falta de dinero*? Ya sabéis hasta qué punto ha dejado esto de preocuparnos. Hemos estado siempre seguros de que el Señor no ha de escatimar los medios humanos, que necesitamos para cumplir su Voluntad. El dinero es un medio necesario. ¿Vamos a inquietarnos porque nos falte o por la escasez en que nos encontramos? No; sabemos que no es sino la añadidura; que no ha de faltarnos, si buscamos primero el reino de Dios y su justicia (183). Quizá el Señor quiera probar nuestra fe, no evitándonos los apuros económicos; ¿pero cabe turbarse, si no pretendemos otro fin que cumplir su Voluntad? Ocho años de experiencia en la Obra nos confirman en esta opinión, en esta tranquilidad.

(181). Mt 9,37.

(182). Mt 9, 38.

(183). Cfr. Mt 6, 33.

¿Qué obstáculos habrá todavía? Ahora sí que considero uno, que puede ser muy grande: la *falta de espíritu sobrenatural* en los que componen la Obra. ¿De qué sirve al dueño de la mies tener abundantes operarios, si uno es cojo y otro manco y otro apenas ve? ¿De qué servirá que seamos muchos, si somos todos flojos? El remedio para esta carencia de espíritu ya sabéis cual es: la oración. "Sí, trátame mucho -dice el Señor- y Yo te llenaré de amor, de amor que hará fecundas tus obras. Con esa oración, sacrificio, sacrificio, sacrificio. ¿Qué importará, con la oración, con el sacrificio, que hayas padecido cojera, ceguera o languidez? Con esos dos medios, tu curación será absoluta".

¿Por ventura nos faltan ahora ocasiones de mortificación corporal, aunque no las pidamos? ¿Y de mortificación interior? ¡Cuántas humillaciones se nos brindan...! Y, sin embargo... Si somos generosos, toda esta vida sobrenatural nuestra, sostenida y acrecentada sin cesar por la oración y el sacrificio, se derramará en nuestros hermanos: ¡cómo contribuiremos a la labor de la Obra, con este auxilio a los de Casa, de ahora y del futuro!

Otro posible obstáculo veo para la Obra, y grave: *mi falta de entregamiento*. Quizá, después de haber encontrado la Obra, no he renunciado a cuanto debo renunciar: ¡nos cuesta tanto ir contra la propia voluntad algunas veces! Pero, si no me entrego completamente, me estoy engañando a mí mismo. Las causas de este posible obstáculo pueden ser dos: motivos personales, que proceden de alguna de las tres concupiscencias, o motivos externos, de apego a la familia. Examinémonos detenidamente, para rectificar en lo que se refiera a nosotros mismos o a una inclinación excesiva por los de nuestra sangre.

Aún puede haber otro obstáculo para mi labor, para la labor de la Obra: *la falta de comprensión y cordialidad* por parte de personas buenas e influyentes. Es un inconveniente con el que es preciso contar. Hasta ahora no vino con fuerza, pero puede llegar impetuosa esta prueba: que quienes debieran comprender y ayudar como hermanos a los que trabajamos por Cristo, se opongan abierta o encubiertamente a nuestra labor. ¿Y entonces? Entonces, cuando el Señor consienta esta otra cruz, *la contradicción de los buenos*, haré oídos de mercader; porque, si estoy seguro de la Voluntad de Dios, ¿qué me pueden importar las críticas humanas, aunque procedan de personas muy calificadas? ¿Ladran?; señal de que cabalgamos. Adelante, siempre, sin ninguna vacilación: orar, sufrir, trabajar (184).

Quizá asalte nuestra mente la idea de que negociar con los talentos que hemos recibido de Dios supone actividad, movimiento. ¡Y mi vida es ahora tan monótona! ¿Cómo conseguiré que fructifiquen los dones de Dios en este forzoso descanso, en esta oscuridad en la que me encuentro? No olvides que puedes ser como los volcanes cubiertos de nieve, que hacen contrastar con el hielo de fuera el fuego que devora sus entrañas. Por fuera, sí, te podrá cubrir el hielo de la monotonía, de la oscuridad; parecerás exteriormente como atado. Pero, por dentro, no cesará de abrasarte el fuego, ni te cansarás de compensar la carencia de acción externa, con una actividad interior muy intensa. Pensando en mí y en todos nuestros hermanos, ¡qué fecunda se tornará la inactividad nuestra! De nuestra labor en apariencia tan pobre surgirá, a través de los siglos, un edificio maravilloso.

(184). Con una frase gráfica tomada del Quijote -*¿ladran?, señal de que cabalgamos*-, el Beato Josemaría expone cuál ha de ser la actitud ante la contradicción externa, proceda de donde proceda. Inmediatamente añade la receta que siempre señaló para estos casos: orar, sufrir, trabajar.

Yo os veo como a aquellos obreros que en tiempos pasados aplicaban su esfuerzo, perseverante y anónimo, al levantamiento de una catedral: del trabajo constante y oscuro surgían un día sillares bien tallados; luego, un pilar

esbelto; después, un recio muro; finalmente, una cúpula, donde los adornos en piedra se multiplicaban, con estatuas de príncipes y santos, de obispos y guerreros, entre agujas de granito recargadas de flores y de pájaros, de frutos y de hojas y de personajes de la historia y de la leyenda, dando expresión al fervor invencible de los artistas. Pasarán los siglos, pero nuestra labor no conocida permanecerá y será útil. A fuerza de tiempo, de trabajo paciente, iremos levantando nuestro edificio hasta coronado con los encajes y filigranas de las cresterías. ¡Ánimo, pues, en nuestro trabajo!; aunque carezca de brillo, aunque parezca estéril. ¿Qué importa que el invierno cubra de escarcha y hielo nuestro campo, que todo se nos antoje como muerto? Ya vendrá la primavera florida, el otoño fructífero, y entonces se revelará la actividad que ahora se esconde (185). Alentémonos para luchar contra los obstáculos que embarazan nuestro camino; los que conocemos y los imprevistos, que son las trampas y engaños a que apelará el enemigo.

Terminemos implorando la intercesión de Nuestra Señora, de San José y de los Ángeles Custodios, para lograr lo que pedíamos al principio de esta oración.

(185). Cfr. *Camino*, n. 697.

EL NIÑO PERDIDO Y HALLADO EN EL TEMPLO

8-VII-1937

1) La composición de lugar de nuestra oración de hoy será imaginarnos a Jesús adolescente, *annorum duodecim*, como nos transmite el Evangelio (186), a la edad de doce años. Nuestra petición: aprender la lección que nos da como Maestro.

San Lucas nos relata que, habiendo subido Jesús con su Madre y San José a Jerusalén para el día de la fiesta, acabada ésta, *remansit puer Iesus in Ierusalem, et non cognoverunt parentes eius* (187); se quedó en Jerusalén y sus padres no lo advirtieron. Ha llegado solamente a los doce años nuestro

Maestro, ¡y cómo procede! ¡Qué maravillosa discreción la suya! A nadie comunica, ni a sus padres, su plan para cumplir la Voluntad de Dios. Es de suponer que en el cariño de su Madre hubiera encontrado un obstáculo para realizarlo: quizá Ella no le hubiera permitido andar solo durante tres días por Jerusalén. Jesús calla y obra según la Voluntad de su Padre celestial.

(186). Cfr. Lc 2, 41.

(187). Lc 2, 43.

Nosotros hemos superado con mucho los doce años y a menudo no sabemos guardar, en nuestro corazón, aquello que no tienen por qué conocer los demás. No hay necesidad de ir pregonando la intimidad de nuestra conciencia, los favores que Dios nos otorga, la merced de nuestra vocación, el camino que nos marca su Voluntad. ¿Por qué hablar, sin necesidad, de nuestra vocación en nuestra casa, en nuestra familia? Parece como si, para cumplir la Voluntad de nuestro Padre-Dios, hubiésemos de pedir permiso a la familia de la tierra. No; tenemos derecho a conservar estas cosas en el fondo de nuestro corazón y, además, por ahora, es muy conveniente hacerlo (188).

¿Podrá ir esta reserva en menoscabo del cariño y respeto que debemos a nuestros padres, o perjudicará la unidad que ha de existir en el seno de la familia? ¡De ningún modo! Esta natural discreción obedece al respeto pleno a la Voluntad divina -que está muy por encima del querer de nuestros padres según la sangre-, y no supone nunca desamor hacia los que nos trajeron a la vida.

Sigue narrando San Lucas (189) que Nuestra Señora y San José, al darse cuenta de que el Niño no estaba con ellos, se pusieron a buscarlo. Preguntan a los parientes y conocidos que les acompañan en la caravana y, al no recibir noticia de

(188). En los primeros años, cuando la Obra no gozaba de ninguna aprobación escrita por parte de la autoridad eclesiástica, aunque se trabajaba de acuerdo con el Ordinario del lugar, el Beato Josemaría recomendaba discreción a quienes pedían la admisión en el Opus Dei, porque su vocación era como una lucecita que se acababa de encender, y -al no tener la protección de un respaldo canónico- fácilmente podía ser apagada por el viento de la incomprensión. Esa actitud no podía calificarse de secreto, ya que los frutos espirituales que se producían en las almas, al contacto con la Obra, eran evidentes. En todo caso, como repitió muchas veces el Fundador del Opus Dei, se trataba del "secreto de la gestación", que estaba bien a la vista de todos.

Él, vuelven, llenos de inmensa pena, a Jerusalén. Casi asusta pensar en el dolor de nuestra Madre y en el tremendo sufrimiento de José, descolorido, deshecho en llanto, vencida ya su fortaleza varonil; porque José -me lo habéis oído decir con mucha frecuencia - no era un anciano, sino un hombre joven; no en la plenitud de la madurez, sino en la plenitud de la juventud.

Y yo, ¿acaso no he perdido a mi Jesús por mis culpas? Y si lo he perdido, ¿he ido a buscarlo, con esa ansia, empapada de dolor de amor, con que le buscaban sus padres? A Jesús se le busca -y se le encuentra- con dolor y con amor. ¡Qué dulce hallazgo sería, en este desierto actual de nuestra vida - a cualquier parte donde dirigimos nuestros ojos, sólo se ve arena, sequedad-, el encuentro con el Maestro!

Busquémosle, pues, como buscaba el protagonista de aquella leyenda oriental, que ya me habéis oído alguna vez, el agua para saciar su sed. Después de mucho caminar a través del desierto, fatigado, con la boca reseca, el peregrino descubre por fin las aguas de un arroyo. Pero, al arrojarle sobre la corriente, su boca encuentra sólo arena abrasadora. Vuelta a caminar, leguas y leguas; su sed y su cansancio van en aumento. Por fin, ya oye el rumor del agua. Se divisa en la lejanía un río caudaloso, ancho; ya toman sus manos el líquido deseado, pero sólo la arena resbala entre sus dedos. Más andar aún, con la lengua fuera, como un perro sediento. Hasta que de nuevo se oye murmullo de aguas; ahora es una fuente. Su chorro cristalino se derrama formando un gran charco. Pero sólo la decepción responde a la sed del caminante. Y con renovado afán se lanza al desierto; atraviesa montes, valles, y sólo halla soledad y desnudez. No hay agua, ni rastro de ese remedio...

Un día le sorprende un viento de humedad; allá, a lo lejos, el mar inmenso brilla ante sus ojos. El agua es amarga, pero es agua. Al hundir su cabeza ansiosa entre las olas, no hace sino sumergirse en un fango que no está originado por el agua. El peregrino entonces se detiene; se acuerda de su madre, que tanto sufrirá por él. Las lágrimas vienen a sus ojos y, cayendo en el cuenco de sus manos, le permiten saciar su sed.

También nosotros, después de haber tratado en vano de apagar nuestra ansia en tantas fuentes engañosas, descubrimos por fin, en las lágrimas de contrición por nuestras miserias, el agua que extingue nuestra sed para siempre. Ahí encontramos a Jesús. Ya le tenemos, con su Madre, con San

José, delante de nosotros; es un Niño que cuenta sólo doce años. ¿Quién nos impedirá lanzarnos en sus brazos, estrecharlo contra nuestro pecho?

2) No se ha calmado nuestra sed, ni aun con este abrazo. Seguimos viendo arena, arena por todas partes. Continuaremos, pues, Jesús, contemplándote. Ya dieron tus padres contigo. ¿Cómo te encuentran? ¡Qué asombro! *Sedentem*, precisa el Evangelio: sentado entre los doctores y príncipes de Israel (190). No es la materialidad de estar sentado lo que sorprende; es el hecho de que un niño se coloque al nivel de los más sabios y poderosos. Le observamos: ¡qué gravedad la suya! ¡Qué lejos de los meneos y carantoñas de un chiquillo de doce años! Esta gravedad le reviste de una autoridad que se impone a los otros.

Pienso que yo también habré de sentarme un día entre

(190). Cfr. *Lc* 2, 46.

la aristocracia del saber y del poder. Es el espíritu de la Obra: cristianizar el mundo enseñando también a los que mandan, adoctrinando a los que ocupan puestos directivos. ¿Con qué prestigio contaré para obrar así, yo, que no formo parte de esa aristocracia porque ni puedo, ni valgo, ni tengo, ni sé nada? Con el que me dé mi gravedad; gravedad que adquiriré en el trato contigo: *super senes intellexi quia mandata tua quaesivi* (191); gravedad que me conseguirán mis virtudes, el orden de mi espíritu y de mi conducta.

Jesús está sentado entre los doctores. Y está *audientem* -sigue escribiendo San Lucas-, es decir, oyendo lo que ellos hablan (192). Jesús escucha. ¡Qué difícil es escuchar! Saber escuchar supone delicadeza, respeto al prójimo, exquisitez de prudencia. Y tan difícil como saber escuchar -y tan necesario para nuestro apostolado- es saber interrogar. Así procede Jesús entre los doctores; está *interrogantem eos* (193), preguntándoles. Aquí sí que, además de prudente, se requiere ser, Jesús, muy tuyo.

En vuestra labor, hijos míos, habréis muchas veces de penetrar en el espíritu de los demás: escuchando, primero, con delicadeza y atención, lo que en ocasiones no os interesa y aun os fastidia; y luego, interrogando, con discreción y caridad para sacar, como con gancho de traperero (194), entre tanto

trapo sucio, entre tanta vanidad y simpleza, la flor brillante que en casi ningún corazón deja de vivir.

(191). *Sal* 118, 100.

(192). Cfr. *Lc* 2, 48.

(193). *Ibid.*

(194). En las ciudades, los traperos solían recoger los desperdicios, sobras, etc. Para clasificar los distintos materiales, utilizaban unos ganchos largos, evitando emplear las manos.

Es preciso ser muy de Dios para saber interrogar; es el modo de evitar el atolondramiento que nos impulsa a pronunciar la palabra inoportuna e inconveniente. Sin embargo, ¡qué naturalmente pueriles somos en algunos momentos, y no sobrenaturalmente niños! Es necesario no caer en la ligereza, y decidirse a rectificar la afirmación precipitada, que quizá se ha lanzado rotundamente. ¡Qué indispensable resulta adquirir esa disposición -saber escuchar que nos ayuda a oír con fruto el consejo de quien puede dárnoslo, porque cuenta con más conocimiento y más autoridad que nosotros! De esta manera se impedirá también -pidamos que así suceda- que se cree una atmósfera de aversión y despego hacia el que manda, por olvido y desatención de sus palabras.

Stupebant autem omnes qui eum audiebant super prudentia et responsis eius (195). ¡Prudencia!, para que yo aprenda a ser discreto, para que salga siempre de mi boca -dominando mis naturales ímpetus- una respuesta sobrenatural.

3) ¿Cuál es el proceder de Jesús con sus padres? Narra el Evangelio que al verle se admiraron: *et videntes admirati sunt. Et dixit mater eius ad illum: Fili, quid fecisti nobis sic? Ecce pater tuus et ego dolentes quaerebamus te* (196); y le preguntó su Madre: Hijo, ¿por qué te has portado así con nosotros? Mira cómo tu padre y yo te buscábamos angustiados. Jesús responde: *Quid est quod me quaerebatis? Nesciebatis quia in his quae Patris mei sunt, oportet me esse?* (197). ¿Por qué me buscabais?

(195). *Lc* 2, 47.

(196). *Lc* 2, 48.

¿No sabíais que debo emplearme en las cosas que miran al servicio de mi Padre? ¿Será esto despego? No: es, sencillamente, colocar a la familia en el plano que le corresponde. En la Obra, que es evidentemente evangélica, que se nutre de la doctrina y ejemplo de Jesús, habrá de suceder lo mismo. Y así hemos de afirmar: el que no coloca a su familia de la tierra en un segundo plano, no conoce el espíritu de la Obra.

¿Es duro lo que acabo de manifestar? Hijos míos, no es mucho lo que Jesús nos pide en este aspecto. No nos exige que hagamos lo que Él, ni mucho menos; Jesús, que reafirma sus doctrinas con un comportamiento maravilloso, suele enseñarnos: te he marcado el camino con mi conducta, pero a ti no te pido tanto sacrificio; solamente *esto...* Y *esto* es colocar en primer lugar a mis hermanos sobrenaturales y, luego, a mi familia según la sangre.

¿Quiere esto significar que hemos de desentendernos de ellos? A las familias se les ayudará en todo momento, aun materialmente. Nuestras familias, con el camino que hemos elegido, salen ganando. Ganarán, desde luego, más que si hubiésemos seguido otras sendas. ¿No vemos todos los días lo que ocurre con el que abandona su casa para formar un hogar nuevo? La familia pasa a un tercer o cuarto término, y con cierta frecuencia es totalmente olvidada; la mujer, los hijos, la situación económica de su hogar, absorben su atención y su cariño; después vienen, si es que vienen, los padres y los hermanos. Es ley natural. En cambio, nosotros continuamos atendiéndoles y nos ocupamos de ellos. Pero sin preocupaciones, sin inquietudes, sin que ese hermano o ese padre llegue a quitarnos la paz. No: por ese camino, no seríamos nosotros para la Obra, sino que la Obra sería para nuestras familias. Y eso supondría una catástrofe.

Cuando se trata de cumplir la Voluntad de Dios, la familia -al hilo del ejemplo de Jesús- no debe contar. Por eso no hemos de prestar atención, cuando se alce como un obstáculo en la tarea que nos ha marcado el Señor. ¿Cómo preferir a la familia, ni a nadie, cuando pretende algo que va contra nuestra santificación, o contra el apostolado, o contra el cumplimiento de la Voluntad divina? En esos casos, si se presentaran, respondamos a nuestros padres con las palabras de Jesús a María y José. Llenos de razón -porque las familias no tienen razón entonces-, aclaremosles que hemos de estar en las cosas de nuestro Padre celestial, que son -para nosotros- las cosas de la Obra.

LAS BODAS DE CANÁ

(11-VII-1937)

1) *Nuptiae factae sunt in Cana Galilaeae* (198)... Celebráronse unas bodas en Caná de Galilea. Imaginamos presentes en aquel acontecimiento será nuestra composición de lugar. La petición, un amor nuevo a la Señora y una nueva confianza en su intercesión.

Jesús, con sus discípulos, acepta la invitación que le han dirigido y concurre a las bodas de Caná. Está sentado a la mesa con todos, como todos. Come, bebe, habla, es uno de tantos.

Hoy no faltan gentes, Jesús, de las que se llaman piadosas, que si te hubiesen visto en aquel lugar se habrían escandalizado. ¡El Maestro... en tal sitio, entre pecadores, en una fiesta mundana! Y quizá brotaría, enseguida, la misma exclamación de los hipócritas de entonces: ¡cómo este hombre va a ser nuestro modelo! Para nosotros, en la Obra, lo es siempre; y, en este caso, modelo de una cualidad absolutamente indispensable para nuestro apostolado: la naturalidad.

(198). *Jn* 2, 1.

Jesús obra con naturalidad. Sus actitudes no chocan con las del mundo. Su virtud no es detonante, ni llamativa, ni tiene exteriorizaciones inoportunas e impropias. En la Obra hemos de imitar, con un interés muy especial, esta conducta del Maestro. Que nuestros arranques de hombres piadosos se produzcan con tal oportunidad y sencillez que -sin chocar de ningún modo- consigan remover a las almas.

El hombre piadoso, si obra con naturalidad, necesariamente se impone. En cambio, el beato sólo consigue provocar risas: sin venir a cuento, con palabras y gestos poco varoniles, pone de relieve su sensiblería o su mojigatería. Nosotros hemos de ser recios en nuestra piedad, hemos de hablar y actuar con las palabras y las acciones propias de un cristiano corriente, que no se aparta del ambiente que le rodea. No podemos segregarnos del mundo:

ahí estamos para luchar contra sus costumbres malas y llevarlo a Dios. Los hábitos de los demás han de ser los nuestros. Eliminemos, pues, de nuestro exterior -de nuestro lenguaje, de nuestra conducta- cualquier gesto raro, que nos haga extraños al medio en el que hemos de desenvolvemos. ¡Qué eficaz será nuestro apostolado, si obramos con naturalidad! Recuerdo una conversación con un Sr. Obispo. Después de haber leído ciertos papeles que le mostré, entendió admirablemente el espíritu de la Obra y me decía: "¡Cuánto bien han de hacer esos apóstoles, en medio del mundo, actuando con naturalidad!" .

Sin embargo, no se vuelve a leer en la vida de Jesús que el Señor estuviese presente en otra fiesta de ese estilo; quizá no asistió a ninguna más. En cualquier caso, fue a las bodas de Caná también para que nosotros aprendiéramos. Si nos es posible, evitamos comparecer en celebraciones de ese estilo; pero, si las circunstancias obligan, no hemos de sentir ningún escrúpulo en obrar como todo el mundo.

2) *Et erat Mater Iesu ibi* (199). En esas bodas se hallaba presente la Madre de Jesús. *Regina Apostolorum*, entre los Apóstoles vemos a nuestra Madre. El pueblo cristiano la llama también Esperanza, la ha consagrado con este nombre, y a Ella acude en todas sus necesidades. También nosotros la tratamos así: *Spes*, y *Sedes Sapientiae*: *Sancta Maria, Spes nostra, Sedes Sapientiae, ora pro nobis!* Madre nuestra, ¡cuántas veces habrá salido de unos labios juveniles -juveniles doblemente, porque no los marchitaron los años ni el pecado- esta tierna invocación de tus hijos en la Obra! *Spes nostra, Sedes Sapientiae!* ¡Y cómo se reafirma nuestra confianza en ti, al contemplar tu conducta en esta ocasión! ¿Quién te llamó *Omnipotencia suplicante*? Es poco, para lo que tu intercesión logra. En realidad, no es suplicante, porque tú misma eres la que ordenas, conociendo que tu Hijo está siempre dispuesto a atender todos tus deseos.

Ahora, este poder de la Virgen se va a aplicar en favor del anfitrión de la fiesta. Había llegado para él un duro trance: el vino se acababa. Y Nuestra Señora quiere sacarle del apuro, advirtiéndole la situación, aunque él, que debía ser hombre cabal, nada comentara. *Et deficiente vino, dicit Mater Iesu ad eum: vinum non habent* (200). Ya intercede la Señora, comprendiendo la prisa y la necesidad, aun sin que nadie se lo ruegue. La contestación de Jesús parece dura: *Quid mihi et tibi est, mulier?* (201). Mujer, ¿qué nos va a ti y a mí?

(199). *Jn* 2, 1.

(200). *Jn* 2, 3.

(201). Jn 2, 4.

La respuesta de Jesús a su Madre es, en apariencia, negativa. Saldrá adelante la petición de la Virgen, por esa tozudez sobrenatural que es la perseverancia. ¿Que el Señor, a primera vista, se niega a escucharnos? Insistamos en la petición. Desde que comenzó este año de revolución, ¡cuántas cosas he suplicado y no me han sido concedidas! ¿Me desanimaré por eso? No; seguiré rogando, con la seguridad de que, si conviene a la gloria de Dios -y conviene: por eso se las presento-, mi ruego será acogido.

¿No habíamos dicho que Nuestra Señora es más que la *Omnipotencia suplicante*? Lo comprobamos ahora. Es Ella misma la que ordena a los criados y les indica: *Quodcumque dixerit vobis, facite* (202). Haced lo que Él os mande. Luego, si yo quiero que mi Madre me ayude, he de cumplir la Voluntad de Dios. No cabe la menor duda: para asegurarme la *complicidad* de María en mis empresas, tengo que obedecer a Dios. ¡Con cuánta frecuencia, durante estos largos meses, me he dirigido a ti, Madre mía, para que me sostuvieses en la lucha contra mi flaqueza, en los desmayos de mi voluntad, cuando las preocupaciones pretendían robarme la paz, cuando me apremiaba la tentación y mis nervios se rebelaban! ¿Cómo no había de auxiliarme, si mi luchar en todo eso era precisamente para obedecer mejor a Dios? Quien desee seguir fielmente el camino que el Señor le marca, encontrará siempre en María un auxilio constante y poderosísimo.

3) Los criados, ejecutando las órdenes de Jesús, llenan seis tinajas de piedra, grandes. Son el recipiente en que se obrará el milagro. El objeto, en el que resplandecerá la maravilla de la acción de Jesús, es así de inerte; lo único que puede ofrecer es su completa disponibilidad, para recibir los efectos de esa acción. Lo que se espera de cada uno es que esté perfectamente vacío, limpio de polvo y de suciedad.

(202). Jn 2, 5.

Nosotros, que nos sabemos con la misma incapacidad que aquellos vasos para llenarnos por nuestra cuenta del vino de las virtudes y gracias, hemos de prepararnos para ser menos indignos de la acción del Señor. Dentro de nosotros se contiene polvo que limpiar, suciedad que raer; quizá un poso de podredumbre que otros vinos impuros han dejado, o restos de todo lo que anteriormente nos ocupó. Es preciso vaciarse perfectamente; y así, vacíos y limpios de nuestro yo, seremos sujetos aptos para que Dios realice sus milagros en nosotros. Entonces nos dirigiremos a nuestra Madre, a los Ángeles Custodios, a San José -Padre y Señor-, y a nuestros Santos Patronos; ellos

nos llenarán hasta el borde, *usque ad summum* (203), del agua que Jesús ha de transformar en vino.

El Señor añade luego: *haurite nunc, et ferre architriclino* (204). Sacad ahora el contenido y llevadlo al maestresala. Una vez más se pone de relieve la consideración de Jesús hacia la jerarquía. El Señor transmite sus órdenes, por medio de la autoridad. Nuestra unión con la autoridad legítima en la Obra nos une a Él, y sus beneficios nos llegan a través del que está arriba. El maestresala llama al esposo y, después de gustar el vino, le comenta: *todos suelen servir el buen vino al principio y luego que los convidados han bebido bien sacan el más flojo. Mas tú reservaste el buen vino para el final* (205). Porque Jesús colma la medida de sus dones, sobrepasando con mucho nuestros deseos.

(203). *Jn* 2,7.

(204). *Jn* 2, 8.

(205). *Jn* 2, 10.

Terminemos hablando con nuestra Madre que, con su intercesión, ha provocado el primer milagro de Jesús. Éste es nuestro camino: el amor a la Señora, la confianza en Ella. Pidámosle que nos conceda la naturalidad en todas nuestras cosas. Y que, con su auxilio, nos despojemos de todo lo que nos ata al mundo, para que -limpios de toda imperfección- podamos ser objeto de la acción misericordiosa del Señor.

CURACIÓN DE UN LEPROSO

(12-VII-1937)

Os sugiero que contemplemos la escena evangélica que vamos a describir, y que ejercitemos nuestras potencias en la presencia del Señor. La petición será el conocimiento de nosotros mismos y, desde este punto de vista, la humildad en lo que se refiere a nosotros y la caridad con nuestro prójimo.

Jesús desciende del monte, en donde había hecho oración, al llano. La multitud le sigue. ¡Pero qué pocos le acompañaban antes en la cumbre! ¡Qué pocos son, Señor, los que marchan en pos de Ti hasta lo más alto! *Pauci vero electi* (206): los elegidos son pocos. Y al considerar que nosotros somos, a pesar de nuestra indignidad personal, de esos pocos, dejemos que el corazón se encienda en afectos de humildad y de gratitud.

(206). Mt 20, 16.

Mirad cómo el Señor es tratado por los que le rodean, por los extraños y por los discípulos que con Él conviven. ¡Qué inconsideración! No saben quién es. Sin embargo, en el Maestro, ¡qué caridad, qué comprensión! En lugar de condenar, exhorta, perdona, derrama el bien por todas partes. Y nosotros, ¿nos atreveremos a despreciar a aquéllos que Cristo no despreció? ¿No tendremos que usar, por el contrario, de esa comprensión indulgente que Jesús empleaba? ¿No buscaremos imitar aquella grandeza de corazón, que se compadecía generosamente de las flaquezas humanas, en lugar de irritarse por esas debilidades?

La gente sigue a Jesús por la llanura. Aquí sí que marchan todos en pos de Él. No nos engañemos nosotros, no pretendamos exigir a nuestros prójimos que afronten las mayores dificultades. Muchos no están en condiciones de seguir a Cristo cuando sube al monte; le acompañarán, sí, pero en el llano. Nuestra labor ha de ser, por tanto, facilitarles el camino, dejárselo desembarazado de obstáculos, hacérselo agradable y andadero. No vayamos a interponer en su ruta, por incompreensión, montañas que quizá, desanimándoles, se les conviertan en cordilleras. Tratemos a nuestros prójimos mirando el ejemplo de Jesús; ¡y cómo les trataba Él!, ¡con qué cariño! Por eso la muchedumbre le rodea con tanto amor.

Ahora, sin embargo, se observa en la multitud un movimiento extraño; las gentes se apartan, creando un pasillo, a la manera del surco que abre en una masa compacta alguno que fuese gritando: ¡que mancho! Por ese espacio en

claro avanza un leproso. Considerémonos nosotros semejantes a él, y quizá aún nos quedemos cortos. Descubramos la lepra de nuestros pecados, que nos cubre enteramente, convirtiéndonos en seres repugnantes y despreciables. Este pensamiento nos colmará de humildad y de paz, nos dispondrá a la mansedumbre ante las inconsideraciones de los demás; reconociendo nuestra abyección, será también nuestra súplica más fervorosa, más agradable a Dios.

Nos encontramos, pues, como leprosos ante el Señor. Mirando a este enfermo del Evangelio, nos vemos también a nosotros mismos. Su aspecto no puede ser más miserable; tiene los labios carcomidos, las mejillas raídas, un ojo está a punto de desprenderse, los dientes no encajan en sus alvéolos, la piel está manchada de verde y amarillo, y brilla a trechos con tonalidades de escama. El hedor de sus pústulas toma insufrible su proximidad. Sin embargo, la multitud soporta su presencia. También ahora hallamos, en la gente que se apiña alrededor de Jesús, un nuevo ejemplo de comprensión. En lugar de sepultar al pobre leproso bajo una lluvia de piedras, bajo una pirámide de indignación, le permiten acercarse al Maestro.

Ya está ante Él: sabe que no ha de rechazarle. Su voz se oye claramente, llena de fe, expresando las ansias de su corazón: *Domine, si vis, potes me mundare* (207). Señor, si quieres, puedes limpiarme. El Maestro extiende hacia aquel montón de podredumbre su mano y, tocándolo, pronuncia las palabras de salvación: *Volo, mundare* (208); quiero, sé limpio. Al instante, aquella carne en putrefacción, cubierta de miseria, se convierte en carne sana y varonil. Pero Jesús pide al favorecido discreción; le dice: *mira, a nadie lo cuentes* (209). ¿Por qué publicar, si Él no lo pide, las mercedes recibidas? y sigue: *ve, muéstrate al sacerdote y ofrece la ofrenda que mandó Moisés para que les sirva a ellos de testimonio* (210).

(207). Mt 8, 2.

(208). Mt 8, 3.

(209). Mt 8, 4.

(210). *ibid.*

¡Cómo resplandece aquí el respeto de Jesús hacia el sacerdote!, aunque eran sacerdotes de la Ley Antigua, servidores de un Arca Santa que era tan sólo una figuración de nuestros Sagrarios. ¿Qué consideración habremos de mostrar nosotros hacia los sacerdotes de la Ley Nueva, que poseen el poder de cambiar el pan en la misma Carne de Cristo? ¡Cómo debemos extremar con ellos la comprensión, cubriendo sus miserias y flaquezas de hombre con la capa de la caridad! No hemos de olvidar -son palabras del Señor que, según juzguemos, así seremos juzgados (211). Y el juicio corre aquí, especialmente, el riesgo de ser falso e injusto.

Dediquemos los últimos minutos de la oración a rectificar cuanto haya que rectificar en punto a humildad por nuestra parte, y a comprensión con nuestro prójimo.

(211). Cfr. *Mt* 7, 2.

JESUCRISTO DORMIDO EN LA BARCA

(19-VII-1937)

Abrimos el Evangelio y nos representamos a Jesucristo dormido en la barca, y nosotros a su lado (212). Nuestra petición será que nos conceda su paz y su ayuda en medio de las borrascas y tempestades del mundo.

Ayer -pensamos- ¡cuántas faltas de correspondencia de nuestra parte! ¿Cómo obtendremos la palabra de indulgencia de Jesucristo? Si observamos en el Evangelio las personas que se mueven en derredor de Jesús, y que gozan preferentemente de los favores de su intimidad, advertiremos que pertenecen, casi exclusivamente, a estos tres grupos: los Apóstoles, los niños,

y los enfermos de cuerpo o de alma, los pecadores. ¿Por qué, pues, si no podemos hoy ser apóstoles, queriendo serlo, no nos decidimos a incluirnos en la categoría de los niños? ¿No lograremos así, achicándonos, mayor probabilidad y mayor derecho a alcanzar la piedad del Maestro? No vacilemos, pues; con la cara llena de churretes, las manos sucias, el vestido desgarrado, por entre la muchedumbre de pequeños que le siguen constantemente, nos llegaremos hasta él. su mirada, lumbre que purifica y que revive, está puesta en nosotros.

(212). Cfr. *Mt* 8, 24.

Pero... ¿no habíamos comentado al principio que estábamos en la barca con Jesús, en esta barca de la Obra en la que Él desea que, en su compañía, cumplamos este viaje de la vida? ¿Por qué intentamos salirnos de esta barca? ¿No correremos entonces el riesgo de perecer entre las olas que nos rodean? Bien seguros nos refugiamos aquí, puesto que avanzamos con Él. No me canso de repetiros que, si no le dejamos, Él no nos dejará. ¿Que sobrevendrán borrascas, y quizá tempestades terribles contra la barca de la Obra y contra la barca de mi alma? Bien. ¡Pero qué seguridad la tuya, la mía, al estar con Cristo, qué confianza nos da su amparo! Y aquí se encienden y se vierten en Él nuestros afectos.

¿Cómo han de ser estos afectos? Ayer, hoy, siempre, pase lo que pase, estos afectos no pueden ser sino afectos de confianza. No nos dirigamos al Señor con quejas, con tristezas y desmayos. ¿Por qué ocurre todo esto? Supongamos que nos sucediere lo peor que pudiera ocurrirnos: que no por fragilidad, sino por malicia, con un odio teológico a Jesucristo, desobedeciésemos su Voluntad abandonándonos a las borrascas del mar del mundo, e incluso buscándolas. Nada puede existir más horrible -antes morir- que esa oposición consciente a Dios. Pues incluso en un caso tan extremo deberíamos después dirigirnos a Jesús sin perder la confianza. Quizá en una situación así no podríamos ser ni apóstoles ni niños; ¿pero no hablábamos antes de un tercer grupo de personas a las que Cristo ama con predilección, los pecadores? Sí, éste habría de ser entonces el grupo propio, el nuestro, para no perder la confianza en el Señor: el de los enfermos del alma, el de los pecadores. En ese caso no deberíamos intentar otra cosa que acercarnos al Maestro, con entera confianza, a pesar de nuestra lepra y de nuestra miseria.

Hijos míos, paz. Considerando esta confianza en Jesucristo -que nunca ha de abandonarnos-, obtendremos una confirmación de nuestra paz. Él está con nosotros. El mar que nos rodea, es cierto, parece a ratos un cristal azogado cuya lisa superficie no riza ningún viento; otras veces se alzan montes de agua que nos anegan, que nos hunden -así amenazan- en los abismos más profundos. Estas tempestades pueden suponer un peligro de zozobra, o para la barca de la Obra, o para la de nuestra alma. ¿Habremos de inquietarnos por eso? No, si permanecemos junto a Cristo.

Pongámonos en lo peor. La Obra, deshecha; combatidos los que la sirven, por toda clase de persecuciones; heridos, por la traición de muchos Judas; asediados, por tremendas necesidades económicas; desprestigiados, sin conseguir nada de lo que pretendían. Lo peor, en fin. Bien, ¿y eso qué? Parece entonces como si el Señor nos hablará: "Hijo mío, la revolución más terrible que registra la historia; tu interior descompuesto por los miasmas que se han infiltrado de fuera; todo eso, es cierto, está pasando sobre ti como una furiosa tormenta. Pero nada puede robarte la paz, a no ser el pecado grave. En cuanto a mi Obra, sabes que se ha de realizar, porque Yo lo dispongo, contigo, sin ti, o a pesar de ti. ¿Acaso piensas que no estimo que en la más florida juventud hayas hecho entrega a tu Dios de todo el amor capaz de albergar tu corazón humano? Permanece fiel; lo demás, ¿qué importa?".

Es verdad. El Señor contempla nuestro esfuerzo: Él nos sostendrá. Además, yo sé que el Corazón de mi Señor no consentirá que me abrumen tantas calamidades juntas como las que antes he apuntado. Pero si Él decide probar nuestra fe y se queda dormido en la barca, aún encuentro un recurso, que es clamar con una súplica llena de confianza: *¡Sálvanos, Señor, que perecemos!* (213). Estoy seguro de que, entonces, Él mandará con imperio a los vientos y tempestades, y ordenará al mar que se apacigüe.

¿Por qué, pues, abandonarnos a estos temores, a estas preocupaciones que nos roban la quietud? *Cristo vence, Cristo reina, Cristo impera*. Con su omnipotencia, Él no cesa de corresponder al ofrecimiento que un día le presentamos con aquellas palabras de Samuel: *ecce ego, quia vocasti me!*

(214); ¡aquí estoy, porque me has llamado! Y aunque no fuéramos fieles, Él puede sustituir -en favor de la Obra- un Helí por un Samuel, un Judas por un Matías, un Saúl por un David. Hemos de conservar la paz, sabiéndonos instrumentos de la victoria de Dios, brazos que sostienen el cetro de su reinado, soldados del ejército que defiende su imperio en el mundo.

(213). *Mt* 8, 25.

(214). 1 *Sam* 3, 9.

A ti nos dirigimos ahora, Madre nuestra. Entre esos dulces piropos con que te invocamos y que forman como un tesoro de piedras preciosas, después de esos *Mater*, y *Spes*, y *Sedes Sapientiae*, hay una gema que el Pontífice anterior al actual quiso engarzar en tu corona: *Regina pacis*, Reina de la paz. Fue Benedicto XV quien te dio ese título tan hermoso (215); pero no te consideramos nosotros ahora sólo como Reina de esa paz material que hace enmudecer los cañones, que convierte a los pájaros sembradores de muerte en palomas mensajeras del amor, sino también como Reina de la paz interior. Sí, intercede por todos tus hijos de la Obra, trae a sus corazones la paz que les empuje a sentirse seguros y tranquilos en medio de todas las vicisitudes. Rogando por cada uno, terminamos la oración con un *Acordaos*.

Aprovechad el coloquio con nuestra Madre Santa María, para lograr la *gracia eficaz* que reúna, en nuestro apostolado, a tantas almas como hay en el mundo, muy dispuestas a servir a Cristo precisamente ahí; y pedid que el solo deseo de emprender este camino cristiano les llene de esa bendita paz, que es el *resello* que certifica la autenticidad de nuestro abolengo de familia sobrenatural.

(215). El Papa Benedicto XV añadió la invocación *Regina pacis* a las letanías laureanas, con ocasión de la primera guerra mundial.

EL TRIGO Y LA CIZAÑA

(20-VII-1937)

1) *Rabbi*, Maestro. Así llaman los suyos al Señor. Es Maestro no sólo por su palabra, sino también por la eficacia de su ejemplo. Aprendamos, pues, la lección que hoy quiere darnos, en la meditación de una parábola. Vivirla, paso a paso, será nuestra composición de lugar; la petición: que aprovechemos las enseñanzas que contiene.

Estamos delante del Maestro. Hijos míos, mirad que no es posible hacer oración sin Él. Yo pienso que Pedro y los otros dos Apóstoles que se durmieron en el Huerto, la noche de la Pasión, se durmieron por quedarse lejos del Maestro, por haberle dejado solo. Peguémonos nosotros bien a Jesús; no nos quedemos solos. La oración, oyendo sus palabras, saldrá abundante y fecunda.

Semejante es el reino de los cielos a un hombre que sembró buena simiente en su campo (216), comienza diciéndonos en su parábola. He aquí que yo tengo la obligación de sembrar. Como un eco de la voz del Maestro, a través de los siglos, oigo en mi interior: ¡Siembra, alma de apóstol! Pero, ¿qué es sembrar? Sembrar es derrochar. Derrochar salud, generosidad, sacrificio. Esto mar a manos llenas del tesoro de nuestro espíritu, y esparcirlo con esplendidez sobre la tierra que nos rodea. Es arrojar al surco, ampliamente, el oro vivo de nuestra sangre, de nuestro esfuerzo. Y para esto, puesto que somos apóstoles, hemos de mortificar nuestra comodidad y nuestro egoísmo.

(216). Mt 13, 24.

Pensemos, examinémonos; sin examen, la oración no produce frutos de enmienda ni de mejoramiento. ¿Cómo hemos cumplido nuestra obligación de sembrar? ¿Nos ha faltado, quizá, generosidad? ¿No habremos hecho caso a nuestro egoísmo? Que cada uno mire en su interior. ¿Habré sido acaso ciego, habré arrojado mi semilla en terreno estéril, sobre rocas, y no sobre el campo abonado por mi paciencia, por mi sufrimiento, por mi oración? Vamos a meditar un poco y, luego, a ratificar o a rectificar nuestra actuación.

Continúa la parábola: *Mientras dormían los hombres, vino cierto enemigo suyo y sembró cizaña en medio del trigo, y se fue* (217). Luego... ¡yo no debo dormir! Yo he de estar siempre alerta, preocupado por la siembra,

atento y vigilante, no sea que el enemigo intente llenar de cizaña mi campo. Sí; yo tengo que hacer, hasta de mi sueño, una vela: vigilar hasta cuando duerma; ser tan de Cristo -¡soy de Cristo!- que hasta lo más elemental y bajo de mi vida, hasta las necesidades fisiológicas, se conviertan en ocasión de alabar a Dios, porque las convierta en un acto de obediencia a su Voluntad.

(217). Mt 13, 25.

El sueño, según la Sagrada Escritura, es imagen de la muerte. Por eso, las caídas, que llevan a la muerte espiritual, ¿no producirán acaso como efecto dejar descuidado el campo? ¿No se aprovechará de esos tropiezos el enemigo para acudir a sembrar la mala simiente de la cizaña?

Recuerdo ahora aquella imagen de la concatenación, de la que tan insistentemente os he hablado. Yo soy eslabón de una cadena; en mí se sostienen otros eslabones... Yo no me he de salvar ni me he de condenar solo; arrastraré a otros conmigo, hacia la muerte o hacia la Vida. ¡Dependen tantas cosas de mí, de mi fidelidad, de mi lucha! Mi celo o mis caídas repercuten en los otros. ¡Qué gran motivo para desear permanecer siempre alerta! Si mi muerte o mi vida, mi sueño o mi vela, han de repercutir en las almas que se pusieron al alcance de mi mano de sembrador, concédeme, Señor, que yo nunca me duerma.

2) *Estando ya el trigo en hierba y apuntando la espiga, apareció también entonces la cizaña* (218), nos sigue anunciando el Maestro. Pienso ahora en las almas sanas, a las que toca desenvolverse en un ambiente pervertido. Descubriendo a su alrededor una extensión inmensa y apretada de cizaña, quizá se desanimen y sientan la voz del enemigo que murmura: ¿para qué esforzarte? ¿Qué puedes conseguir tú? Déjate llevar por la corriente. A última hora, ¿qué?... ¡No, hijo mío! No prestes oídos al sembrador de la mentira. ¡Dejarse llevar por la corriente, permitir que el ambiente te sofoque! Los hijos de Dios hemos de llevar con nosotros nuestro propio ambiente. Ese ambiente se ha de imponer, con la gracia de Dios, a pesar de los pesares. Sí, hay que proclamar, sin miedo, la fecundidad de la virtud, de la conducta recta, del apostolado perseverante.

(218). Mt 13, 26.

¿Que no ha de producir frutos mi ejemplo, mi modo de obrar y de comportarme? No es verdad: basta acudir a la experiencia. Contemplaré entonces cómo los que están en contacto conmigo mejoran, gracias a la influencia de la salud que yo despido. Esto es lo que he de poner por obra: estar en medio del mundo para limpiarlo, para vivificarlo. He de revivir a la inversa la parábola de hoy. Con la gracia divina, he de lanzarme entre la cizaña, para ahogarla con las abundantes espigas que nacerán de mí, por bondad del Señor. Hasta las mismas puertas del infierno ha de ir la Obra, para realizar su misión salvadora, para arrancar almas al demonio. Más allá, no, porque más allá no se puede amar a Dios.

Es cierto. En el horizonte inmenso que abarca la mirada, todo parece una charca inmensa, hedionda. Pero mi trabajo, mi ejemplo, la labor de la Obra han de cambiar el ambiente. Primero surgirán aquí y allá, aisladas, algunas espigas de trigo. Esas espigas se irán luego multiplicando, y formarán como islotes entre la podredumbre. Después, esa cosecha se irá dilatando, hasta cubrir toda la tierra visible. Y lo que antes era pantano sucio y estéril se habrá convertido en trigal, por la misericordia de Dios. No. Este esfuerzo nuestro no ha de ser inútil. ¡Con qué gusto contemplo cómo el grano de trigo se pudre en el surco, se corrompe y muere! (219). Porque muere para traer nueva vida: primero en una brizna verde de hierba, y después en una dorada y esbelta espiga, que es la plenitud en que cuaja la fuerza que latía en la simiente. Señor: acepto con gusto mi pequeñez, mi oscuridad, mi muerte aparente; no dudo de que todo esto no ha de ser inútil y que algún día fructificará en espigas maduras y llenas de grano.

(219). Cfr. *Jn* 12, 24.

3) y llegando los criados del padre de familia, le dijeron: Señor, ¿no sembraste buena simiente en tu campo? Pues ¿cómo tiene cizaña? Contéstales: algún enemigo mío ha hecho esto. Replicaron los criados: ¿Quieres que vayamos acogerla? No, les respondió; no sea que al arrancar la cizaña, arranquéis con ella el trigo. Dejad crecer uno y otra hasta la siega; que al tiempo de la siega diré a los segadores: coged primeramente la cizaña, y atadla en manojes para quemarla; mas el trigo recogedlo y metedlo en mi granero (220).

Muchas veces, el Señor no consiente que se produzcan escarmientos públicos, castigos colectivos, por no arrancar el trigo mezclado entre la cizaña. ¡En cuántas ocasiones suspende la acción terrible de su justicia, para no herir a la planta sana que se halla rodeada de maleza! De este modo, las espigas buenas pueden cumplir la misión de aquellas manos de Moisés, alzadas al

cielo en demanda del favor divino (221). ¡Qué nuevo motivo para encenderse y purificarse y desear una conducta santa! Podemos detener el rayo de la cólera de Dios con nuestra vida entregada. Pero admiremos, junto a este cariño del amo por sus espigas, la paciencia de su justicia. El Maestro retrasa para el final la ejecución del castigo; lo señala claramente, hablando del infierno, pero lo aplaza hasta después de la siega, de la muerte.

(220). Mt 13, 27-30.

(221). Cfr. Ex 17, 8-13.

¡Cómo nos llenaremos de comprensión, si imitamos la conducta de Dios! En lugar de precipitarnos a juzgar a nuestro prójimo, y quizá a condenar duramente, hemos de pensar en lo que sería de nosotros si hubiéramos estado en el ambiente en que se movió el hombre que enjuiciamos; si hubiéramos leído los libros que él leyó; si hubiésemos sentido las pasiones que a él le dominaron. Esta consideración pondrá en nuestro trato una caridad, que habrá de ganarle para nuestra causa. ¿Quién sabe si esa persona, a la que pretendíamos descartar en un momento de precipitación -de atolondramiento-, será luego un alma que, lanzada por el recto camino, nos deje atrás a nosotros? *Precucurritcitius Petro* (222).

Llegó antes que Pedro, señala el Evangelio hablando de San Juan. ¿No nos basta como ejemplo el caso de Pablo que, llamado tarde al apostolado, supo ganar tantas almas; y, después de haber sido perseguidor de cristianos, fue ejemplo para todos? Comprensión, pues; esa criatura, a la que quizá en nuestro interior despreciamos y condenamos, ¿quién sabe si corregida, purificada, convertida en espiga sana, no producirá frutos más sabrosos que nosotros? y ahora, un coloquio con nuestra Madre, *Regina Apostolorum*. Recapitulemos ante Ella los puntos anteriores: pidámosle que obtenga para todos los de la Obra la cualidad de buenos sembradores; pidámosle vocaciones que sean como esas espigas que sobresaliendo en la charca - primero aisladas, agrupadas luego en islotes- acaben por llenar toda la superficie de la tierra; roguémosle que nos consiga una comprensión llena de caridad, acordándonos de esa frase: *precucurritcitius Petro*. Y terminemos con nuestra invocación de siempre: *Sancta Maria, Spes nostra, Sedes Sapientiae. Ora pro nobis!*

(222). Jn 20, 4.

EL GRANO DE MOSTAZA

(25-VII-1937)

1) El Evangelio de San Mateo nos ofrece hoy el tema para nuestra meditación. Escuchemos las palabras del Maestro, de las que siempre hay tanto que aprender. Habla del Reino de los cielos y lo compara a un grano de mostaza; yo lo he tenido entre mis manos, y he visto que es, entre las simientes, una de las más pequeñas. Pero después de ser arrojada a la tierra se convierte al fructificar, no en un árbol, pero sí en un arbusto tan grande que puede dar refugio entre sus ramas a las aves (223).

También es semejante el Reino de los cielos a la levadura, que hace fermentar toda la masa de harina en que se introduce (224). Con esta composición de lugar, entremos en los puntos de nuestra meditación, pidiendo a Dios un fuerte amor a la Obra.

(223). Cfr. *Mt* 13, 31-32.

(224). Cfr. *Mt* 13, 33.

Aprender a escuchar. Es la primera lección que nos presenta este pasaje del Evangelio. Jesús habla, sentado a la orilla del mar, y nadie le interrumpe (225). Oyéndole, agrupados jerárquicamente a su alrededor, están los Apóstoles; sin atender a jerarquía ninguna, subidos en sus rodillas, los niños; de vez en cuando, la multitud -que se apiña en torno suyo- se abre para dejar paso a un enfermo o quizá a un pecador o a una mala mujer, que vienen a echarse a sus pies y que no partirán, de seguro, sin una palabra de alivio y de perdón. Todos callan y acogen la voz del Maestro. ¿Cómo no saboreada también nosotros, si está tan llena de enseñanzas, de poder, de eficacia? ¡Escuchar! Muy a menudo, nuestra oración ha de consistir en callarnos y en ponernos a recibir con atención las palabras que Jesús nos dirige.

(225). Cfr. Mt 13, 1.

Señor nuestro, aquí nos tienes dispuestos a escuchar cuanto quieras decirnos. Háblanos; estamos atentos a tu voz. Que tu conversación, cayendo en nuestra alma como dardo encendido, inflame nuestra voluntad para que se lance fervorosamente a obedecerte. Sí: escuchar en silencio, con atención, a Dios, ha de ser en muchos momentos nuestra oración. Dejar que, con la acción de sus consejos, brote y se derrame el caudal de nuestros afectos; entonces nuestras frases están también fuera de lugar; su sonido parece deslucir lo que siente el alma. Es el momento del *Deus meus el omnia*, de Francisco de Asís; es el instante en el que se exclama con ese otro gran santo tan poco conocido, incluso por los españoles, San José de Calasanz: *Dios mío, te amo sobre todas las cosas*.

El Evangelio, lo hemos recordado y comprobado muchas veces, no tiene palabras que no sean aprovechables. Los evangelistas, bajo la inspiración del Espíritu Santo, eligieron todo lo que podía traer bien a nuestras almas y no añadieron una frase ociosa. Sepamos, pues, recoger atentamente -y aprovecharlas- las enseñanzas del Señor. Y cuando nos asalten preocupaciones, cuando nos sintamos tentados y desalentados, corramos más que nunca a estar con Jesús. Saldremos de esa oración, con la confianza y la serenidad del que sigue la Voluntad de Dios. Por terrible que sea el oleaje que nos azote, por hondos que se nos antojen nuestro temor y nuestra turbación, terminaremos siempre con la cabeza alta, dispuestos a arrostrar todas las contradicciones sin perder la paz.

2) El segundo punto de nuestra meditación carece aparentemente de relación con el primero, pero la tiene en realidad, y muy íntima. La Obra...; ¿qué es ahora la Obra? Apenas hay nada visible; es verdaderamente el grano de mostaza. Unos pocos hombres, sin prestigio, sin posición económica, sin experiencia, casi todos al comienzo de sus vidas. Pero nosotros conocemos que de este grano de mostaza, en el campo sobrenatural de la Iglesia, crecerá un arbusto que cubrirá todo el mundo con su tallo, con sus raíces, con sus ramas, en las que muchas aves viajeras buscarán cobijo.

Hemos contemplado cómo el Señor, después de hacerlo nacer, lo cuida y lo transplanta y lo riega y lo poda. ¿Cómo reaccionaremos si el huracán se

desata, y en algunos momentos no por parte de los malos, sino de los mejores; si experimentamos, en fin, la *contradicción de los buenos*? Pues lo que acabamos de aconsejar: callar y oír. Y, atendiendo a lo que Dios nos sugiere, cobraremos nuevas fuerzas y podremos repetirle: estoy plenamente seguro de que Tú, Señor, como en otros tiempos has impulsado otras empresas, quieres realizar ahora esta Obra tuya. Estoy también íntimamente persuadido de que tu Voluntad es que te sirva en esta parcela de la Iglesia. Cumpliendo esa Voluntad, ¿qué me importa todo lo demás?

3) Hemos sostenido en más de una ocasión que no se requiere que sean muchos los que, cumpliendo la Voluntad de Dios, extiendan su reino en el mundo mediante la Obra. No es mucha la levadura que fermenta la masa. Pero sí es necesario que esos pocos hombres tengan calidad de fermento, que sean hombres de discreción extremada, de un amor a Dios que se desborde en los demás. ¿Qué importa que haya en España tres mil personas de mi situación y de mi clase, si yo solo -con la ayuda de Dios- las puedo arrastrar por el camino recto? ¡Qué amor a la Obra debemos fomentar, y qué seguridad hemos de abrigar en la fecundidad de su misión!

Un hombre -bueno o tibio o malo-, si está solo, desarrolla en el mundo una actuación más o menos relevante. Pero ese hombre bueno, engastado en una sana organización, hace labor que se multiplica sin cesar en frutos; el hombre tibio está traicionando su vocación y no alcanzará remedio, porque, creyendo que es idóneo, no se esfuerza por enmendarse; un hombre malo produce corrupción y consigue, en lugar de eficacia salvadora, frutos de maldad. La consideración de esta realidad ha de excitarnos a mejorar, a conservar y aumentar nuestro fervor. No estamos solos: muchas almas en nuestro camino esperan en nosotros, y nos están gritando: ¿no ves que pendemos de ti, que no contamos con más vibración que la que tu motor sobrenatural nos transmite?

¡Cuántas enseñanzas hoy, aprendidas de Jesús! La necesidad de saber escuchar; la confianza, en medio de las contradicciones; la seguridad de que nuestra labor es fecunda... Para terminar, en el coloquio con Nuestra Señora, *Regina Apostolorum y Sedes Sapientiae*, le pedimos que nos obtenga la

ciencia para entender y seguir la Voluntad del Señor, amando con amor intensísimo y operativo a esta Madre nuestra, la Obra.

NON EST ABBREVIATA MANUS DOMINI

(26-VII-1937)

1) Fue hace veinte siglos cuando la mirada de Jesús encendió en amor a Juan, cuando cambió la voluntad enérgica de Pedro y cuando, con su persuasión irresistible, movió a Leví a abandonar el dinero... Pero aquellos hombres, ¡qué pobre cosa eran! Hasta que el Espíritu Santo no desciende sobre ellos y los cubre y los enardece, no acaban de decidirse a amar de verdad; y eso, a pesar de haber estado en contacto con Cristo, de haber presenciado sus milagros, de haber expulsado ellos mismos -con sus propias palabras los demonios, de haber curado enfermos.

Yo los veo, la víspera de su separación, antes de dispersarse por el mundo, besando la mano de mi Madre la Virgen. ¡Pobres Apóstoles! Hombres sin formación, sabedores de su martirio y de su muerte violenta, aceptan sin embargo el papel de colaboradores de Cristo, en la salvación del mundo, y parten a derrocar el paganismo y a llenar la tierra de sangre cristiana. Muy pronto ha de acompañarles, en la predicación y en el suplicio glorioso con que sellan la fe predicada, Saulo, el antiguo perseguidor, el que daba coces contra el aguijón (226). Allá van todos, con su pureza, a limpiar la charca sucia y verdosa del mundo pagano; a combatir -con las pequeñas virtudes que practican: el pudor, la modestia, el recato- la tendencia al placer de aquella sociedad y el cultivo excesivo de los deportes y de la gimnasia, tendencia nacida de su adoración del cuerpo, de la fisiología. Se han adentrado hasta el mismo corazón del mundo antiguo: están en Roma. ¿Qué podrán realizar ellos allí? La respuesta nos la muestra la historia: el trono de los emperadores se derrumba y hoy, después de dos mil años, Pedro sigue siendo Obispo de Roma en la persona de Pío XI.

¿Cómo logran esto? La sociedad romana comienza a contemplar asombrada que hombres jóvenes, con fortaleza de cuerpo y de alma, se convierten en apóstoles de la fe nueva; no se han segregado del mundo y nada les distingue de los demás; si acaso, esa luz vibrante que arde dentro de su

pecho. Contempla también a las vírgenes, pertenecientes a familias patricias de la Roma imperial y a la plebe, que coronan su inocencia con la penitencia. Y empieza a percibir los efectos de un apostolado perseverante, sin intermitencias, rebotante de generosidad y sacrificio; a través de la bulla de las fiestas, en los anfiteatros y en medio de los banquetes monstruosos, la voz de Cristo suena cada vez más fuertemente.

(226). Cfr. Hech 9, 5.

En las arterias y venas de la propia ciudad, en los cementerios y columbarios, corre ya una nueva sangre. De entre los que se reúnen en banquetes placenteros -mesas que agrupan en torno suyo al israelita y al gentil, al poderoso y al esclavo y al liberto- sale, por una labor discreta, perseverante, eficaz, el mundo nuevo del Cristianismo. ¡Encantador y oculto apostolado de los primeros! Se justifica la afirmación, llena de orgullo legítimo de Tertuliano: somos de ayer y lo llenamos todo. Nos hemos introducido en todas partes: en las ciudades, en el palacio del emperador y en los campamentos militares, en el foro, en los centros de estudio... *Sola vobis relinquimus templa*. Solamente os hemos dejado los templos (227). Y así, sin explicarse cómo, este mundo pagano -penetrado y vencido por el Cristianismo- se derrumba para siempre.

(227). Cfr. Tertuliano, Apologético 37.

2) Siglo XIII. El Señor se complace en las oraciones, en los sacrificios, en los cantos de los ascetas, reunidos en lauras y monasterios. Pero, en el mundo exterior, desde hace mucho tiempo, han degenerado aquellas virtudes que distinguieron a los primeros cristianos. ¡Qué corrupción por todas partes! Se ha apagado el fervor primitivo. Para remediarlo, suscita Dios las Órdenes mendicantes y aparecen aquellos frailicos de humilde hábito que, con las palabras de sus labios santos, con sus costumbres puras, hacen revivir al mundo corrompido. Aparece Domingo con sus huestes, que en breve se dilatan por todas partes, y Francisco, y el mundo se salva de nuevo.

Llegamos al siglo XVI. ¡Qué vaho de descomposición se levanta de toda la llamada tierra cristiana! Ahora, en la descomposición, se introduce un ruido terrible de catedrales rotas, de altares destrozados. La Iglesia es apaleada por sus propios hijos. Un fraile apóstata, que se complace en confesar con cinismo la suciedad de su vida, halagando la codicia de los poderosos y las pasiones de todos, levanta contra el Papa a una parte de Europa. Y los que se separan de la Iglesia de Cristo siembran una planta maldita, cuyos frutos continúan aún amargando el mundo. La Enciclopedia y las revoluciones son hijos de Lutero y

de Calvino y de Zwinglio, y de Enrique VIII; y nietos suyos son la indiferencia y el liberalismo; y bisnietos, el ateísmo y el comunismo de nuestros días.

¿Quién se levantará contra este monstruo formidable del protestantismo? Pues ese pobre cojo, Ignacio, el hombre del saco. Al principio no entiende la llamada del Señor. Somete su pierna estropeada a una operación dolorosa que le devuelva su forma primitiva; una operación de cirugía estética, diríamos hoy. Pero después, ya va comprendiendo: desiste de ir a la corte del emperador y arde en deseos de adquirir ciencia para servir así a Jesucristo. Son los años de Manresa, de Barcelona, de Alcalá, de Salamanca, y luego de París. Y la labor con un pequeño grupo de hombres jóvenes, que le abandonan, como le abandonan los que habiéndole dado su promesa de regresar, no vuelven ya a París, después de haber ido a vivir a sus casas. ¡El apego a la familia, la sensualidad que ata a los que tienen la misma sangre! Por tercera vez, uno a uno, va formando a los que han de ser la base de la Compañía; Javier, el sabio orgulloso, se transforma en Javier el humilde. Ya está en marcha una orden religiosa, que dura hasta nuestros días y que ha de durar, sin duda, hasta el final de los tiempos.

Pero no es sólo Ignacio; una mujer, Teresa, va fundando en España, como ella dice, sus palomarcicos (228), que hoy llamaríamos dinamos sobrenaturales, generadores de vida espiritual intensa. ¡Qué contradicciones caen sobre ella! La acusan de ser una mujer andariega y mala monja. Teresa lo soporta todo reciamente y aun se entretiene, con mucho amor de Dios, en motejar con apodos a los que la combaten. Sobre su orden, como sobre la de Ignacio, se desata toda la saña de la hipocresía religiosa. ¡Qué de censuras y persecuciones se dirigen contra la Compañía porque, acomodándose a las necesidades de los tiempos, ha puesto hábito de clérigo a los suyos y les dispensa de los rezos del coro y de las disciplinas y mortificaciones comunes!

(228). Así denominaba Santa Teresa de Jesús a los conventos que iba fundando.

3) ¿Y ahora, en el siglo XX? Como en el XIII, como en el XVI, Dios no se ha cortado las manos. *Non est abbreviata manus Domini!* (229); no se ha empequeñecido el poder de Dios, que continúa concediendo nuevas maravillas en favor de los hombres. Ahora, el Señor desea revivir el apostolado de los primeros cristianos, quiere que el mundo vuelva a la estima y a la práctica de las virtudes que distinguieron a nuestros primeros hermanos en la fe. Y elige pobres hombres sin talento, sin posición económica, sin prestigio, sin virtudes, porque ésta es siempre la característica de las obras de Dios: la estrechez de los comienzos, la pequeñez de los que las inician. Y les pide la discreción, el entregamiento, el celo de los primeros fieles.

A nosotros nos ha encargado esa misión: sin sacarnos del mundo, dejándonos donde estábamos, para que enderecemos a Él toda la gloria y le llevemos almas. ¿Cómo no nos hemos vuelto locos de amor? ¿Cómo no nos deshacemos en afectos de humildad y de agradecimiento? *Et in meditatione mea exardescit ignis* (230). En la oración se enciende el fuego de mi alma: que cada uno vierta sus afectos en Dios, pensando en la gran misión que nos ha confiado. Que cada uno piense cómo es su respuesta: mi vida y la Obra, mi vida y mi vocación cristiana, mi vida y la formación de los que vengan, mi vida y el proselitismo.

(229). 18 59, 1.

(230). Sal 38, 4.

¡Qué campo tan inmenso para la actividad de un alma apostólica, con nuestro espíritu, con nuestras características peculiares! ¿Qué importan las contradicciones, o los obstáculos, o mi propia incapacidad personal? Ya sé que, de mí mismo, sin la ayuda divina, soy incapaz del menor pensamiento bueno (231). Pero el Señor está a nuestro lado. *Zelo zelatus sum pro Domino Deo exercituum* (232), con celo estoy encelado por el Señor Dios de los ejércitos.

¡Madre nuestra, Regina Apostolorum, Spes nostra! ¿Por qué no nos concedes que los hermanos nuestros que están en Levante, y los que se encuentran en el otro lado -en el norte y en el sur- logren concretamente ahora, en estos días, almas nuevas para la Obra, almas llenas de deseos de santificarse, de servir a Dios? San José, maestro de oración: ruega para que -sobre todo en estos momentos- no aflojemos, ni decaigamos.

Que no se quede nuestra oración sólo en palabras: un propósito o dos, concretos, de rectificación o mejora personal, que pongan en pie -que manifiesten con hechos- el convencimiento de que no sólo estamos ocupándonos de una cosa buena. Esto es mucho. Pero es poco. Porque lo que hacemos es cumplir un mandato imperativo de Cristo (233).

(231). Cfr. 2 Cor 3, 5.

(232). 1 Reg 19, 10

(233). Cfr. Camino, n. 942.

SILLARES

(27-VII-1937)

La composición de lugar será figurarnos una catedral, un gran edificio imponente por su mole, admirable por su belleza, primoroso por la esbeltez de sus agujas. Un día, se desprende de la muralla de esa construcción una piedra; otra vez, una columna quiere salirse de su sitio; en otra ocasión, es esa piedrecilla, situada en la juntura de dos grandes sillares, la que desea abandonar su puesto; y así, hasta que sobreviene un derrumbamiento parcial o total del gran edificio. La petición será un gran amor al sacrificio, por la Obra.

De la cantera de mi casa, de la roca fuerte de un hogar cristiano, me arrancó el barreno de la gracia de Dios: eso es *la vocación*. Soy, por Voluntad del Señor, piedra, elemento de construcción para el edificio de su Obra. Puedo repetir con palabras de mi Madre Santísima: *Quia respexit humilitate ancillae suae...* (234). Porque el Señor vio la pequeñez, la incapacidad de su siervo, lo eligió para instrumento suyo y le dijo: *inveni David servum meum, oleo sancto meo unxi eum* (235); encontré a David mi siervo, y con mi óleo santo le ungí.

(234). *Lc* 1, 48.

(235). *Sal* 88, 21.

A pesar de esta llamada, la atracción de la sangre me impulsa hacia esa cantera de donde me sacó el barreno -fue necesario un barreno-de la gracia de Dios. Si examino esa inclinación en la presencia de Dios, comprendo que es obstáculo, que es barrera que corta mi camino. ¿Por qué no he de raspar y arrancar y combatir esa tendencia? La piedra sacada de su cantera, para ser sillar en el edificio, me proporcionará ejemplo. Se deja llevar, se deja transportar a su sitio. No se apega a su voluntad propia; no posee más que *voluntad de servir*, de ser eficaz para el cumplimiento del querer de su dueño. No pretende realizar su finalidad fuera del camino, del plan que se le ha marcado.

Pero no basta con permitir que le arranquen de la cantera. El sillar cae luego en manos del operario que ha de desbastarlo; al golpe de los instrumentos, van desapareciendo pedazos de su materia; los salientes son suprimidos; las asperezas, limadas. Es la *labor de formación*. Aunque el sillar sienta perder parte de su integridad, aunque sufra al verse herido por las herramientas que lo pulen, no se queja. Se entrega, sumiso; su tosquedad está desapareciendo, y ya se entrevé, en lo que antes era masa informe, la forma reglada de la pieza perfecta.

No basta eso. Aún ha de ser sometido al golpeteo de un martillo ancho, duro, pesado, que tiene -en la superficie que hiere- numerosas puntas agudas. Comienza el golpeteo igual, monótono. Son las contrariedades cotidianas, que moliendo nuestra materia, la bruñen y la alisan. Y el sillar sigue sometido. Pero todavía ha de ser retocado.

El que hace cabeza, el arquitecto director, lo contempla desbastado, pulido, rectificado y razona: "Ésta no ha de ser una pieza vulgar: en esta superficie se han de labrar ahora en alto-relieve unas hojas de acanto; en esta otra cara se grabarán estos otros adornos". El sillar es entonces herido por instrumentos cortantes; el cincel, impulsado por el martillo, le surca, se clava en profundidad. ¡Si el sillar pudiera quejarse...! Pero calla y se somete. Es la *perseverancia*. Nada le lleva a desistir de su voluntad de ser útil.

Ya está conseguida la forma, el tamaño, el aspecto deseado, gracias a esa constancia. Pero si separadamente –considerado individualmente- el sillar demuestra cierta belleza, al quedar encajado en el conjunto del edificio casi desaparece, se vuelve insignificante. Sin embargo, permite que le trasladen a su sitio, a su sitio propio, el que determina la voluntad del que dirige, y allí se ajusta.

Ya está encajado; su belleza particular sirve para contribuir a la belleza total; individualmente, pasa inadvertido. ¡Cuánto cuesta oscurecerse así, renunciar al brillo propio, esfumarse en el conjunto! Pero, ¿de qué sirve un sillar aislado, fuera de su lugar? Quizá después de ajustado, se le ha enlucido y así, bajo una capa de cal, desaparece totalmente. Es la *renuncia completa a la propia gloria*. Ha de soportar entonces la presión, en sus superficies laterales y horizontales, de las piezas del edificio que le rodean: sostiene a otros sillares y éstos le aguantan a su vez. Nosotros, elementos de esta construcción sobrenatural que es la Obra de Dios, hemos de pedir al Señor fortaleza para ser apoyo seguro de los que están a nuestro lado.

¿Se resigna el sillar a ser olvidado? ¿No insinúa, en ocasiones, la idea de figurar, de salirse de su sitio? Pero, ¿qué haría la piedra, al saltar de su lugar propio, sino desarticular el conjunto? El sillar de un edificio divino no ha de moverse de donde está: tiene conciencia de la *unidad* y no desea romperla. Porque romper la unidad es dar ocasión a una mina parcial o quizá total. En la Obra, el que atente contra esa unidad no material, sino espiritual, que ha de existir entre todos, podría producir un derrumbamiento -no completo, porque la Obra es de Dios, pero sí al menos limitado- de un lienzo de muralla, de una torre... Ésa sería la labor maldita que llevaría a cabo el que comentara chismes de unos y de otros, el que engendrara y fomentara discordias entre sus hermanos.

El espíritu de chinchorrería, en nuestro ambiente, no se queda sólo en algo poco recio, supone un pecado horrendo. Murmurar, quitar la paz a los demás, menoscabar la unión entre los hermanos, significa traición; y levantarse contra esa agresión u omisión, un deber sagrado e ineludible. Ir susurrando que si dicen, que si piensan, que si hacen, es seguir una inspiración diabólica. A los que se comportaran así, habría que atajarles enérgicamente, aclarándoles: "Eso no lo aguanto. Tú te callas, porque no me importa saber nada de eso. Si buscas desahogarte, porque hay algo en ti que se revuelve, ponte ante el Sagrario o dirígete al que hace cabeza". Éste es el modo de comportarse de quien se mueve con visión sobrenatural y amor de Dios; ante Jesús en el Sagrario, o con nuestra Madre en la oración, o con el que gobierna, sea en toda la Obra, en la nación o en el Centro.

Aún nos ofrece una lección el sillar: la lección de su *silencio*. Nuestra discreción ha de extremarse hasta imitarle perfectamente. Callados como una piedra, ése es nuestro deber, cuando no hay por qué hablar. ¿Qué le importan a nadie nuestras interioridades? Esto no es secretar, no es ocultar ningún misterio. Es sencillamente no descubrir la intimidad de nuestra familia -de nuestra familia sobrenatural- delante de quien no tiene por qué conocerla. ¿Porqué han de saltar a la calle, a los ojos de todos, esos detalles que sólo nosotros podemos estimar? Nuestra discreción consiste en no exponer a la luz pública las cosas de familia, y ha de vivirse sin levantar curiosidad alguna.

No creo que en la Obra se llegue nunca, en cuestión de indiscreción y de chinchorrería, al punto de confiar al exterior los asuntos que nos acongojan. Desahogar los resquemores que uno sienta, criticar, censurar a los de la propia familia, humana o sobrenatural, o airear su conducta ante gente extraña, sin condiciones para entender, es tan abominable, es labor tan infernal, que sólo puede llevarla a cabo quien haya perdido ya nuestro espíritu sobrenatural. ¿Qué consejo busca el que no procediera con esta honradez? ¿Cómo podría

aconsejarle rectamente la persona a la que se confiara -sacerdote o seglar-, si no cuenta con los datos necesarios para formarse un criterio, si no es capaz de entender la situación, porque sólo cuenta con la visión que el acusador le proporciona, visión que ha de ser forzosamente apasionada?

El sillar -insisto- descansa sobre otros, iguales así mismo, y sirve a su vez de apoyo a los que le rodean. Para convertirse en sostén firme necesita *fortaleza*. Así se verá útil, siendo fuerte. Las piedras esenciales en una construcción son las que se entierran en los cimientos, a varios metros bajo el suelo; éstas no se ven. En cambio -lo he repetido siempre-, la veleta dorada que gira en lo alto de la torre, ¡cómo brilla!, ¡cómo lucen las bolas de bronce que coronan una fachada! Pero si las arranca el viento, no pasa nada. En cambio, si arrancamos los sillares de la cimentación, toda la construcción se agrieta.

¿Qué podrá agrietar esta fortaleza, tan necesaria para la integridad del edificio? A la fortaleza interior, daña la impureza; como obstáculo exterior, el apego excesivo a la propia familia. Aún existen, es cierto, otros obstáculos: el entregamiento desordenado a una labor profesional, sin rectificar la intención; o las persecuciones contra la Obra. En resumen, las tentaciones contra la vocación cristiana, las que intentan hacer vacilar nuestra decisión de entrega, son las de soberbia y ambición, las de impureza, las de atracción desordenada de la sangre, de la familia natural. Pues, a la hora de la tentación, si se presenta, piensa que no estás solo. Para ti son aquellas palabras del Señor a David: *manus enim mea auxiliabitur ei, et brachium meum confortabit eum* (236), mi mano teauxiliará, y mi brazo te conferirá fortaleza.

(236). *Sal* 88, 22.

El coloquio final lo mantenemos con nuestra Madre, con San José, con los Ángeles Custodios: pidámosles fortaleza para volvernos apoyo firme de los que vengan detrás de nosotros. Pidámosles perseverancia en nuestra vocación cristiana, discreción, amor que fomente la unidad entre los de la Obra, docilidad para ocupar el sitio que se nos destine, desasimiento de los lazos de la sangre. Digámosles que nos sentimos dichosísimos de sacrificarnos por cumplir la voluntad de Jesucristo, extendiendo su Obra por el mundo, a costa de todos los sufrimientos: aunque nos cueste la pérdida de la honra, de la posición económica; aunque destroce nuestro prestigio profesional; aunque nos acarree, en fin, lo que más pueda dolernos. Procuraremos vivir aquellas palabras de Juan el Bautista: *Illum oportet crescere, me autem minui* (237), conviene que Él crezca, y yo mengüe. Yo, morir, para que la Obra se realice y sea instrumento eficaz del reinado de Cristo.

(237). *Jn* 3, 30.

NUESTRA MADRE LA VIRGEN

(15-VIII-1937)

1) La composición de lugar consistirá en representarnos aquella escena de la que nos habla una piadosa tradición: todos los Apóstoles reunidos en torno al cuerpo santo de la Señora. La petición, un vigoroso encendimiento del amor mariano en la Obra.

La oración es una cátedra, a la que el alma acude para oír a Dios. En esta cátedra aprende leyendo en dos libros, que son el Señor y ella misma. Orando, va conociendo el alma a su Dios y su propia miseria.

Para conocer con más claridad la Voluntad divina, para ejercitar con más eficacia el apostolado, acudimos siempre a fuentes genuinas: nos fijamos en la conducta de Cristo y de sus Apóstoles, y de aquellos otros primeros que le siguieron; porque eso es lo que el Señor espera de nosotros: que nos empeñemos en que revivan en el mundo las virtudes y la vida de los primeros cristianos.

Considerando el proceder de aquellos primeros, vemos cómo, después de la Ascensión del Señor y de la efusión del Espíritu Santo en sus almas, se reúnen en torno a la Señora, venerándola y amándola. A Ella confían sus preocupaciones, en Ella buscan amparo cuando les asedia la persecución, la contradicción, el aparente fracaso. Ella enciende, cuando parece que decaen, sus afanes por la salvación de las almas. Y no hemos de olvidar, ahora como españoles -aunque nuestro corazón sea universal; aunque nuestro fin sea

llevar las almas de todo el mundo a Cristo-, no hemos de olvidar aquella escena, ocurrida aquí, en nuestra patria, a orillas del Ebro, de la que es protagonista Santiago el Mayor.

Abba, Pater!, ha clamado el Apóstol en su necesidad. ¡Madre! -ha gritado también-, y nuestra Madre, que aún no había abandonado este mundo, ha oído sus voces desde Jerusalén. Se presenta ante él, rodeada de ángeles, y le deja -en recuerdo de su presencia- un Pilar que hoy, al cabo de veinte siglos, se sostiene aún en pie. ¡Qué consolado debió quedar el Apóstol después de esta visita! ¡Qué nuevo ánimo, qué gozo y qué paz hemos de experimentar también nosotros si acudimos, en nuestras contradicciones, a Ella!

Al examinarme -la oración ha de ser ahora personal, íntima: verdadero roce con Dios que arranque chispas, como el pedernal al chocar con otro pedernal; chispas que alumbren nuevos caminos-, descubro que si he seguido manchándome en las mismas miserias, que si he perseverado en el mal, ha sido porque he descuidado el recurso a María. Debo, pues, a imitación de aquéllos que miraron su rostro de carne, intensificar mi trato con Ella, aumentar más en mí su presencia, para que en todas mis caídas me devuelva enseguida el gozo de la reconciliación con Dios.

2) La teología y María. ¿Qué nos enseña la doctrina de la Iglesia acerca de la Señora? Los teólogos la llenan de perfecciones; me corrijo, es Dios quien la colma de sus gracias y ellos las reconocen. María, Madre de Dios, Corredentora, concebida sin mancha... *Más que Tú, sólo Dios*, acaban afirmando. Leyendo esos libros, aprendemos que la Señora es el arcaduz, el canal que nos trae todos los dones del Cielo: si Cristo es la Cabeza y nosotros el cuerpo, nuestra Madre cumple la función del cuello. Vivir unidos a Ella es, por tanto, vivir unidos a Dios. Por eso, nuestra petición fervorosa de hoy es el aumento del amor y de la devoción a la Señora.

¡María, concebida sin mancha, Madre nuestra! ¡Madre! Sólo este grito purifica el alma. Llamarte así es agua lustral que lava, fuego sagrado que consume todo lo que mancha nuestros labios y nuestro corazón. Es el

momento de desahogar los afectos cayendo de rodillas delante de la Señora - Ella nos levantará hasta sus brazos-, suplicándole: ¡nunca más separarme de Cristo, porque nunca me separaré de ti!

El fruto de la oración no ha de quedarse solamente en nosotros. Por eso, cuando hablo con Dios, con la Virgen, con los Ángeles Custodios, con los Santos, pido que las gracias que imploro en mi ruego se transmitan a esos hijos a los que estoy espiritualmente unido. Me dirijo a ti, Madre mía, pensando en ellos. Sé que mientras sean tuyos, están seguros. Sé que serán de Dios, mientras te conozcan, te amen, te pertenezcan. Pues que sean tuyos, que te amen, que no te dejen nunca.

3) Llegamos al tercer punto de nuestra meditación: la Obra y María. ¡Cuánto debe la Obra a Nuestra Señora!! ¿Quién sino tú, Madre nuestra, la ha sostenido durante todos estos años? ¿Quién ha atraído almas nuevas a este camino de entrega y de apostolado? ¿Quién ha mantenido la fe, cuando todo lo exterior se derrumbaba y desaparecía?

¿Y cómo ha correspondido la Obra? Esto sí que lo pronuncio a boca llena: ¡bien, muy bien! Tres amores han brillado en el Opus Dei desde sus comienzos, amores que son alegría y paz de los que la componen, y que alientan sin cesar su espíritu sobrenatural: el amor a Cristo, a la Virgen y al Papa. ¡La Obra ha correspondido muy bien! Ahí están nuestras Normas y Costumbres, con tantos detalles que prueban la devoción a nuestra Madre: el Rosario entero, la jaculatoria al acabar las reuniones en familia, las tres Avemarías de la pureza... Y tantos otros: los pobres de la Virgen, la mirada y el saludo al entrar en nuestra habitación, la Salve de los sábados. Así de viva y continua ha de seguir manteniéndose nuestra correspondencia personal.

Los miembros de la Obra han de tener la virtud recia que supone la firme devoción a nuestra Madre, devoción que nunca ha de convertirse en rutinaria ni degenerar en una beatería innoble: que practiquen con reciedumbre esa virtud a imitación de los primeros cristianos: ésa es nuestra petición. Y, además, la súplica a nuestra Madre en este día de la Asunción, a nuestra Madre que está en cuerpo y alma en los cielos, que nos oye desde allí con sus oídos de carne y

nos ve con sus ojos de carne también: Madre, te pedimos por los hijos tuyos de la Obra, para que todos correspondamos a tus favores, especialmente al más grande, al de nuestra específica vocación cristiana; para que nos socorras en todos los peligros morales y físicos.

Recapitemos los puntos de nuestra oración, renovemos nuestra petición y ofrezcamos a Dios nuestros propósitos.

FIAT, ADIMPLEATUR...

(24-VIII-1937)

Durante su estancia en la tierra, Jesucristo nos da ejemplo constantemente de cómo debemos comportarnos. Jesús refiere todas sus obras a su Padre Dios. Con una mirada al cielo, con una acción de gracias en la boca, con una imploración de misericordia o de auxilio, comienza o corona todas sus acciones. Y nosotros, en estos momentos, nos preguntamos: ¿hasta qué punto hacemos sobrenatural nuestra vida, refiriendo a Dios todos nuestros actos?

Ahora mismo, en este encierro semivoluntario –nada más que semivoluntario- en que nos hallamos y del que tratamos de salir, ¿no actuamos a veces demasiado humanamente; no dejamos, en ocasiones, que nuestros sentimientos se rebelen, faltos de un dominio sobrenatural? Llevamos algunos meses ensayando distintos medios para alcanzar más libertad de movimientos, sin conseguirlo. Porque he de advertiros que, en este tiempo, donde mejor se sirve a la Obra es en el otro lado; después, en la calle; y finalmente, aquí y en la cárcel (238).

(238). El Beato Josemaría concreta que donde más puede desarrollarse la Obra es en la otra zona de España (donde había libertad religiosa); luego, en medio de la calle, incluso entre los peligros que se corrían en la zona dominada por los comunistas; y, en último término, en el refugio donde se hallaban o en las prisiones. Como queda de, manifiesto en esta colección de meditaciones y en las cartas de la época,

el Fundador de la Obra concedía una importancia enorme, fundamental, a la oración y mortificación por el apostolado. Pero juzga llegado el momento de salir a la calle, para reanudar la labor.

Hemos trabajado para abandonar este lugar y no lo hemos logrado; uno a uno han ido fracasando todos los recursos que hemos utilizado. ¿Cómo reaccionaremos? No perder la paz; continuar poniendo, desde luego, todos los medios que se nos ocurran; esperar en Dios llenos de confianza. Ante esta situación, ¿cabe acaso *enrabietarnos*, o llenarnos de impaciencia o de malhumor? ¿Por qué? Si todo esto representa una mortificación para nosotros, ¿acaso no lo merecemos como castigo a nuestros pecados y flaquezas? Pero Tú, Señor, no castigas; Tú no sabes más que amar. Además, ¿acaso yo no merezco que -como a un niño malcriado- se me meta algún rato en el cuarto oscuro? ¿Me pondré a patalear y a protestar? No; desde el fondo de esta oscuridad, confiaré al Señor: Dios mío, que se cumpla lo que Tú quieras. Tú sabes lo que más me conviene. Yo deseo exclusivamente cumplir tu Voluntad. Sacándome de este encierro o dejándome aquí, yo me quedo contento, porque te estoy obedeciendo.

El Señor me libraré. O quizá decida, porque me conoce mejor que nadie, que permanezca aquí más tiempo, hasta que me purifique de todas esas manchas que me afean y me llene su Voluntad de fortaleza. En cualquier caso, yo he de confiar en Dios, esperar en Él, sufrir con paz todas las pruebas que me depare, trabajar con diligencia..., pero siempre tranquilos, para alcanzar nuestra libertad: en esto consiste ahora nuestro papel.

Insisto: hay que poner, sí, todos los medios *razonables* para salir de aquí. Si fracasa uno, se ensaya otro, y así siempre, con una insistencia incansable. Pero no nos alteremos, si no logramos lo que nos proponemos. ¿Qué significa este atasco? ¿Un año de inacción? ¿Qué es un año en la vida de una Obra que ha de durar hasta el fin del mundo? Además, ¿no nos resarcirá el Señor de este tiempo aparentemente perdido, si nuestra buena voluntad persiste?

La revolución nos sorprendió absortos en nuestro trabajo, preocupados únicamente por el anhelo de servirle; después, quizá ha habido desorientaciones; pero falta de rectitud, no: de esto estoy seguro. Si permanecemos fieles, ¿no nos preparará el Señor un porvenir fecundo, y más

si hemos cubierto el terreno, donde ha de nacer la cosecha, con el abono de nuestros sufrimientos? Ya sabemos que ése es nuestro papel: nosotros, que somos estiércol miserable, tierra vil y sucia, hemos de agruparnos en torno a las plantas que el Señor ha plantado para llenarlas de savia nueva, de lozanía, de vigor. Que el Señor nos lleve adonde quiera y como quiera.

Así, creyendo y esperando en Él, amándole con todas nuestras fuerzas, viviremos contentos y llenos de paz, cualesquiera que sean las circunstancias que nos rodeen. No nos faltará la alegría ni en medio del hambre, ni sufriendo tantas desconsideraciones, ni careciendo de libertad. Yo, debo confesarlo, he sufrido aquí horriblemente; pero debo decir también que he experimentado alegrías muy hondas en este encierro (239). Con este abandono absoluto en manos de Dios, con esta entrega plena a su Voluntad, no perdamos nunca la paz. ¡Dios mío, que nunca nos abandone esta paz, ni aun en los momentos en que los pensamientos, agolpándose en la cabeza, parece que la van a hacer estallar como un triquitraque!

(239). Es una velada alusión a las purificaciones y consuelos espirituales de que Dios le llenó durante esos meses en el Consulado de Honduras.

Formemos para hoy un propósito concreto: no enrabiarnos por nada, no enfadarnos nunca, pase lo que pase. Pondré siempre todos los medios y, sobre todo, el más importante: la oración. Cuentan los de Levante que, cuando Paco y su primo realizaban una gestión, mientras uno hacía una visita, el otro se quedaba rezando (240). Ése es el camino. Pero si nuestra oración y nuestra actividad no dan fruto aparente, nada de impacientarnos. Sepamos esperar y buscar siempre nuestra alegría en aquella jaculatoria, que tantas veces nos ha procurado la paz: *Fiat, adimpleatur, laudetur et in aeternum superexaltetur iustissima atque amabilissima voluntas Dei super omnia. Amen. Amen.*

(240). Se refiere a las laboriosas gestiones que Francisco Botella y un primo suyo, que residían en Valencia, llevaron a cabo por encargo del Fundador, ante el gobierno republicano, para tratar de obtener el justo resarcimiento de daños por la confiscación del edificio al que se estaba trasladando la Residencia de la calle Ferraz, en Madrid, en vísperas del conflicto bélico.

IDEAS MADRES

(26-VIII-1937)

J. M. Escrivá, fundador del Opus Dei

1) Abrimos el Evangelio, como siempre, en busca de un tema para nuestra meditación; y no lo abrimos al azar, sino por la página que hoy nos señala la Iglesia.

Nos encontramos con aquellas palabras de Cristo, tan conocidas: *Si quis vult post me venire, abneget semetipsum et tollat crucem suam et sequatur me* (241). Si alguien quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, coja su cruz y sígame.

Lo recordábamos en nuestra meditación de anoche (242): que un hombre dé hasta la última peseta por cumplir la Voluntad de Dios es poco, aunque cueste mucho; dejar a la familia de sangre cuesta, pero es poco, y eso lo hacen muchos; abandonar las ilusiones personales, las aspiraciones y ambiciones científicas y sociales, también es poco y también lo aceptan muchos; pero entregarse perfectamente a Cristo, ofrecerse a Dios eficazmente, ¡eso sí que es mucho y eso sí que lo hacen pocos! Darse a Dios sin reservas, sin que quede para nosotros el menor rincón, el menor detalle; pertenecerle enteramente, renunciar a sí mismo con tanta verdad que no nos embarace ni el hilillo más sutil, ¡eso sí que es difícil, eso sí que se ve raras veces!

(241). Mt 16, 24.

(242). No se conservan notas de esta meditación del 25 de agosto.

Si nos paramos a examinar nuestra entrega, descubriremos muchos defectos que la enturbian. Porque ¡en cuántas cosas nos pertenecemos aún! Si no, ¿por qué paso malos ratos? ¿De qué pueden provenir, sino de aficiones

aún no abandonadas; de vicios medio consentidos; de sentimientos que deberían estar ya muertos, si nuestra entrega fuera perfecta? ¡Qué paz y qué alegría perdemos, al reservar algo para nosotros mismos! Desperdiciamos ese cielo que gozaríamos en la tierra, ese cielo que San Pablo conoció en un arrebató de la gracia (243).

Miremos, pues, en nuestro interior, y descubramos qué rincón es necesario esclarecer, qué hilo hay que cortar para que sea verdadero y completo nuestro abandono. Insistamos: esta continuada repetición, este machaqueo constante, ¿no ha de dar frutos? Si lo que, aplicado a la vida humana -la constancia para progresar en un negocio, por ejemplo-, alcanza éxito, ¿no ha de conseguirlo también en la vida sobrenatural?

2) *Abneget semetipsum et tollat crucem suam*. Cada uno ha de tomar su propia cruz, según su particular situación. Pero ha de cogerla de modo recio, varonil, decididamente. La cruz arrastrada con pena, con el regatón tropezando en todas las piedras del camino, desuella los miembros y agota las fuerzas. No es la cruz en realidad lo que duele, sino la mala gana con que se lleva. En cambio, acoger la cruz con amor, con alegría, equivale a no sentirla. La aceptación plena del sacrificio convierte a Jesús en nuestro Cirineo.

(243). Cfr. 2 Cor 12, 2.

Buscar paliativos, tratar de disminuir el sufrimiento con consuelos humanos, no es malo en sí, pero equivale a perder la gran ocasión de mortificarse, a olvidarse de ese *ciento por uno* que promete Cristo (244): es decir, la paz, el gozo y la alegría en Dios. Por eso, buscar en la dirección espiritual un desahogo a nuestra pena -que a veces puede ser un deber- constituirá en otras muchas ocasiones una falta de mortificación. ¡Qué mal me he conducido en este aspecto! En determinados momentos, lo reconozco, he sido poco mortificado: porque no he sabido ocultar mi pena, porque no he sonreído a los demás cuando sufría en mi interior (245).

(244). Cfr. Mt 19, 29.

(245). En realidad, como explicaron más tarde don Álvaro y otras personas allí presentes, los que estaban entonces con nuestro Padre no percibieron nada en el comportamiento del Beato Josemaría que denotase su sufrimiento interior; al contrario, siempre daba paz y optimismo a todos.

La mortificación cristiana no toma al hombre hosco y triste, no acogota, no vuelve al alma agarrotada. Cuando todo esto suceda, conviene desahogarse con quien haga cabeza, escuchando sus consejos y consolándose con sus palabras de aliento. En otro caso, no; sería aceptar la cruz a medias y perder la alegría en el sufrimiento. Porque la mortificación cristiana, lo repito, produce alegría y paz: nos basta con recordar a los santos que, en medio de las pruebas más espantosas, humanamente consideradas, redundaban en gozo y satisfacción.

Decidámonos a recibir el sufrimiento con calma y contentos; sin tristezas, sin mal humor, sin rebelarnos. Abandonémonos plenamente en Dios: que Él disponga absolutamente de mí, para enviarme las pruebas y sufrimientos que desee. Porque ¿quién mejor que Él conoce el límite de mi generosidad y de mis fuerzas? y un propósito concreto: no enrabiarme por nada, no enfadarme jamás, sea cual sea el motivo que me impulse a esa reacción.

3) *Et sequatur me.* Y sígame. ¿Adónde nos conducirá Cristo, si le seguimos? Pues al lugar del martirio, a la cumbre del Calvario. Nos llevará allí, para que nos clavemos en la Cruz y muramos a nosotros verdaderamente.

Son muchos los que aceptan ir en pos de Cristo, pero con condiciones; los que intentan atarse a su cruz, pero a una cruz hecha a la medida de sus propios deseos. Sin embargo, una entrega al gusto de uno, ya no es entrega. Los que dicen "si yo dispusiera de tales elementos, si me hallase en éstas u otras circunstancias, ¡cómo me entregaría!", pierden el tiempo, por lo menos. Dios espera que nosotros vayamos por el camino que Él nos marca. No hay santificación posible fuera del cumplimiento perfecto de su Voluntad.

Todas las ideas del Evangelio son nobles y grandes, pero algunas son como base y apoyo de las otras. Una de esas *ideas madres* es la que nos brinda en su Evangelio, hoy, San Mateo. Yo os propongo que acojamos bien y vivamos eficazmente esta idea madre de la entrega y de la mortificación. *Abneget semetipsum et tollat crucem suam et sequatur me*. Niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame. ¿Qué vale lo que se pierde, aliado de lo que se gana? ¿Qué vale, si después de estas palabras podrían ponerse estas otras, que a tantos han santificado: *¿de qué le sirve al hombre ganar todo el mundo, si pierde su alma?* (246).

(246). Mt 16, 26.

EL QUE NO SE HAGA COMO UN NIÑO

NO ENTRARÁ EN EL REINO DE LOS CIELOS

(27-VIII-1937)

En el fondo de todos los corazones humanos existen ambiciones: pequeñas ambiciones, de ordinario. Algunas tan absurdas como la de aquel chiquillo que aspiraba a ser rico para comer todos los días sopas con vino (histórico); otras - las de los más avisados-, ambiciones de gloria eterna, imperecedera. En todo caso, ambicionan aquello que piensan que es lo mejor.

Ambiciones así debería leer el Señor en el corazón de sus discípulos cuando les pregunta: *¿Quién creéis que será el mayor en el reino de los cielos?* (247). Y llamando a un niño, dijo: "el que no se haga como un niño no entrará en el reino de los cielos" (248).

¿Qué es lo que nos impide a nosotros ser niños ante Dios? En primer lugar, la soberbia de persona mayor; luego, los malos hábitos, afirmados con el correr de los años.

(247). *Mt 18,1*.

(248). Cfr. *Mt 18, 3*.

Esos hábitos, al principio eran hilos imperceptibles; ahora resultan cadenas que no se pueden romper.

Hemos sentido la atracción, en otro tiempo, del camino de infancia. Hemos buscado ser, sobrenaturalmente hablando, niños pequeños. Pero los obstáculos nos han descorazonado; nos desalentaron y nos apartaron de ese proyecto. Y es que -conviene decirlo en un paréntesis- el camino de infancia exige una voluntad especialmente viril y enérgica. No es senda para gente floja. El que desea ser niño ante Dios ha de tener, en el ejercicio de todas sus actividades en el mundo, una decisión, una santa desvergüenza, una reciedumbre a toda prueba (249).

Abandonarse sobrenaturalmente en las manos de Dios, como un niño en las de su padre, excluye el comportarse como un niñoide en la conducta exterior. Cuanto más niño, más hombre, más recio, más varón, que viene de *vís*, fuerza: más fuerza en la voluntad. ¡Y hemos dejado de lado este camino, tan sencillo, tan recto! Todas las miserias, que no hemos sabido cortar, nos han apartado de esa senda. Al desistir, hemos experimentado la amargura, el temblor de quien, como persona mayor, ha de enfrentarse solo con todos los peligros. ¡Con lo fácil que resultaba, siendo niño, refugiarse en los brazos de Dios, confiar ciegamente en su poder!

¡Ah, Jesús mío: si todos los de la Obra fuéramos como niños ante Dios! Respiraríamos siempre paz, viviríamos siempre felices, nada nos turbaría ni nos entristecería, y estaríamos llenos de fortaleza invencible contra todos los

enemigos y todas las contradicciones. Seríamos siempre dichosos, porque encontraríamos la alegría en la Cruz (250).

Nosotros hemos de caminar felices ya en la tierra. Es Voluntad de Dios que mis hijos logren la felicidad eterna siendo también dichosos aquí abajo. Entre nosotros, si alguno no está habitualmente alegre, no ha cultivado el espíritu de la Obra. El que, perteneciendo a este *pusillus grex* (251), no encuentra gozo aquí, es que nada le liga con sus miembros y con su espíritu; y ese tal, estando ahí, es un necio, digno de ser recluido en un asilo de memos.

(249). Cfr. *Camino*, nn. 853, 855, 858.

(250). El Beato Josemaría aconsejó el camino de infancia, pero nunca lo impuso a los fieles del Opus Dei o a las personas que se acercaban a su dirección espiritual.

(251). *Lc* 12, 32.

Entre nosotros no se deben dar caras hoscas, ni pueden albergarse inquietudes ni preocupaciones. ¿De qué se ha de inquietar el que está protegido por un Padre omnipotente? ¿Qué preocupará a quien confía en un Padre que todo lo ve y a todo atiende? Por eso, si alguien sintiera en su interior tristeza, encogimiento, inquietud, debería acudir enseguida al director, como aconsejábamos en la meditación de ayer.

Naturalmente, no hace falta recordar que este abandono, esta absoluta confianza en Dios, esta ausencia de preocupaciones, no supone prescindir de los medios naturales convenientes para conseguir el fin propuesto. No; en cualquier empresa, junto a los medios sobrenaturales, resulta imprescindible poner siempre todos los medios humanos honrados que estén a nuestro alcance. Si esos fallan, se buscan otros y se aplican con la misma fe. Hemos de adquirir la idea de que, si utilizamos todos los medios lícitos conducentes a la consecución de un objetivo, el éxito llegará siempre. Siempre sucederá lo que más nos conviene; nosotros no podemos fracasar. Este permanecer imperturbable ante las contradicciones; este insistir, una vez y otra vez, sin desalentarse, con todos los recursos posibles, hasta obtener lo que se intenta, ha de ser norma constante de nuestra conducta (252).

¡Señor, yo he sido alguna vez niño espiritualmente y me esforzaré en volverlo a ser! Tú puedes concederme que este querer y no poder mío se conviertan en un querer y poder eficaces. Una sola palabra tuya, Señor, logrará desterrar de mí todas las miserias, que me abrumen, como hacía salir a los demonios de los cuerpos de los poseídos. Tú eres capaz de librarme de las ataduras que me encadenan, como libraste a Lázaro de las que le sujetaban. Tú me conseguirás, Dios mío, que esta tierra miserable, que este estiércol sucio, que arrastra una vida llena de pequeñez y oscuridad, dé pujanza y lozanía al rosal que en mí has plantado. Tú me alcanzarás que se rompan las yemas y produzcan, entre aromas, flores nuevas. Di a todos los obstáculos que pretendan interponerse en el camino: *sinite parvulos venire ad me et ne prohibueritis eos* (253), dejad que vengan a mí los niños, y no se lo estorbéis.

¡Señor, haz que seamos todos como niños! Otórganos sencillez de niño para tratar contigo; que no te hablemos como antes, con falta de delicadeza y de atención, sino con el respeto y cariño que usa el hijo hablando con su Padre. Concede, a todos los hijos de Dios que forman la Obra, sencillez en su interior y savia del espíritu de la Obra, en su pensamiento y en su conducta.

(252). Cfr. *Camino*, n. 406.

(253). *Mc* 10, 14.

Tú, Madre, *Spes nostra*, Asiento de la Sabiduría, intercede para que nuestra vida interior y exterior sea siempre la de un hijo amante de Dios. Ya sabemos que muchas veces no conviene hablar de este camino de infancia, porque las gentes no lo entenderían; pero empújanos, Señora, a que lo emprendamos interiormente. Ruega para que logremos el fruto de esta meditación, que es el abandono: ese abandono que ha de colmarnos siempre de la paz y de la felicidad verdaderas.

Formemos, finalmente, un propósito concreto para restablecer en nosotros la vida de infancia.

NON SERVIAM!

(28-VIII-1937)

1) Dios Nuestro Señor ha asignado a todas las criaturas una función; los animales y todos los seres inanimados, todos los irracionales, cumplen necesariamente la finalidad que se les ha señalado; sólo el hombre, esta criaturilla que ha sido objeto especial del afecto divino, ha recibido del Señor el precioso don de la libertad, en virtud del cual puede, desgraciadamente, enfrentarse con la Voluntad divina y gritar: *non serviam!*

Nosotros hacemos siempre nuestra meditación pegados a Jesús, viéndole, oyéndole; ahora contemplamos en el Evangelio como, con una palabra de su boca, calma la tempestad desencadenada que amedrentaba a sus discípulos (254). También con una palabra, con un gesto, cura de sus enfermedades a los tullidos y a los leprosos (255). Una maldición de su boca, y se seca para siempre a la higuera que no tenía frutos (256); y una orden suya obliga a huir a las sombras de la muerte que habían envuelto a Lázaro (257). Sin embargo, frente a este Dios, a quien todas las criaturas obedecen y a quien todo está sujeto, a cuya voluntad nada resiste (258), se alza la miserable criaturilla que se llama hombre, con su grito de rebeldía: *Non serviam!*

(254). Cfr. *Mt* 8, 23-27.

(255). Cfr. *Mt* 8, 1-13;

(256). Cfr. *Mt* 21, 18-22.

(257). Cfr. *Jn* 11, 1 ss.

(258). Cfr. *Est* 13, 9.

¡Si yo pudiera conseguir que las palabras del Evangelio de hoy fuesen eficazmente operativas en todos los de la Obra! ¡Si yo lograra que en todos

mis hijos se realizasen, Señor, aquellas palabras tuyas a tus discípulos: *Vos estis sal terrae; vos estis lux mundi* (259)!

2) El Señor, ya lo sabemos, ha creado al hombre como objeto principal de sus pensamientos: su amor y sus cuidados le rodean incesantemente. Él mismo proclama que sus delicias son estar con los hijos de los hombres (260). Lo vemos constantemente. Si le rodea una multitud hambrienta, enseguida se preocupa de remediar su necesidad multiplicando los panes (261); para sanar al pueblo de Israel, que moría en el desierto, indica a Moisés que fabrique una serpiente de bronce y la levante en alto (262), como símbolo de aquella Cruz que se había de erigir en el yermo del mundo, para consuelo y salvación de la humanidad. Una vez establecida la Iglesia con la respuesta heroica de los primeros cristianos, y perdido más tarde ese primitivo fervor, Dios acude en auxilio de sus hijos, los hombres, eligiendo otros aguerridos para que formen una nueva vanguardia de los que militan por su causa. Y así surgirán, primero, las Órdenes monásticas en Oriente; luego, las Órdenes mendicantes, que vienen a llenar una verdadera necesidad espiritual del mundo civilizado; aparece después la Compañía de Jesús, y otras instituciones beneméritas. En nuestros días, entroncada en aquel espíritu de los primeros cristianos, el Señor ha suscitado esta Obra suya, que ha de ser instrumento efectivo del reinado de Jesucristo en el mundo.

(259). *Mt* 5, 13-14.

(260). Cfr. *Prov* 8, 31.

(261). Cfr. *Mt* 14, 13-21.

(262). Cfr. *Num* 21, 4-9.

Esta Obra de Dios, compuesta por estos pocos hijos de Dios, ha de ejecutar una labor de selección. Basta un puñadito de sal para sazonar la comida de muchos. Para conferir un nuevo sabor al mundo serán necesarios relativamente pocos; pero esos pocos, obedeciendo a la Voluntad de Dios, habrán de ser, efectivamente, sal que cura y que sazona. Una chispa de luz, un pequeño punto luminoso, basta para alumbrar a una multitud; ¡cuánta luz traerán a muchos, a innumerables, los focos de claridad de la Obra esparcidos en el mundo! Finalmente, la Obra irá escogiendo, de entre la muchedumbre,

hombres que se entreguen a Cristo, y lleguen al colmo, a la cúspide, y que allí sean como ciudad en lo alto del monte (263), ejemplo y modelo de todos.

¡Que seamos, pues, Señor, verdaderamente *salterne, lux mundi* (264), ciudad en lo alto del monte, pero sin inmovilidad, antes al contrario: llenos de celo y actividad por el bien de las almas! Si obedecemos a la Voluntad de Dios, si nos comportamos como sal y luz, si con sencillez y naturalidad, sin que jamás choque nuestra actuación -como no choca que se vierta sal en la comida o se encienda una luz en un recinto-, si ejercemos nuestro apostolado, entonces cambiará el aspecto del mundo y, a este desorden y a estas miserias, sucederá la paz y la felicidad cristianas.

(263). Cfr. *Mt* 5, 14.

(264). *Mt* 5,13-14.

Entonces, se extenderá la paz. Ahora, parece que una fiebre de locura sacude a todas las naciones. Ciegamente buscan destrozarse unas a otras; nada parece anunciar un período de paz, sino que, por el contrario, nuevas tragedias se abaten, semejantes a la que está sufriendo España (265).

Parece como si el Señor hubiese descargado el látigo de su ira sobre estas naciones que han abandonado el espíritu del Evangelio. Pero la Obra crecerá, se esparcirá por todo el mundo y, entonces, influyendo sobre los destinos de los pueblos, contribuirá a encaminar el mundo hacia la verdadera paz, una paz que durará siglos, en la que habrá que procurar la auténtica unión de todos los hombres bajo el yugo de Cristo. Es labor no de un día, sino de siglos, pero que el mundo, sin duda, ha de conocer. Pensad cada uno sobre esto, según el grado de conocimiento que tengáis de la Obra y de sus fines, y sabed que no he dicho aún todo lo que acerca de esta materia está ya pensado (266).

(265). Se notaban ya en aquellos años los preludios del estallido de la II Guerra Mundial.

(266). Estas palabras del Beato Josemaría ponen claramente de manifiesto que desde el principio tenía la firme convicción de que el Opus Dei habría de contribuir poderosamente a

establecer la paz y concordia entre las naciones, como fruto del espíritu profundamente evangélico que lo anima. Ideas parecidas dejó escritas en la *Instrucción* que había comenzado a redactar en mayo de 1935, y que concluiría en 1950. Es de admirar su profunda fe y su gran optimismo, pues -al predicar esta meditación- la Obra, compuesta todavía por muy pocas personas, no tenía relieve público alguno.

3) Muy bien, parece contestarnos ahora el Señor; ya has llenado tu mente de pensamientos elevados, ya has hecho vibrar tu corazón con sentimientos nobilísimos; pero no olvides que estás con los pies en la tierra y manchado por todas las miserias de este mundo.

Otro pasaje de este Evangelio nos invita a que volvamos los ojos a la realidad de cada momento y a que nos sujetemos a los pequeños detalles, a las cosas sin importancia aparente. Afirma el Señor: *no penséis que he venido a destruir la Ley ni los Profetas: no he venido a destruirla, sino a darle su cumplimiento* (267). Se ha de cumplir la ley, se han de cumplir las Normas de piedad del plan de vida, se han de cuidar -y en general, en la mayor parte de las ocasiones, no se nos presenta otra obligación- los detalles, las cosas pequeñas. Jesucristo añade: *el que violare uno de estos mandamientos, por mínimo que parezca, y enseñare a los hombres a hacer lo mismo, será tenido por el más pequeño en el reino de los cielos* (268). Debemos descender a las menudencias: la soberbia, la caridad mutua, la obediencia, todos estos puntos y otros muchos. Descuidados equivale a que en el alma se deposite una capa de polvo, de suciedad, con suficiente consistencia como para velar el resplandor de la luz que debe brillar para los demás.

(267). Mt 5, 17.

(268). Mt 5, 19.

Formemos, pues, un propósito concreto de perfección en las cosas pequeñas. Recapitulemos los puntos de la meditación. Invoquemos a nuestra Madre, a los Santos Ángeles Custodios, a los Santos Patronos, pidiéndoles que obtengan del Señor la gracia que vivifique a muchas almas, para que se entreguen a Cristo y sean sal y luz del mundo, ciudad colocada en lo alto del monte. Y ya, un poco aparte de la meditación, encomendemos al Señor a todos

nuestros hermanos, por medio de sus Ángeles Custodios, para que les defiendan y les libren en todas sus necesidades y peligros.

PERSEVERAR

(29-VIII-1937)

1) Cuenta el Evangelio de hoy que, yendo Jesús a una ciudad, iba con Él una gran muchedumbre (269). Junto a Él, marchaban sus discípulos; acompañándole, pero a más distancia, el resto de la gente.

Más de una vez, se preocupan los Evangelistas de hacer resaltar esta distinción entre los seguidores del Maestro(270). Sólo sus discípulos conocen su intimidad; a los demás, sólo les es dado seguirle a cierta distancia. ¡Qué alegría pensar que nosotros somos de esos discípulos que forman grupo aparte de la multitud, junto a Cristo! A nosotros, como a los Doce, como a los primeros setenta y dos, nos dice: ¡Tonto! He aquí que yo estoy contigo hasta el fin de los siglos. ¡Qué seguridad y qué felicidad!

(269). Cfr. *Lc* 7,11.

(270). Cfr. *Lc* 6, 17.

¿Qué pediré a Jesús ante esta enseñanza de su Evangelio? Perseverancia. Perseverancia a pesar de todo, perseverancia para todos. Yo no puedo separarme de ese pequeño grupo que vive en la intimidad del Señor, para confundirme entre la multitud, para ser uno más entre los que lo contemplan de lejos. No, yo quiero gozar de su trato continuo y próximo, y aún más; porque no sólo he sido llamado a la vida sobrenatural, sino al ejercicio del apostolado, a ser instrumento eficaz del Señor en su Obra. ¡Qué felicidad, Dios mío!

Entre las distintas prácticas de la oración mental figura la del hacimiento de gracias. ¡Cuántas acciones de gracias, por tantos y tantos motivos, debemos a Dios! Gracias, Señor, porque eres Padre; gracias, porque eres Amor, Rey... Gracias por nuestra vocación cristiana, por nuestra condición de elegidos, por el afecto especial con que nos honras. Cada uno puede añadir aquí sus exclamaciones, dirigiéndose a San José, a su Ángel Custodio. En mi vida de sacerdote, ¡a cuántas almas habré encaminado a una intimidad real con su Custodio!

¡Cuántas invocaciones se habrán dirigido a San Rafael Arcángel, merced al espíritu de la Obra extendido en las almas!; y a San Pedro, a San Juan y a San Pablo, a San Gabriel y a San Miguel. ¿Cómo han de dejarnos solos en nuestra lucha? La están presenciando; conocen cómo nos detienen y nos ensangrientan a veces las zarzas. Pues, con esfuerzo, una invocación y ¡adelante! Si permite Dios que un bache del camino nos haga rodar por tierra, ¡no importa! Una llamada a nuestra Madre, nuestra *Spes*, y a levantarse, a continuar. Si, por descuido nuestro, nos hemos quedado atrás, una petición a nuestro Custodio; ¡y a ganar nuevamente nuestro sitio, junto a Cristo!

Perseverar... Se me vienen a la memoria aquellas palabras de un santo: *Comenzar es de muchos; seguir, de pocos.*

Son muchas las flores que se abren, pero pocas las que logran la plenitud de un fruto jugoso y maduro. Yo no quiero quedarme en la esterilidad de la flor; quiero llegar a la fecundidad del fruto. No quiero tampoco quedarme rezagado, confundido entre la multitud sin ideales; y admito mucho menos llegar a ser de los que ven a Jesús y no le miran, de los que oyen sus palabras y no le escuchan, de los que sienten la conmoción del milagro y no se entregan. ¿Cómo sostendré sinceramente que amo a Jesús, sin luego entregarme? No; entregarme, sí; pero eficazmente, con perseverancia.

2) Añade el Evangelio que, entrando Jesús en la ciudad de Naím, se encontró con el entierro de un joven, junto a cuyo féretro marchaba, llorando, su madre. *Así que la vio el Señor, movido a compasión, le dijo: no llores. Y se acercó y tocó el féretro; y los que lo llevaban, se pararon. Dijo entonces: joven,*

Yo te lo mando, levántate. E inmediatamente se incorporó el difunto, y comenzó a hablar, y Jesús lo entregó a su madre (271).

Adolescens, tibi dico, surge! ¡Señor, es un milagro pasmoso el que estamos presenciando! No nos pasmamos, porque lo contemplamos a cada momento. ¡Quién sabe si nosotros mismos, por nuestras culpas, no hemos sido en alguna ocasión protagonistas de este suceso! ¡Quién sabe si no hemos estado encerrados como en un ataúd, del que nos sacó, resucitándonos, Jesús, movido a piedad por las lágrimas maternas de la Iglesia o de Nuestra Señora!

(271). *Lc 7, 13-15.*

Este milagro se repite en nuestros tiempos. Nosotros, como discípulos del Señor, contamos con una gracia especial. Del mismo modo que los primeros, los que seguían a Jesús y luego a Pedro, daban con sus manos la vida a los miembros muertos, nosotros somos instrumentos del Señor para vivificar a las almas. En algunas circunstancias nos encontraremos –en nuestra labor de selección, en ese trabajo de movilizar a jóvenes intelectuales al apostolado muchachos generosos, bien plantados, listos, henchidos de sentimientos nobles, pero aprisionados en el ataúd de la soberbia, de la ambición, o de las pasiones de la carne. ¿Hemos de abandonarlos por eso? Al contrario; ejerceremos, con más insistencia aún, nuestro apostolado de amistad y confianza. ¡Qué oraciones tan fervorosas por él: las mías; y, con picardía santa, las tuyas! ¡Qué sacrificios: los míos, y los tuyos también, si tengo pillería santa!

Pero este colapso o muerte no sólo puede sobrevenir a los de fuera. Nosotros mismos podemos ser esas víctimas. ¿Cómo puede ocurrir esto? Yo no entiendo, Dios mío, cómo al descubrir con tanta claridad mi camino, cómo sintiendo con tanta fuerza el encanto perdurable y universal de la Obra, puedo flaquear. Hay instantes en los que desearía decir: *Ama a la Obra y pórtate luego como quieras (272)*. Pero no; es tan ladino el demonio, son tan sutiles sus lazos y tan envenenadas sus flechas, que no podemos confiarnos. Usemos como defensa una coraza de acero florentino, que esas saetas no lograrán atravesar: la coraza de nuestro amor a la Obra para servir solamente a Dios.

Así no podrá adueñarse de nosotros la muerte. Cuando la muerte natural llegue, será simplemente un cambio de casa, para seguir gozando con vida más gloriosa y feliz. Morir, no; ¡vivir para siempre, *in aeternum!* El que persevere en la Obra vivirá eternamente.

(272). Cfr. San Agustín: «Ama y hazlo que quieras» (*Tratado sobre la primera epístola de San Juan*, 7).

3) El joven resucitado *se incorporó y comenzó a hablar* (273). El que sale de las sombras de la muerte experimenta un gran deseo de moverse, de comunicarse a los demás. A los muchachos, devueltos a una nueva vida por su contacto con la Obra, ha de ocurrirles lo mismo. Se esforzarán en hablar a los demás para atraerles al camino que ellos empiezan. Los que siguen a Cristo en su Pasión, los que presencian su suplicio y le contemplan finalmente clavado en la Cruz, no caminan despiertos en su fe hasta que le miran ya resucitado. Será muy eficaz ese proselitismo de los que han renacido a otra vida, al conocer la Obra. Son los que harán exclamar a las gentes, como en el milagro del joven de Naím resucitado por Cristo: *un gran profeta ha surgido entre nosotros y Dios ha visitado a su pueblo* (274).

Pidamos al Señor nuevas personas que extiendan más y más el apostolado de la Obra. Démosle gracias por esta vocación que, dedicándonos a Él en medio del mundo, nos exige estar en el mundo para cumplir nuestra labor. Pidámosle, finalmente, perseverancia para todos.

(273). *Lc* 7,15.

(274). *Lc* 7,16.

LA VOCACIÓN

(30-VIII-1937)

J. M. Escrivá, fundador del Opus Dei

1) Refiere el Evangelio de hoy la parábola de aquel hombre que, habiendo encontrado un tesoro escondido en el campo, vende cuanto tiene para comprar el campo, y así adquirir el tesoro (275).

(275). Cfr. *Mt* 13, 44.

Nuestros ojos, en el camino de nuestra vida, han tropezado también con un tesoro pasmoso: la vocación de hijos de Dios. Para ganar este tesoro, para adquirir la felicidad de seguir a Cristo, hay que renunciar a todo. Esos bienes, que debo vender, son mis ambiciones, los ardores de mis concupiscencias, los sueños de felicidad terrena, los afectos -buenos, pero entorpecedores- que provienen de la carne y de la sangre, mis ilusiones profesionales, aunque muchas veces recibirán cabida en mi plan de apostolado y de trabajo.

¿Sólo esto he de vender? Aún más: mi voluntad. ¿Quedará todavía algo a que renunciar? Sí: mi yo entero, la complacencia de mí mismo; en una palabra, mi amor propio. ¡Cuánto cuesta renunciar a este amor propio! ¡En cuántos momentos nos quita la paz y nos desvía de nuestro camino! Porque nuestra dignidad -así lo creemos- se halla en juego; porque -así razonamos- una cosa es de justicia y hay que hacerla así y no de otra manera... Pero, ¿no se hubiera comportado como un necio el hombre de la parábola, si hubiese despreciado el tesoro hallado? ¿No seremos tontos nosotros si, por no rechazar nuestras miserias de amor propio, abandonamos el tesoro de nuestra entrega a Cristo?

No; manifestemos al Señor -confiémoselo con afectos encendidos, obligando a callar a la inteligencia, permitiendo hablar al corazón-: yo deseo ser tu esclavo en tu Obra. Aunque yo no fuera un hombre sino cien, aunque contara con mil vidas, todas las volvería a dedicar a tu servicio; aunque me sucediese la desgracia increíble de quedarme solo, pase lo que pase, yo perseveraré en este camino, con tu ayuda. Y nos alargaremos en nuestros afectos: de humildad, por haberme elegido, tan miserable, para adueñarme de

este tesoro; de acción de gracias, por haberlo puesto al alcance de mis manos; de gritos de petición de correspondencia, de perseverancia, para mí, para todos mis hermanos.

2) Jesús vuelve sobre el mismo tema, en otra parábola semejante a la anterior. El mercader de perlas ha encontrado una extraordinariamente hermosa en su comercio diario, y también vende cuanto posee para hacerla suya (276).

(276). Cfr. *Mt* 13, 45.

¡Qué insistente es el Señor! Aun así, aun después de tanta insistencia, todavía no nos enteramos de las palabras de Cristo. La parábola, en el fondo, es igual a la anterior, y casi en la forma. Pero es que Jesús actúa a la manera de esas madres, que no cesan de repetir recomendaciones y consejos a sus hijos, unos hijos que acaso se molestan porque se consideran ya personas mayores, suficientemente discretos y prudentes: Hijo mío, cuídate; hijo mío, no hagas esto, no vayas por ahí... Como nosotros no somos tan discretos y prudentes como deberíamos, no es excesiva la solicitud amorosa de Cristo.

Me detengo a presentaros ahora, como si no la poseyeseis todavía, como si la vierais en otras manos, la piedra preciosa de nuestra vocación de hijos de Dios, para que la admiréis. Es como un rubí compuesto de sangre de sacrificio; como una esmeralda que despidе fulgores verdosos, que encierran la esperanza ininterrumpida en nuestra Madre; como un claro diamante, que brilla con las luces maravillosas de la pureza... ¡Quién puede contar todas las hermosuras de esta piedra preciosa! Es, sencillamente, para el que corresponde a la merced del Señor, la felicidad en este mundo, con la seguridad de la felicidad eterna.

Algún día, cuando pueda escribir, me gustaría componer unas cuantas consideraciones que podrían llevar este título: *Tratado de la felicidad*, o simplemente: *De la felicidad*. «Jesús y yo -empezaría- queremos que seas feliz, aquí y en el otro mundo. Hijo de Dios, escucha...". Sin estilo machacón, sin el tono pretencioso de quien pretende escribir máximas, anotaría tres o cuatro

ideas madres con lenguaje afectivo, familiar, que sonasen como confidencias en los oídos de estos pocos que ahora componen la Obra de Dios y de los muchos que han de continuarla. Serían pensamientos que confiriesen a todos fervor por su vocación, que les ayudasen a estimar -en todo su valor- este rubí, esta esmeralda, este diamante, que nos ha regalado el Señor.

No se cansa Jesucristo de enseñarnos. Como una madre amorosa, no para en sus recomendaciones. ¿Por qué no nos echamos entre tus brazos, Dios mío, sobre tu pecho abierto? ¿Por qué no permitimos que muevas nuestra voluntad con afectos muy hondos y propósitos muy firmes? ¡Dios mío, te amo! ¡Haz que me enamore más y más de tu Obra; que te sirva, cada día, más fielmente! ¡Que mis manos lleven el agua sagrada de tu costado hasta las almas de los que me rodean! ¡Que yo mismo me embriague más y más con esa agua del cielo! *Et calix tuus inebrians, quam praeclarus est!* (277). Tu cáliz, rebosante de dolor, ¡qué hermoso, qué bello es! ¡Qué claras aparecen las palabras, inexplicables para muchos, del Rey Profeta! ¡Qué clara la oscuridad, qué placentero el sufrimiento! Si miramos en el fondo de lo que hemos recibido, las penas que a veces nos agobian, ¿qué son? Y, a pesar de todo, ¡cuánta flojera, qué descuido, cuánto polvo del mundo entra por los resquicios de nuestra alma!

3) Jesús nos habla, en una tercera parábola, de una red que recoge peces buenos y malos. Después de la pesca, son separados y arrojados fuera los malos y guardados los buenos (278).

(277). *Sal* 22, 5.

(278). Cfr. *Mt* 13, 47-50.

He aquí que yo soy pez en la red de Cristo. He sido recogido en compañía de otros muchos y lo que debo hacer, por de pronto, es no escaparme de la red; he de cultivar, pues, virtudes grandes, que no me permitan escurrirme entre las mallas. Junto con eso, estoy obligado a mirar también por los demás, pidiendo por su fidelidad y perseverancia.

Hijos míos, no con esfuerzo, sino tratando de frenarme para no perder la tranquilidad, por un don *gratis datum* del Señor, yo pienso en todos vosotros y por cada uno me preocupo. En broma, me he llamado muchas veces *abuelo* (279); pero hay ocasiones en que llego a ser más que abuelo. Pensando en vosotros, os pido ahora perdón por el mal ejemplo que os haya dado, por lo mal que me he portado aquí, por mis salidas de tono insoportables. Encomendándome, como os pido, acabad la oración formando en presencia de Nuestra Señora y de nuestro Ángel Custodio propósitos sobre cosas concretas (280).

(279). En la correspondencia de esa época de la guerra, para evadir la censura gubernamental de las cartas, el Beato Josemaría se refería a sí mismo muchas veces -entre otros apelativos- como "el abuelo".

(280). Al día siguiente, 31 de agosto, acompañado por Juan Jiménez Vargas, el Beato Josemaría abandonaría por fin su refugio en el Consulado de Honduras. Antes de hacerlo, su profundísima humildad le hace sentir la necesidad de pedir perdón a aquel grupo de hijos suyos por todo lo que no hubiera hecho para ayudarles en aquellos meses que habían pasado juntos.

Apud Collegii Romani Sanctae Crucis